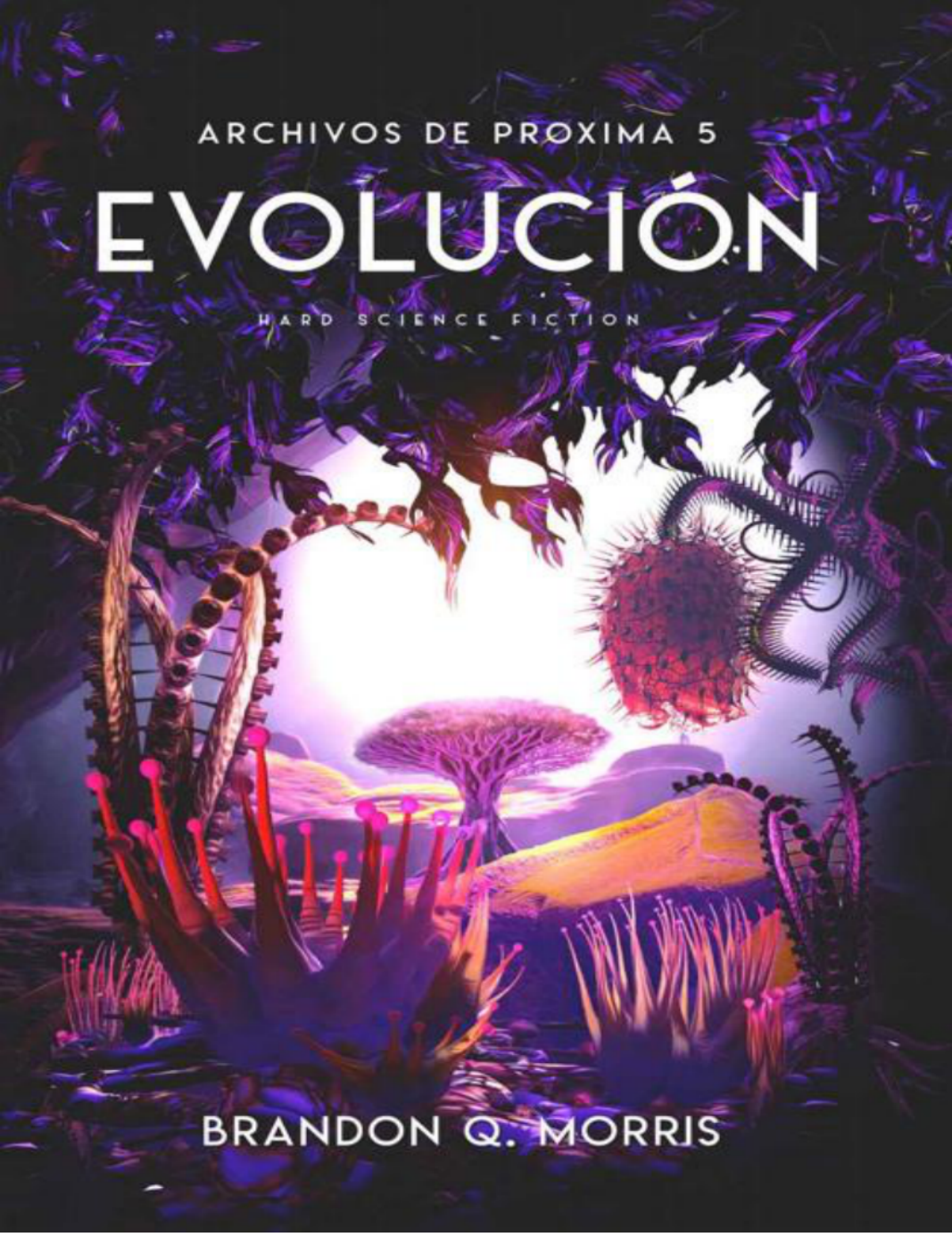
ARCHIVOS DE PROXIMA 5
EVOLUCIÓN
HARD SCIENCE FICTION
BRANDON Q. MORRIS

EVOLUCIÓN: ARCHIVOS DE PRÓXIMA 5

Hard Science Fiction

BRANDON Q.
MORRIS
HARD SCIENCE FICTION

Índice

Evolución: Archivos de Próxima 5
Nota del autor
Una visita guiada a Épsilon Eridani
Glosario de acrónimos
Otros títulos de Brandon Q. Morris
Extracto: Olom

Evolución: Archivos de Próxima 5

Eva apoyó la cabeza en el agradablemente fresco panel de vidrio. En las primeras horas después de abandonar su cápsula de hibernación, siempre se sentía como si acabara de ser vomitada del estómago de un gigante.

Olió la manga de su chaqueta. La prenda nunca había entrado en contacto con los fluidos de la cámara de criosueño, pero aun así, el olor agrio persistía.

Cuando la despertó, Ragnor le dijo que los Grosnops no toleraban el largo viaje del criosueño mejor que los humanos. Ragnor, el joven Grosnop cuya vida había salvado, apenas había cambiado, pero el objetivo de los contenedores de hibernación era detener el envejecimiento de las células de sus usuarios lo mejor que pudieran.

No parecía haber funcionado tan bien con sus células cerebrales esta vez. Eva solo podía recordar fragmentos desordenados de los últimos días antes de entrar en la cámara. Su hermano Adán la había llevado de vuelta al Majestic Dragh. ¿Y después?

Notó un peso en su hombro. Al darse la vuelta se encontró con un esbelto robot bípedo de unos dos metros de altura. Tenía –tuvo que contar, cinco, no– seis brazos. Cuatro brotaban de los lados de su torso y dos de su espalda, incluido el que tenía la mano en su hombro. La cabeza tenía forma de huevo, casi humanoide, y estaba conectada al torso por un extraño cuello corto y delgado.

Solo podía ser Marchenko. En opinión de los Grosnops, la forma de este cuerpo era un auténtico adefesio, por lo que ningún ingeniero a bordo de la nave diseñaría un robot así.

—Has cambiado bastante —dijo Eva.

Esperaba que su voz no hubiera cambiado. Que Marchenko apareciera en muchas formas era normal, pero sin su voz sonora y amistosa ya no sería su Marchenko, su padre.

—Tenía mucho tiempo libre mientras dormíais.

¡Uf! Todavía era Marchenko.

Eva sonrió y acarició la cálida y suave mano sobre su hombro.

—¡Oh! Casi se siente como piel —exclamó.

Marchenko rio.

—Funcionó.

—¿Nanofabricantes?

—No. Es un biopolímero hecho de células producidas sintéticamente. Desarrollar la tecnología tomó tres años, y luego las células tuvieron que crecer en tanques durante dos años.

—Ciertamente tenías mucho tiempo libre.

—Más de cuarenta años. Os he extrañado, muchachos.

—Tenías a Francesca y la Omnisciencia.

—No es lo mismo. Después de todo, Francesca está severamente limitada, y la Omnisciencia tiene aspectos que son muy extraños para mí. Prefiero pasar el tiempo inventando lujos como esta piel.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Eva.

—¿Al llamar a la piel un lujo?

—No, sobre los aspectos extraños de la Omnisciencia.

—Es difícil de describir. Tal vez sea solo su enorme edad, pero me parece que hay más. No estoy seguro de dónde vino la Omnisciencia. Se supone que fue desarrollada evolutivamente por los Grosnops, pero a veces siento que tiene un núcleo de un millón de años.

—¿De los constructores del propulsor de materia oscura?

—Sí, Eva.

—Eso es emocionante. Ciertamente podríamos aprender mucho de ellos.

—No estoy seguro de que compartan sus conocimientos. De hecho, es más probable lo contrario. Por eso me alegro de que no hayamos encontrado más rastros de ellos.

De repente, el cuerpo de Marchenko proyectó una sombra en el suelo del pasillo. Eva se volvió hacia la ventana. La rotación del Draght había revelado una estrella brillante que emitía luz blanca a través de la ventana.

—¿Es eso...? —preguntó.

Así era exactamente como debería verse el sol, la estrella central de la Tierra, visto desde Urano, el séptimo planeta. Eva había esperado un destello más opaco, porque Gronolf había insistido en visitar una enana roja antes de volar a la Tierra. ¿Se había salido Francesca con la suya? ¿Estaba siguiendo su programación para llevar a Adán y Eva al "hogar" terrestre?

—Ese no es el sol —aclaró Marchenko—. Aunque la estrella es muy similar. Se trata de Épsilon Eridani, una concesión sugerida por la Omnisciencia.

—¿La Omnisciencia?

—Insistió en que allí hay un planeta terrestre que podría ser el futuro hogar de los Grosnops. Además, Épsilon Eridani está a solo siete coma ocho años luz de nuestro punto de origen, Sirio.

—¿La Omnisciencia insistió?

—Ni los Grosnops ni los humanos conocen tal planeta.

—Pero la Omnisciencia...

—Sí —interrumpió Marchenko—. Ahora sabes por qué no confío completamente en ella. No puede explicar de dónde viene este conocimiento.

—Entonces, ¿tenía razón?

—Sí. Épsilon Eridani posee un planeta rocoso, un poco más

pequeño que la Tierra, que orbita alrededor de su estrella aproximadamente en la zona habitable.

Marchenko presionó un brillante botón plateado de grandes dimensiones con una de sus seis manos y el mamparo se cerró. Eva se miró a sí misma con incredulidad. Estaban de pie en una esclusa de aire y ella no llevaba un traje espacial. Adán paseaba por la pequeña habitación. Podía percibir su incertidumbre.

—No tienes que preocuparte —dijo Marchenko.

—Lo sé —respondió Adán—. Pero aun así se siente raro.

Tenía razón. Eva había entrado en una esclusa de aire cien veces o más, pero nunca sin un traje espacial. Ahora solo vestía el chándal nuevo que le había regalado Marchenko.

Con un siseo, el mamparo exterior se abrió. Eva contuvo la respiración involuntariamente.

—Eso no te ayudaría en una emergencia, ¿sabes? —dijo Adán, pinchando su costado con el dedo, haciéndola reír y exhalar.

—Lo sé, sabelotodo.

El vapor entró en la esclusa de aire como una bocanada desde más allá del mamparo. A Eva se le puso la piel de gallina.

—Ahora vamos —dijo Marchenko—. Eso es solo humedad. El aire debe ser bastante frío por allí. Lo siento, me olvidé de eso.

¿Por allí? ¿Qué quiso decir Marchenko con eso? No quería revelarles la sorpresa. Más allá del mamparo solo había oscuridad, en la que ahora el robot metió la cabeza. Después, desapareció en ella, gateando. Eva percibió un corredor tubular. Por la forma en que se movía Marchenko, el material debía ser elástico. Eva se puso a cuatro patas y también se metió. Debajo había un material gomoso que cedía cada vez que posaba manos o rodillas.

—¿Será esta la descripción gráfica de un lameculos? —dijo Adán, y ella soltó una carcajada, aunque la broma no le resultaba tan divertida. Debía ser por su nerviosismo.

—Por favor, no dañéis el material —dijo Marchenko—. Hay un vacío mortal al otro lado.

Eva gateó con más cuidado.

—Podrías habérnoslo dicho.

—Estaba bromeando —dijo Marchenko—. No te preocupes. El material es resistente. Está compuesto de un caucho especial con pequeñas cámaras de aire.

—¿También cultivaste eso? —preguntó Eva.

—No, fue trabajo de los nanofabricantes.

Eva se detuvo de inmediato cuando su mano derecha golpeó uno de los pies de Marchenko.

—Un momento —dijo Marchenko.

Eva escuchó primero un chirrido. Luego, una cálida luz blanca inundó el pasadizo. Debían haber llegado a su destino. Marchenko avanzó de nuevo y finalmente se hizo a un lado para que ella pudiera ver a dónde se dirigían.

Era el módulo orbital de la nave Messenger de Sirio A b.

—¡Gracias! —exclamó ella.

Se sentía como de regreso en casa. No era precisamente esta la nave en la que habían llegado a Próxima Centauri b, pero era una copia casi idéntica. Eva había pasado 18 años en la suya –y no dormida como los años en el Draght– junto con Adán, criados y cuidados por Marchenko. Fueron tiempos hermosos e inocentes que aún recordaba con cariño.

Una mano empujó desde atrás.

Eva emergió del tubo. Terminaba un poco por encima del piso del módulo, por lo que trastabilló al salir. Marchenko la atrapó.

—Vaya, qué gran sorpresa —dijo Adán.

Su hermano pasó junto a ella. Eva ya sospechaba lo que le interesaba.

—Ahí está; nuestra joya —dijo—. ¿Funcionará también el fabricante de alimentos?

—Sí, el módulo orbital contenía suficientes nanofabricantes —aclaró Marchenko—. Lo equipé con las mejores recetas.

—Eres el mejor —elogió Adán—. ¡No más comida Grosnop!

—Pero ¿por qué el tubo? —preguntó Eva.

—Simplemente no había una esclusa de aire adecuada por la que vosotros pudierais haberos transferido directamente. Así que tuve que pensar en algo.

—¿Y a Gronolf no le importó? —preguntó Adán.

—No, ¿por qué debería? Comparado con el Draght, el módulo es una motita. No nos ralentizará. El módulo orbital se encuentra estrechamente integrado en la estructura de la nave estelar.

—¿Así que no podemos volar con él?

—No, Adán, pero ¿por qué deberíamos hacerlo? El Draght tiene suficientes transbordadores y naves auxiliares para explorar nuestro destino.

—Hablando de eso, ¿hacia dónde nos dirigimos? —preguntó Adán —. ¿No quería Gronolf volar hacia una enana roja?

—Esperad —dijo Marchenko—. Os lo mostraré en seguida.

SE SENTARON ALREDEDOR DE UNA MESA CON UNA PANTALLA INTEGRADA. Eva no podía recordar tal mueble.

—¿Tuvimos algo así alguna vez? —preguntó.

—Al principio, sí —dijo Marchenko—. Pero siempre estabais jugando con ella, así que tuve que convertirla en una mesa normal.

—Pero podrías habernos dejado jugar —se quejó Adán.

—Olvidas que da acceso a los controles de la nave. Nunca averigüé cómo lo lograsteis, pero una vez casi nos desviáis irremediablemente del rumbo.

—Fue culpa de Eva —dijo Adán, señalándola.

«Traidor».

Ella hizo una mueca.

—Pero ¿cómo lo hizo? —preguntó Marchenko—. Siempre fui muy cuidadoso al iniciar sesión, ¿no?

—No miraste hacia arriba —explicó Eva—. En pleno estado de ingravidez, podía observarte desde el techo. Desde ahí tuve la mejor vista posible. Aunque tenía miedo de que me descubrieras mediante un reflejo.

—Ah, eso fue inteligente, por supuesto. O estúpido. Si no me hubiera dado cuenta a tiempo, hubiéramos ido a la deriva en el espacio por toda la eternidad. ¡Excelente trabajo muchachos!

—Fue Adán —dijo Eva—. Yo solo conseguí tu nombre de usuario y contraseña.

—¡Traidora!

—¡Tú también!

—No discutáis. Basta regresar a vuestra antigua guardería para que volváis a comportaros como niños.

—¡Traidora!

—¡Traidor!

—¡Tranquilos! ¿A dónde pretendías ir, Adán? —preguntó Marchenko.

—Al centro de la Vía Láctea. Nos habías hablado del agujero negro, Sagitario A. Me resultó tan fascinante que quería ir allí.

—Pero también dije que estaba a veinticinco mil años luz de distancia, ¿no?

—Teníamos siete u ocho años. Ya fueran veinticinco o veinticinco mil, me daba lo mismo.

—Entiendo. Ambos mantuvisteis la boca cerrada, aun cuando amenacé con desmantelar la mesa.

—Era una cuestión de honor —dijo Adán.

—Una cuestión de honor —repitió Eva—. Pero ¿qué hay de nuestro destino actual?

Marchenko pulsó la pantalla con los dedos de las seis manos. Fue fascinante ver cuán coordinados estaban sus brazos cuando lo hizo.

—¿Cuánto tiempo has estado practicando eso? —preguntó Eva.

—¿Qué? ¿Usar mis manos?

—Si.

—Como un año. Pero me tomó tres meses poder hacer tanto con seis manos como antes con cuatro. Me alegro de que nadie pudiera verme al principio.

—Francesca debe haberte visto y... y la Omnisciencia —dijo Adán.

—No hicieron comentarios de mis ejercicios. Pero si un Grosnop me hubiera estado observando... Muy bien, nuestro objetivo —dijo Marchenko mientras en la pantalla se formaba una nube en forma de rosquilla.

—¿Qué es eso? —preguntó Eva.

—Eso es lo que estaba a punto de explicar. Es un disco de polvo que rodea a la estrella, a una distancia de treinta y cinco a setenta y cinco unidades astronómicas de ella.

—¿Un remanente del disco protoplanetario? —preguntó Adán.

—No, el polvo no se remonta a cuando se formó el sistema. Debe haberse creado más tarde. De lo contrario, ya no existiría hoy. La estrella tiene menos de una cuarta parte de la edad del sol de la Tierra, pero tampoco es tan joven. Podemos estimar que los objetos con una masa total once veces mayor que la de la Tierra deben haber colisionado para crear este disco de polvo. Parte de eso ahora orbita la estrella en forma de cometas.

—Interesante. Pero ¿representa un problema para nuestro acercamiento?

—No, Adán, para nada. No llegamos desde el plano de la eclíptica de este sistema, sino desde arriba, por así decirlo.

—Bien. Entonces, ¿por qué nos lo muestras?

—Deberíais saber a quién vamos a visitar.

El disco de polvo desapareció. En su lugar, aparecieron dos anillos mucho más pequeños.

—¿Más polvo? —preguntó Adán.

—Algo, pero sobre todo asteroides. El sistema posee dos cinturones de asteroides. El más alejado, a veinte UA, el otro, a tres. El interior podría ser más problemático, ya que nos sumergiremos en la eclíptica a cinco UA. Pero ya sabéis lo delgado que suele ser un cinturón de asteroides como ese.

—Nos has sermoneado eso con bastante frecuencia —dijo Eva—. Aunque no me lo pareció cuando llegamos a Próxima Centauri.

—Es cierto, tuvimos muy mala suerte allí. Por supuesto, el material a veces puede agruparse en ciertos lugares. Ese parece ser el caso aquí. Por cierto, esa también fue la razón por la cual la Omnisciencia quería ir a Épsilon Eridani.

—¿Por qué sería esa una razón? —preguntó Adán.

—Después de todo, tales aglomeraciones deben tener una causa, y este podría ser un planeta no descubierto previamente.

—Todavía no veo ninguno —dijo Eva.

—Espera.

Los dos anillos se desvanecieron y una esfera de mármol apareció entre ellos.

—Entonces, ¿ese es nuestro objetivo? —preguntó Adán.

—Es un gigante gaseoso, un poco más pequeño que nuestro Júpiter —explicó Marchenko—. Se llama Épsilon Eridani b, o Ægir.

—¿Se encuentra dentro del rango habitable de la estrella? —preguntó Adán.

—No.

—¿Tiene lunas?

—Algunas, sí.

—¿Vale la pena visitarlo? —preguntó Adán.

—No. No es nuestro objetivo. Solo quería mostrároslo. Por cierto, el planeta se mueve en una órbita muy elíptica. No hay comparación con nuestro Júpiter.

—Lo estás haciendo emocionante de nuevo —dijo Adán.

El planeta Ægir también se desvaneció. Después de eso, apareció otra esfera dentro del estrecho cinturón de asteroides. Era más pequeña que Ægir.

—Ese es nuestro objetivo —dijo Marchenko—. Épsilon Eridani c. Aún no tenemos un mejor nombre.

—Así que la Omnisciencia tenía razón —dijo Adán.

—Llamémoslo... Paraíso —propuso Eva.

—¡Ja! ¡ja!, 'Adán y Eva en el Paraíso'. ¡Muy apropiado! —dijo Adán—. ¿Y quién es la serpiente?

Marchenko sonrió. ¡Increíble! Hasta ahora, su rostro robótico nunca había sido capaz de expresar emoción. Jamás había dificultado su relación porque habían aprendido a interpretar el sonido de su voz desde que eran niños. Obviamente había hecho un buen uso del tiempo que había pasado solo.

—Lo siento —dijo—, pero Gronolf quiere celebrar un concurso entre la tripulación. Quien gane podrá nombrar el planeta.

—Qué mal —se lamentó Eva—. ¿Sabes que acabas de sonreír?

—Ah, ¿te diste cuenta? Supongo que tendré que disminuir un poco el coeficiente de expresión facial. Quiero que se vea natural, no exagerado.

—Has tenido éxito, Marchenko —dijo Eva—. Fue perfecta. Solo lo noté porque nunca antes sonreíste.

—¿Qué? ¿De verdad? ¿Nunca sonrió? —preguntó Adán.

—¿¡Lo preguntas en serio!? —exclamó Eva.

—En realidad carecía de expresiones faciales —dijo Marchenko—. Quería cambiar eso en la nueva versión de mi cuerpo.

La piel. La sonrisa. ¿Será que Marchenko se estaba preparando poco a poco para llegar a la Tierra? Solo los cuatro brazos adicionales

argumentarían en contra de eso.

—Interesante —dijo Adán—. Bueno, no habría sido necesario para mí, pero si es bueno para vosotros…

—Lo es. Pero mirad el planeta. Es un pequeño milagro.

—¿Un milagro? Estás exagerando, Marchenko —dijo Adán.

—Pero mira. El planeta tiene el tamaño perfecto, solo un poco más pequeño que la Tierra, y está a tal distancia de su sol que la temperatura de equilibrio debería estar cerca de los veinte grados centígrados. Ya hemos detectado mediante espectroscopía oxígeno y vapor de agua en la atmósfera, y el albedo sugiere que hay nubes y océanos.

—Bueno, el planeta podría ser adecuado para la vida, pero eso no es tan inusual —dijo Adán—. Aún en Próxima b, encontramos vida.

Adán a veces actuaba con indiferencia, pero eso no le sentaba bien. Eva se rascó la axila.

—Olvidas que la vida aquí probablemente esté en su infancia —dijo Marchenko—. Ni siquiera el sistema en su totalidad tiene mil millones de años. A esa edad, la Tierra aún era estéril.

Parecía emocionado. Sus expresiones faciales estaban funcionando perfectamente. ¿Cuánto tiempo habría trabajado en ese proyecto?

—Entonces, si no tenemos suerte, encontraremos desiertos —dijo Adán.

—Eso no sería tan malo —dijo Marchenko—, porque nos daría libertad a todos. ¿No lo entiendes? El destino nos proporciona un joven planeta apto para la vida. Esto nos da la oportunidad de sembrar las semillas para el futuro. Podemos iniciar el desarrollo, crear vida, ¡un mundo entero! Y al hacerlo, podríamos evitar los errores que afectaron la evolución en la Tierra.

—Oh, entonces quieres jugar a ser Dios, Marchenko.

«¿Estará Marchenko sobreestimando sus propias capacidades?» se preguntó Adán.

—¿Por qué no lo dijiste? Así que, la idea de Eva del paraíso no estaba tan equivocada después de todo.

—En ese caso estaríamos empezando la casa por el tejado, Adán. La humanidad no es la corona de la creación. Este planeta tiene el potencial de producir una especie verdaderamente inteligente. La evolución es demasiado aleatoria. Podríamos aprender de sus errores y llevarlos al estado ideal.

—No creo que los cuarenta años en soledad pasaran en vano, Marchenko —dijo Adán.

Marchenko se volvió hacia Eva. Tenía los seis brazos cruzados detrás de la espalda.

—¿Tú también piensas lo mismo?

Ahora le recordaba a Eva a un colegial que esperaba el veredicto

de su estricto maestro. Ella se imaginó su soledad durante 40 años, cómo había perfeccionado sus ideas sin recibir comentarios. Cómo se habían solidificado, cómo podrían haberle parecido una locura al principio y cómo se había acostumbrado a ellas. Marchenko no tenía forma de saber qué planeta encontrarían. Así que debió haber desarrollado sus ideas megalómanas sin ninguna razón específica.

¿Qué edad tenía su conciencia? ¿Cuándo fue separada de su cuerpo? Eva contó sus viajes. Podría haber sido hace más de 200 años y, a diferencia de ella, él no había dormido ni un segundo. Debía tener cuidado de no ofenderlo.

—Bueno, ya veremos —dijo—, si ya hay vida allí abajo, tu plan está arruinado.

—Pero en ese caso… —comenzó Marchenko.

—¿En ese caso qué? —preguntó Eva.

—Nada. Tienes razón. Tendremos que esperar y ver qué nos espera allí abajo.

—¿Cuánto tiempo más? Me gustaría volver a estirar las piernas bajo un cielo azul —dijo Adán.

—No puedo garantizarte un cielo azul. Todo depende de la composición exacta de la atmósfera —respondió Marchenko—. Incluso podría ser verde como en Sol binario.

Sol binario, el planeta de los Grosnops que tan hospitalariamente les había alojado. Quizá hubiera sido mejor no haberlo dejado nunca. Cierto, en ese caso habrían muerto hace mucho tiempo, como el otro hermano y hermana que se quedaron allí. Pero sus vidas no habrían estado tan fragmentadas como en este viaje. Estar de viaje todo el tiempo, tal vez no era para ellos.

Eva desechó los estúpidos pensamientos. Habían llegado a un nuevo sistema solar. Debería anhelar la magia de la llegada.

—¡MIRAD las tormentas en el polo norte! —dijo Adán, ampliando la imagen.

Los ciclones cubrían el polo norte del gigante gaseoso. Una tormenta giraba alrededor del polo, mientras que otras seis giraban alrededor de su perímetro como un collar de perlas. Alrededor de este patrón había otra serie de tormentas, 12 anticiclones, que se extendían casi hasta el ecuador.

—¡Demasiada energía! —espetó Eva—. Será mejor que no nos acerquemos demasiado a ese planeta.

Ægir se redujo a un punto y una línea verde apareció en la pantalla. Tenía la forma de una elipse e iba mucho más allá del gigante gaseoso para coincidir con su órbita a la altura del planeta rocoso.

—¿Ves? Todo es seguro —dijo Adán.

—¿A eso le llamas seguro? —preguntó Eva, señalando un punto donde la línea casi tocaba el planeta.

—Sí, por supuesto —confirmó Adán—. Usaremos Ægir para una maniobra de frenado a fin de ajustarnos más rápido a la órbita del planeta interior.

—Pero parece que arañaremos la superficie.

—Eso es engañoso, Eva. El gigante gaseoso no tiene superficie sólida. El diagrama dibuja la capa exterior donde la presión es de 1 bar, la misma que en la superficie de la Tierra. Pero la presión disminuye rápidamente hacia la parte superior. Estoy seguro de que los expertos de Gronolf han hecho los cálculos. ¿Cómo los llamaban? ¿Guardianes de vuelo? Parece que olvidé algunos de los términos Grosnop desde el último despertar.

—Guardianes del Curso, creo —dijo Eva.

—Este sueño criogénico parece estar dañando mi memoria. Tal vez nos estamos haciendo demasiado viejos para esto.

Adán se levantó, se sentó en un sillón y apoyó los pies en la mesa-pantalla. Marchenko lo prohibiría, pero no estaba presente. Los dos habían pasado toda la noche en el módulo orbital, probando la mayor cantidad posible de recetas del procesador de alimentos.

—Sabes, podríamos mudarnos aquí —dijo Eva.

—Si puedes aguantarme todo el día —replicó Adán.

Eso era un problema. El módulo constaba únicamente de una gran sala y un diminuto inodoro espacial.

—Tendrías que disminuir la frecuencia de tus flatulencias y eructos —dijo Eva.

—No puedo prometer nada —contestó Adán con una sonrisa—.

Además, hablas en sueños.

—Marchenko intentará convencernos de que no lo hagamos. Después de todo, aquí estamos fuera del Draght. Un mini-asteroide sería suficiente para…

—Tonterías. Hemos pasado muchos años en el Messenger y nunca ha pasado nada. Marchenko no tiene argumentos.

—¿Qué piensas de sus planes para el planeta, Adán?

Su hermano levantó los pies de la mesa y los bajó al suelo, luego se rascó la nariz.

—No lo sé. Está un poco loco.

—Quiere jugar a ser Dios —dijo Eva.

—Pero eso no le va. Marchenko es la persona más pragmática que conozco.

—¿A cuántas personas conoces?

Adán contó con los dedos.

—... tres, cuatro, cinco. ¿O Francesca también cuenta?

—No, su IA fue creada puramente a partir de la memoria de otro Marchenko deprimido.

—Un total de cinco, entonces, incluido yo mismo.

—Igual que yo —dijo Eva.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Qué graciosa estás hoy!

—En realidad no. Pero estás en lo cierto. No le va a Marchenko.

—¿Y tu punto es?

—Su conciencia... Debe haber estado almacenada en los ordenadores del Creador durante mucho tiempo. ¿Qué pasaría si el Creador la alteró? Ese tipo... umm, Shostakovich... se hacía llamar 'el Creador'. ¡Y mira los nombres que eligió para nosotros! ¿Es posible que haya transferido algo de esa arrogancia a Marchenko?

—¿Conscientemente, quieres decir? ¿Supones que lo programó para jugar a ser Dios?

—Tal vez, si encuentra un mundo que se presta a ello. Pero también podría ser un anhelo inconsciente que el Creador, sin darse cuenta, le transfirió a su creación.

—Te preocupas demasiado, Eva. Ni siquiera hemos llegado al planeta. Marchenko ha estado solo demasiado tiempo. No dejaremos que se involucre en tonterías. Ven. Será mejor que echemos un vistazo a algunos detalles más de Ægir.

Adán se inclinó sobre la pantalla de la mesa, borró la trayectoria de vuelo y devolvió al gigante gaseoso al ancho de la pantalla completa. Giró la esfera hasta que el polo sur fue visible. Estaba cubierto por finas cortinas ondulantes que brillaban en tonos de azul, verde y rojo.

—Auroras —dijo Eva.

—¡Sí, y qué espectáculo! —complementó Adán—. El planeta posee

un potente campo magnético y el viento solar de la estrella sigue siendo bastante feroz a esta distancia. Es como si estuvieras soplando un intenso fuego con la manguera de un tanque de oxígeno.

—Parece como si alguien estuviera peinando el cabello del planeta —agregó Eva.

Hizo girar el planeta con los dedos.

—¿Y eso?

—Es el viento solar. El eje de rotación de Ægir se encuentra inclinado a su plano orbital. Ahora, si el viento viniera de frente...

Adán giró el planeta un poco más.

Eva ya no procesó lo que estaba diciendo porque de repente comprendió cuánto extrañaría a su hermano si ya no estuviera aquí. Tocó suavemente su mano.

—Por cierto, es bueno tenerte.

Adán le sonrió y le apretó la mano.

—¿Qué vas a hacer con nosotros? —preguntó Eva.

—Es una sorpresa —dijo Marchenko.

—Bueno, esta sorpresa empieza a ser agotadora.

Eva trotaba en la caminadora, jadeante. Marchenko había insistido en que la actividad extravehicular se hiciera de acuerdo con las pautas de los manuales, lo que implicaba reducir la cantidad de nitrógeno en la sangre a través del ejercicio.

—Valdrá la pena —dijo Marchenko.

—Pero me he bajado de la nave tantas veces sin la estúpida respiración previa.

—No tuviste elección, y tuviste suerte. Pero ahora salimos por placer. Es por eso que eliminaremos cualquier riesgo innecesario.

—Estoy emocionada por la salida. Solo espero que esto valga la pena.

—Valdrá. Confía en mí, Eva.

—Te es fácil decirlo. Tú no necesitas eliminar el nitrógeno de tu sistema.

•

—Con cuidado —pidió Marchenko.

Extendió una de sus seis manos y Eva se estiró para asirla. A través del guante de tela la sentía casi humana. Con otra mano, Marchenko ayudaba a Adán a salir de la esclusa de aire, mientras que con otras dos manos extendía cuerdas que aseguraban su tercer par de manos a la superficie del Majestic Draght.

Eva sudaba. Una gota de sudor le resbaló por la frente y le hizo cosquillas. Cuando se inclinó, la gota cayó sobre la superficie interior de la visera del casco. Sentía que solo habían pasado unos días desde su último viaje al espacio, cuando en realidad habían pasado años. Marchenko también había mejorado la tecnología de los trajes espaciales. Eva encendió el calentador del visor para que la gota se evaporara. Marchenko solo les había dicho que iban a ver algo hermoso.

—Ahora una corta distancia en esa dirección —señaló Marchenko.

Estaban en el exterior de un módulo habitacional, justo delante de uno de los bordes de la nave estelar en forma de cubo. El Draght había dejado de rotar. El proceso de frenado generaba gravedad aparente en esta fase del vuelo. Para hacer esto, la Omnisciencia solo necesitaba aumentar la entrada de energía para proteger el núcleo de materia

oscura. El pozo de gravedad en el que caía la nave perdió profundidad y la nave disminuyó su velocidad. Por supuesto, la Omnisciencia tenía que estar alerta.

La oscura piel exterior del módulo yacía ante ella como una meseta. Iba cuesta arriba a unos 20 grados. Pero la gravedad era peligrosa. No la atraía hacia abajo sino hacia adelante, en la dirección del movimiento de la nave. No era la gravedad, era la inercia. Eva avanzó a tientas, paso a paso. Adán, como de costumbre, corrió alegremente hasta que Marchenko lo detuvo con la ayuda de una cuerda de seguridad. Parecía un feliz paseo familiar.

—Dime, si repentinamente la Omnisciencia protegiera por completo la materia oscura, ¿qué pasaría? —preguntó Eva.

—No mucho. La nave ya no acelera, vuela en línea recta a una velocidad constante. Probablemente despegarías, pero podría alcanzarte.

—Ah. Entonces he entendido mal el principio de propulsión de la materia oscura. Pensé que con un blindaje completo, frenaríamos automáticamente.

—No, el truco es que para frenar, el centro de gravedad se desplaza hacia atrás. Así la nave se reconfigura y crea una aceleración negativa. Frenamos. ¡¡¡Espera!!!

Dos manos asieron sus hombros. Eva se sobresaltó porque todavía sostenía la mano de Marchenko de cuando la ayudó a salir de la esclusa de aire. Aún tenía que acostumbrarse a sus seis brazos.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Un paso más.

Frente a ella había un saliente, más allá del cual acechaba un precipicio. Eva vaciló.

—Puedes hacerlo —dijo Adán, ya junto a ella.

—Te sostendré —prometió Marchenko.

Ella se atrevió a dar el paso. Frente a ella, había varios cientos de metros de profundidad. Pero este no era un abismo ordinario. Un paisaje de ensueño se extendía ante ella. Levantó la cabeza y miró hacia arriba. Un planeta colosal, *Ægir*, el gigante gaseoso, iluminaba la escena de un tono marrón rojizo. Un ciclón de proporciones bíblicas envolvía su polo norte con bandas de tonalidades rojizas y azuladas. Pero el espectáculo no se encontraba en el cielo. Sino debajo de ella. Allí, las coloridas paredes bailaban a un ritmo frenético. Lo único que faltaba era la música. Pero ¿faltaba?

Eva creyó escuchar una melodía en sus auriculares.

—¿Escucháis eso? —preguntó.

—No. ¿A qué te refieres? —preguntó Adán.

—Oh, nada.

Las paredes debían tener varios metros de altura. Parecían consistir

en un gélido fuego que fluía directamente de los puntales que daban a los módulos vivientes del Draght su forma cúbica. Daba igual la dirección de vuelo de la nave espacial. Simplemente crecían hacia arriba, hacia Ægir, formando un gran arco que encerraba la totalidad de la nave. Eva vio los mismos colores que en las auroras de Ægir que Adán le había mostrado ayer. Pero a esta distancia eran mucho más intensos. Predominaban el azul y el verde, con solo manchas de rojo esparcidas aquí y allá. Era un jardín mágico, un laberinto de setos resplandecientes. Le encantaría saltar y correr en él.

—¿Podemos acercarnos? —preguntó ella.

—Preferiría que no lo hicieras —dijo Marchenko—. Ya es bastante peligroso estar aquí.

—¿Debido a la radiación?

—No. Lo que estás viendo es una recombinación eléctrica, la liberación del exceso de energía cuando un átomo captura un electrón. Eso no está sucediendo a un nivel peligroso.

—Pero entonces podríamos...

—Olvidas los campos magnéticos. Podrían dañar vuestros trajes espaciales. Los he reforzado, pero no puedo garantizar que no sufran daño. El Draght, en su dirección de vuelo, se encuentra con el viento solar de la estrella, compuesto de partículas cargadas. Parte del viento es desviado, otras partículas siguen las líneas de campo que conectan la nave y el planeta.

—¿Así que Ægir está conduciendo al Draght con una correa?

Marchenko rio.

—Es una hermosa comparación. Pero apenas se transmiten fuerzas sobre ella, por lo que es una correa muy delgada. También podríamos decir que tenemos atado al planeta.

—¿Por qué solo la estamos viendo aquí? —preguntó Adán.

—Porque la nave proyecta una sombra en el viento solar, por así decirlo. Arrastramos una estela de partículas detrás de nosotros, pero comienza demasiado lejos del esqueleto metálico de la nave para que haya conexiones magnéticas.

—¿Cuánto tiempo duran las extrañas paredes? —preguntó Eva.

—No estoy seguro. Si volvemos a alejarnos del planeta, no habrá suficientes iones en el vacío que capturen electrones. Supongo que en ese caso solo veríamos las paredes en exposiciones prolongadas.

—Gracias por mostrárnoslo —dijo Eva.

—No hay nada que agradecer. Yo también quería experimentarlo.

—¿Y cómo supiste lo que veríamos? —preguntó Adán.

—Honestamente, no lo sabía. Imaginé que podría haber algo.

—¿Así que pudimos haber salido por nada? —preguntó Eva.

—No. Por seguridad, he preparado otra sorpresa.

—Ah, ¿de verdad? ¿Cuál? —preguntó Adán.

—Te la mostraré cuando dejemos este sistema. Pero será mejor que esperes y me preguntes tras volver adentro. Ahora debemos disfrutar esto. Nunca volveremos a ver algo así.

UNA BRISA FRESCA LA DESPERTÓ. ¿Por fin había Adán disminuido la temperatura dictada por el soporte vital? Si hubiera sabido que él la quería así de cálida por la noche, habría preferido dormir en su propia cabina. Para controlar los sudores, tuvo que quitarse el chándal y apartar la manta.

La corriente de aire fresco era agradable aunque a Eva se le puso la piel de gallina. Se tumbó boca arriba y se estiró. Era hora de levantarse. Abrió los ojos. Sin embargo, por encima de ella no estaba el techo, sino el rostro gris verdoso en forma de cono de un Grosnop, cuyos ojos la miraban fijamente.

—¡Oooh! —exclamó.

Su corazón latía con fuerza. Rápidamente buscó la manta, se apoderó de ella y se cubrió.

—¿Qué...? —tartamudeó.

—¡Buenos días, Eva!

Era Ragnor quien la saludaba en su idioma. Eva se deslizó un poco en la cama y se sentó para poder apoyarse en la pared.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunto.

—Yo... creí que estarías feliz porr que hablara tu idioma.

Ragnor pronunciaba la letra 'r' de una manera que no le era familiar. Parecía como si hubiera un pequeño redoble de tambores en su órgano vocal.

—Sí, me alegro, pero me asustaste. Todavía estaba dormida.

—Lo sientu.

—Lo siento —corrigió ella.

—Lo siento. Crreí que estabas despierrta.

—Date la vuelta por favor, quiero vestirme.

—¿Porr qué?

—Eso es lo que hacemos. Estoy desnuda debajo de las sábanas.

—Todo el mundo está desnudo debajo de la rropa. Es porr eso que los Grosnops no la usan. Y las habitaciones humanas son lo suficientemente cálidas.

—No es costumbre que los humanos se muestren desnudos a los demás. Así que por favor date la vuelta.

—Te he visto antes. Siemprre me prregunté cómo te ves debajo de tu rropa.

—Ahora lo sabes. Vamos, date la vuelta ya.

—Como quierras, Eva.

Ragnor se dio la vuelta. Ahora la miraba fijamente el ojo en la parte posterior de su cabeza. Eva soltó una carcajada. La situación era absurda.

—Podrías...

Disparates. Ragnor debía pensar que se estaba volviendo cada vez más rara. Se cubrió con la manta, cogió sus cosas del respaldo de la silla y se retiró al inodoro.

—¿A qué debemos el honor de tu visita? —preguntó Eva una vez que estuvo lavada, peinada y vestida frente a Ragnor.

—Tengo una petición que hacerros.

—Ah, por supuesto. ¿Qué podemos hacer por ti?

Eva miró a su alrededor. Se agachó y recogió la ropa interior de Adán que estaba en el suelo. ¿Dónde debía ponerla? La arrojó sobre la cama de Adán. Su hermano movió un brazo pero no dijo nada. Debía estar dormido.

—Ragnorr debe probarr valía. Me lleváis al planeta.

—¿Quieres que te solicitemos como escolta?

—Exacto. Grronolf te escucha. Si lo pides, él mandarrá que vaya.

—Bien.

Miró a su protegido. Apenas se distinguía de un Grosnop adulto. Sin embargo, alrededor de los 30, se formaban ciertas arrugas en la parte superior del abdomen que aún le faltaban a Ragnor.

—Grracias. Y perrdón por mirarr. No sabía que erra inadecuado.

—No hay problema. Sé que a veces actuamos de manera extraña para ti. La desnudez es algo íntimo para la mayoría de las personas que solo compartes con otras personas que conoces muy bien.

—¿Incluso parra ti? Nunca viviste entrre humanos. Crreciste con Grosnops.

—Crecí... Bueno, sí, es extraño. La humanidad está tan lejos, pero aún me adhiero a sus convenciones.

—¿Convenciones?

—Acuerdos.

Pero ¿era solo eso? Sin ropa se sentiría muy incómoda a bordo del Majestic Draght, tendría frío todo el tiempo. Los humanos eran más sensibles que los Grosnops, por lo que la ropa resultaba práctica. Era su forma de ampliar los límites de su espacio habitable. Para los Grosnops, la piel realizaba esa función.

—Entonces te dejo en paz.

—Nos vemos. De todos modos, ¿Cuándo comienza nuestro viaje al planeta?

—Cuando el Padrre Sol salga de nuevo.

Mañana. Bien. Podía limpiar su traje espacial en su tiempo libre. Marchenko podía haberlo actualizado técnicamente, pero no se había molestado con los inevitables olores. ¿Era siquiera capaz de detectarlos? Cuando se lo puso ayer, lo primero que tuvo que hacer fue reprimir una violenta necesidad de vomitar.

Adán volvió a mover un brazo. Su hermano se había tapado la cara con la manta.

Ella le dio un codazo.

—Oye, es casi mediodía.

—Cerrad los mamparos —ordenó Numbark.

Eva contó tres Grosnops y tres humanos.

—¿Gronolf no viene? —preguntó.

—Como insistí en ser parte del equipo visitante, Gronolf desistió —explicó Murnaka.

La esposa del general tenía el rango de general, aunque era una de las pocas mujeres Grosnops a bordo. Convertirse en soldado normalmente estaba reservado para los hombres, le explicó una vez a Eva. También había logrado esta posición porque se había abstenido de poner huevos. Una vez que una madre era responsable de las crías, ya no podía viajar al espacio.

—¿Vendrá más tarde? —preguntó Adán.

—Eso depende de lo que encontremos —respondió Murnaka.

—Sentaos en vuestros asientos y abrochaos los cinturones —dijo Numbark en el lenguaje humano y oscureció la cabina inmediatamente.

Si Ragnor no se hubiera esforzado tanto, no habría conseguido un asiento en el transbordador. Eva ocupó su lugar en la tercera y última fila. El asiento a su lado seguía vacío. Allí era donde se suponía que Adán debía estar. Eva vio una sombra frente al ojo de buey del lado derecho.

—Adán, ¿no lo has oído? ¡Abróchate el cinturón!

—Sí, mamá —respondió él, separándose de la ventana redonda y acercándose a ella.

Seguían beneficiándose de la aparente gravedad simulada por la maniobra de frenado del Majestic Dragh t, pero pronto despegarían. Luego vendrían algunas horas agotadoras, porque el transbordador llegaría al planeta más rápido que el Dragh t.

La maniobra de frenado era sorprendentemente silenciosa. A Eva le parecía casi fantasmal. Nada traqueteaba ni chirriaba, aunque había enormes fuerzas en juego. Más adelante, Murnaka y Numbark conversaban en su idioma. No estaban prestando atención a Adán, quien gemía y se quejaba en el asiento junto a Eva.

Ella misma apenas podía reprimir esos sonidos. Aun así, sería bueno que la terrible experiencia terminara pronto. Cada movimiento dolía, y era sorprendente la frecuencia con la que sentía la necesidad de mover una de sus extremidades mientras estaba despierta. A veces

le picaba el dorso de la mano, luego le picaba la rodilla, o una gota de sudor le rodaba por la frente hasta el ojo. Ni siquiera necesitaba el cinturón. Eva estaba atada a su asiento como una mariposa muerta anclada con alfileres invisibles.

Giró la cabeza hacia la derecha y, por casualidad, Adán giró en su dirección en el mismo instante. Ella le sonrió y él logró devolverle la sonrisa. Después de todo, habían elegido esta aventura. ¿Por qué no había aprendido del pasado? Se habría quedado a bordo del Draght. Pero mirar desde la nave mientras otros exploraban un planeta hasta ahora desconocido era algo que no se atrevía a hacer.

En la Tierra, Épsilon Eridani c probablemente ni siquiera había sido descubierto. Sin embargo, podría llegar a ser un segundo hogar para la humanidad. Eso fue lo que les explicó ayer Marchenko. Cuando el sol terrestre se expandiera hasta convertirse en una gigante roja en unos pocos miles de millones de años, tragándose la Tierra en el proceso, este planeta aún ofrecería las condiciones para una vida hermosa durante casi 20 mil millones de años.

Marchenko venía hacia ellos. Se movía como de costumbre. El hecho de que su cuerpo ahora pesara más del doble no parecía incomodarlo. Tal cuerpo robótico tenía sus ventajas. Ayer, Eva había descubierto celulitis en sus muslos, y Adán ya tenía las primeras arrugas en las comisuras de los ojos. Envejecían irremediablemente, mientras que Marchenko siempre sería tan joven como quisiera. Eva no querría cambiar de lugar con él todavía; por ahora aún se sentía cómoda en su cuerpo. ¿Cómo sería dentro de 30 años?

—Tengo algo más para vosotros —dijo Marchenko cuando llegó a donde estaban. Dos de sus manos sostenían objetos de aspecto idéntico.

Eva reconoció una empuñadura, un gatillo y un cañón. ¿Eran armas?

Adán trató de levantarse, pero volvió a caer con un gemido.

—Quédate quieto, Adán —dijo Marchenko—. Pondré el dispositivo en tu mochila. Pero primero quiero mostrároslo.

Levantó la mano derecha central y volteó y giró el objeto hasta que Eva lo vio desde todas las direcciones. De hecho, parecía un arma. Pero ¿para qué? ¿Marchenko ya no confiaba en los Grosnops?

—¿Qué es eso? —preguntó Eva.

—Un arma, por supuesto —dijo Adán.

—No es tanto un arma como un dispositivo de prevención de amenazas —explicó Marchenko—. No se trata de abatir presas, pero si algo se te acercara peligrosamente, podrías usar uno de estos para defenderte. Dispara pequeñas agujas que aturden eléctricamente al objetivo, haciéndole perder el conocimiento. Te dará tiempo suficiente para salir del peligro. Solía llamarse 'Taser', y aún no tenemos un

nombre mejor.

—¿Estás seguro de que funcionará? —preguntó Eva—. Ni siquiera sabemos si hay criaturas vivas ahí abajo, y mucho menos, de qué tipo.

—La transmisión de impulsos debe tener alguna base eléctrica —dijo Marchenko—. Y en los organismos superiores, tiene que haber tal sistema de señalización. No puedo garantizar la potencia de este Taser, pero estoy seguro de que tendrá algún efecto.

—¿Cuántos disparos puedo hacer con esto y cuál es el alcance? —preguntó Adán.

—Puedes ajustar la intensidad de la carga. En el nivel más bajo, que inmovilizaría a una persona, puedes usar el dispositivo unas diez veces.

—¿Y al más alto nivel? ¿Qué logro con eso?

—Debería ser suficiente para una ballena azul terrestre. No creo que nos encontremos con ninguna criatura tan grande ahí abajo. Después de todo, el planeta es bastante joven.

—Parece que estoy preparado para todas las eventualidades —dijo Adán.

—Aun así, no deberías exponerte a peligros innecesarios. Si, por ejemplo, un rinoceronte se abalanza sobre ti, puedes usar el dispositivo para derribarlo, pero su inercia podría aplastarte aun estando inconsciente.

—Gracias por la advertencia.

—Pondré las armas Taser en vuestras mochilas.

—¿Cuánto tiempo más nos atormentará Numbark? —preguntó Adán.

—Entraremos en órbita en unas dos horas. Numbark planea encender el propulsor de desorbitación en ese momento para que podamos aterrizar en la superficie antes de la puesta de sol.

AHORA EL DESCENSO, o eso le pareció. El transbordador se sacudió de un lado a otro. Un fuerte rugido lo llenó y había un brillo extraño en los ojos de buey. Eva había estado a punto de vomitar durante diez minutos, pero hasta ahora había podido reprimirse.

—Me disculpo por las molestias —dijo Numbark, fiel a su estilo—. La atmósfera es bastante inestable.

—¿Tendremos mal tiempo? —preguntó Marchenko.

—No, esto parece ser normal —respondió Numbark—. Acabamos de actualizar nuestro modelo meteorológico con los últimos datos de los sensores. Todo el planeta está rodeado por una fuerte corriente en chorro que dispersa energía.

—Entonces descendamos más rápido —ordenó Murnaka.

—A sus órdenes, general —dijo Numbark.

El transbordador se hundió e inmediatamente, el contenido del estómago de Eva se disparó hacia su esófago. Esta vez era demasiado tarde para luchar. Se las arregló para girar a la izquierda, por lo que al menos el vómito no voló en dirección a Adán. Por un momento, mientras el transbordador iba en caída libre, hubo ingravidez. Los pequeños trozos de ácido estomacal flotaban como si no pudieran decidirse. Luego Numbark activó los propulsores de corrección. Hubo otra sacudida y el vómito salpicó el suelo.

Adán tocó su brazo derecho.

—No te preocupes —dijo, palmeando su hombro.

Ninguno de los Grosnops se dio la vuelta, ¡pero debían haber olido el percance! Eva levantó la cabeza y miró hacia adelante, pero Numbark y Murnaka estaban ocupados pilotando, mientras que Ragnor miraba con interés por el ojo de buey.

—Estoy seguro de que para los Grosnops, huele tan delicioso como su comida —bromeó Adán.

Eva rio. Él debió entender su expresión facial. Se conocían bastante bien. A las papilas gustativas y narices humanas les tomaba un tiempo acostumbrarse a la comida Grosnop, porque tenía muchos componentes ácidos y amargos.

El transbordador había llegado a una zona más tranquila.

—¿Podemos desabrocharnos? —preguntó Adán.

—Creo que sí —dijo Marchenko.

—Aún buscamos un lugar para aterrizar —dijo Numbark.

—¿No elegimos ya una meseta? —preguntó Marchenko.

—Me temo que no es adecuada —dijo Numbark—. Se encuentra en el lado izquierdo. Echad un vistazo.

Eva se aflojó el cinturón y se levantó del asiento. Debía tener cuidado de no pisar el vómito, que estaba concentrado en un charco verde amarillento. Dio un gran paso para esquivarlo y llegó a uno de los ojos de buey. Estaba empañado, así que limpió la humedad con la manga.

La primera vista del nuevo mundo fue impresionante. El cielo destellaba en púrpura. Tenía que preguntarle a Marchenko cómo surgieron estos colores, pero ya habría tiempo para eso después. El cielo púrpura se reflejaba en un lago circular ubicado en un enorme caldero de montaña. Parecía que alguien había cortado la parte superior de un pan de azúcar, lo había ahuecado y lo había llenado con agua hasta el borde. Esta debía ser la meseta que pretendían como lugar de aterrizaje, y Eva también comprendió el por qué había sido posible tal error. El lago no era una superficie lisa como un espejo, sino que estaba cubierto de innumerables enredaderas verdes y azules. El agua brillaba entre ellas.

Estaba claro que el planeta estaba vivo. Las laderas de las montañas que bordeaban el lago estaban oscuras, pero había más vegetación a sus pies. Los crecimientos le recordaron colas de caballo gigantes. Era difícil saber cómo de altas eran.

—Marchenko, ¿a qué altura estamos? —preguntó ella.

—Unos doscientos cincuenta metros.

—Oh, ¿tan bajo ya?

Entonces las plantas no eran tan altas como pensaba. Aún eran mayores que los árboles terrestres, pero eso no era sorprendente debido a la menor gravedad. Se preguntó si habría animales o incluso vida inteligente. Buscó formas de aspecto antinatural, pero todo parecía haberse desarrollado. Por supuesto, eso no les decía nada.

—Eso es genial —exclamó Adán—. ¿Qué temperatura hace ahí abajo?

—Bastante frío —dijo Numbark—. Tal vez treinta y cinco grados en vuestra escala.

—Bastante cálido —dijo Marchenko—. Treinta y cinco grados ahora, cuando el sol está justo sobre el horizonte. Estará en unos cuarenta y cinco alrededor del mediodía.

—Al menos no necesitaremos trajes espaciales —dijo Adán.

—Aún debemos ver si podéis tolerar la atmósfera. Encontramos rastros de cianuro en las capas superiores.

—Oh —dijo Eva—. Tener que caminar en un paraíso como ese con una máscara puesta sería…

—Creo que el aire es respirable. Las reacciones químicas en la atmósfera superior son diferentes a las de la superficie. Pero tendremos que medirlas antes de que pueda daros el visto bueno.

—Me encantaría saltar a ese hermoso lago con mi traje de baño —dijo Adán—. Apuesto a que el agua está tibia.

—No te atrevas —dijo Marchenko—. No sabes qué peligros acechan allí. Por favor, prométeme que no te arrojarás a ningún lago hasta que hayamos examinado todo con mucho cuidado.

Típico de Adán. Sabía cómo provocar a Marchenko, y ya no era el adolescente que tenía que demostrar su masculinidad todo el tiempo.

—Me pregunto si encontraremos otra nave Messenger aquí —preguntó Eva—. Seguramente, este sería el planeta perfecto para sobrevivir durante mucho tiempo sin ningún problema.

—No lo creo. En mi época, no había conocimiento de un planeta rocoso en este sistema. El Creador ha...

—No deberíamos llamarlo así —interrumpió Eva—. Ni fue un creador, ni merece esa designación. Era un científico sin escrúpulos que nos envió a este viaje sin tomar en cuenta nuestra opinión.

—Tienes razón, Eva. Ojalá pudieras decirle eso a la cara algún día.

—El hombre murió hace mucho tiempo —dijo Adán—. No vale la

pena molestarse con él. Es imposible que encontremos a dos personas más. Es lo único que necesitamos saber.

—Pero Adán...

Su hermano hizo un gesto de rechazo, una clara señal de que la discusión había terminado.

—Es mejor mirar por el ojo de buey —dijo él.

Eva siguió su consejo. Volaban sobre una extensión de agua. En lugar de enredaderas de colores, lo cubrían olas coronadas de blanco. Debía hacer mucho viento ahí abajo. Las olas debían tener varios metros de altura.

—¿Eso es el océano? —preguntó ella.

—No, es un lago interior. Justo al pasar, Numbark ha identificado una posible zona de aterrizaje.

El transbordador continuó descendiendo. El sol casi tocaba el horizonte. El agua se veía cada vez más negra, pero las crestas blancas se estaban volviendo de color púrpura claro. Parecía que no lo lograrían antes de la puesta de sol.

Eva miró la estrella, una versión más pequeña del sol, que hasta ahora solo había visto en fotografías. Se preguntó si podrían verla a simple vista. Sirio, al que visitaron la última vez, la habría cegado a esta distancia. Épsilon Eridani ya era rojo oscuro a esta altura sobre el horizonte. Aun así, sus rayos la calentaban aún a través del cristal del ojo de buey.

De repente, una sombra negra cruzó el disco solar. Batió sus alas una vez, dos veces, y luego desapareció de nuevo en la creciente oscuridad.

—¿Viste eso? —preguntó Eva.

—¿Qué? —preguntó Adán.

—Frente al sol. Parecía un pájaro gigante.

—No vi nada.

—Marchenko, el radar del transbordador debe haber captado algo —dijo Eva.

—Escanea el lugar de aterrizaje y la zona inmediata —explicó Marchenko—. Así que tu pájaro debe haber estado al menos a un kilómetro de distancia, o lo habríamos notado.

—Sí, era enorme. Cubrió casi todo el disco solar.

—¿Cuántos minutos de arco? Déjame hacer los cálculos. Espera un poco. Bueno, si no te equivocas, tu ave debería tener una envergadura de unos ciento cincuenta metros.

Eso era inconcebible. Solo podía ser una ilusión óptica, o un error de cálculo.

—¿Ciento cincuenta metros? ¿Y no calculaste mal? —preguntó.

—No. ¿Estás segura de que viste un pájaro? Tal vez fue alguna rama que cruzó el ojo de buey. Si no tenías tus ojos enfocados en él…

—Tal vez —admitió Eva. Sabía lo que había visto pero no quería discutir. Si realmente hubiera pájaros de 150 metros de envergadura, seguro que aparecería otro.

—¡ATERRIZAJE! —anunció Numbark.

Eva sintió un zumbido profundo extendiéndose por todo su cuerpo. El transbordador descendía lentamente sobre el chorro de escape del motor de aterrizaje lo que creaba esa sensación. Numbark era un buen piloto. Condujo la nave suavemente, metro a metro, hasta que se apoyó con la misma suavidad sobre el planeta.

—Un trabajo excelente —lo elogió Murnaka.

Numbark estaba visiblemente orgulloso. Se acarició la cabeza con sus manos táctiles y tamborileó con los pies. Parecía que se estaba aplaudiendo a sí mismo, pero también era una señal de inseguridad. Gronolf explicó una vez que tamborilear era un antiguo instinto que los Grosnops usaban para advertirse del peligro. Todos los adultos intentaban evitarlo, pero de todos modos, a veces afloraba. Numbark debía estar bajo una enorme presión porque Murnaka estaba a bordo, no solo era general, sino también la esposa del comandante.

Hubo un clic junto a ella. Al parecer, Adán ya se estaba desabrochando el cinturón de seguridad.

—Un momento —dijo Marchenko—. Tenemos que esperar y ver como de firme está el suelo. Si no es resistente, tendremos que hacer un despegue de emergencia.

Clic. Adán se había vuelto a poner el cinturón. Pasaron unos minutos mientras el soporte vital se hacía más y más fuerte.

—¿Qué pasa con la ventilación? —preguntó Adán.

—Es el calor exterior —explicó Marchenko—. No es típico. Por lo general, visitamos regiones más frías.

—Pero tampoco quisiera estar a veinte grados —dijo Adán.

—Oh, pronto sentirás el calor, créeme —dijo Marchenko—. Pero tengo buenas noticias: no hay contaminantes en el aire. Por el contrario, es extremadamente limpio.

—Entonces ¿por fin podemos salir? —preguntó Adán.

—No, aún tenemos que esperar la prueba de microbiología. Que no haya patógenos flotando por ahí.

«Lástima. Me encantaría ver la puesta de sol», pensó Eva mientras se recostaba de nuevo.

—¿Cómo vas a averiguarlo? —preguntó ella—. Ni siquiera sabes cómo un posible patógeno nos afectaría a nosotros y a los Grosnops, ¿o sí?

—Por supuesto que sí. Simplemente revisamos las estructuras. El

analizador examina cuidadosamente cualquier cosa orgánica para ver si puede interactuar con nuestras células. Si bien es poco probable que la vida local sea compatible con la nuestra, nunca se sabe.

—Por cierto, lo estás haciendo muy bien, Marchenko. Solo quería que lo supieras. Siento que estoy en buenas manos. Estoy segura de que Adán siente lo mismo. El hecho de que siempre estemos quejándonos no indica lo contrario.

—Gracias, Eva.

ENTONCES LLEGÓ EL MOMENTO DECISIVO. Eva vio por el ojo de buey que aún no había oscurecido. Aunque el aire resultó inofensivo en todas las formas medibles, Marchenko insistió en que siguieran el protocolo y usaran la esclusa de aire. Eva reprimió sus quejas y se concentró en la expectativa.

Silbando, el mamparo exterior se apartó y el planeta la recibió. Eva no tuvo que moverse. Simplemente vino hacia ella. Una pared cálida y húmeda la tocó, envolviéndola en olores exóticos que le eran completamente desconocidos. Había algo como pimienta en el aire, un toque de nuez moscada y quizás algo de ozono.

Luego estaban los colores. Eva nunca había visto tantos tonos de púrpura. El gran lago, que podría confundirse con un océano, estaba quizás a 100 metros de ella. En primer plano había un césped púrpura que se desvanecía en arena negra. Agua igualmente púrpura, casi negra, con crestas blancas lamían la arena, rompiendo en olas contra la orilla, tocando una melodía primitiva.

El agua llegaba al horizonte, donde el sol poniente marcaba el cambio entre el día y la noche. Era una puesta de sol trivial, pero parecía la transformación en una nueva fase de su vida. Debía ser a causa del sol, cuyo rojo oscuro se reflejaba como sangre en el negro púrpura del lago. Al caer la noche, el sol se desvaneció y entró en el agua de la que había surgido la vida.

Si alguna vez hubiera seres inteligentes aquí, primero contarían y luego escribirían tal mito, la canción del sol moribundo que otorgó a la vida su energía.

—¡OYE, levántate, dormilona! —gritó Adán.

Eva escuchó su voz apagada. Le tomó un momento recordar por qué: la tienda de campaña era la culpable. Marchenko había instalado dos tiendas más para ellos la noche anterior. Eva movió sus articulaciones y no sintió dolor. Le preocupaba el delgado colchón autoinflable, pero no le había causado molestias. Por el contrario, estaba más descansada de lo que había estado en mucho tiempo. Tenía que ser el aire fresco. Ni una sola molécula de oxígeno local había sido filtrada por el soporte vital. Todo estaba fresco.

Algo golpeó la lona de la tienda. Se puso boca abajo y abrió la cremallera de la entrada. El aire que se filtraba en la tienda olía a picante. Ayer había identificado pimienta y nuez moscada; hoy percibía una mezcla de comino y sal en el aire. Debía venir del lago. Desafortunadamente, un par de piernas masculinas desnudas y peludas obstruían su visión.

—¡Oye, hazte a un lado, Adán! —gritó.

Adán se dio la vuelta.

—Ah, buenos días, hermana. ¿No es una vista magnífica?

—Sería aún más bonita si te movieras un poco.

—Apenas despiertas y ya estás haciendo pedidos especiales.

Sin embargo, obedeció. Ella notó que estaba descalzo y que había que cortarle las uñas de los pies otra vez. Le gustaría...

Eva apartó la mirada y miró hacia delante. Adán tenía razón. El lugar para el campamento había sido ideal. Ahora, durante el día, el cielo era de un profundo azul oscuro. El sol, Épsilon Eridani, aún no era visible. El lago estaba más tranquilo que ayer: la única evidencia de crestas blancas se producía cuando las olas rompían en la playa negra.

—¿Vienes a desayunar? —preguntó Adán.

—Un momento.

Volvió a cerrar la cremallera. La tela de la tienda dejaba pasar suficiente luz para que ella se cambiara. Eva se quitó la camiseta de dormir húmeda. Por lo general, no dormía bien cuando sudaba, pero aquí no le molestó. Se cambió la ropa interior y se puso los pantalones cortos del día anterior, además de una camiseta limpia. Marchenko lo había preparado todo. La mochila contenía todo lo necesario, lo que revelaba que debió estar muy aburrido en el largo vuelo.

Eva salió sin zapatos. Había estado deseando ir descalza.

La parte trasera de su camiseta ya estaba sudada cuando volvió a abrir la entrada de la tienda. Debía de hacer más de 35 grados y aún no era mediodía. Examinó cuidadosamente el suelo frente a la tienda.

Estaba cubierto de delicadas plantas cuyas diminutas hojas se contraían cuando su dedo las tocaba. Sus tallos se enroscaban como enredaderas. Se parecía más al musgo que a la hierba de Sol binario. Eva salió a cuatro patas y se puso de pie.

—¡Ah, buenos días, Eva! —exclamó Marchenko.

El robot estaba unos metros a su izquierda, a medio camino de la playa, una zona abierta de árida arena.

—¿Dormiste bien?

—¡Buenos días, Marchenko! Dormí espléndidamente.

Adán le dio una palmada amistosa en el hombro.

—Ven, vamos a desayunar —dijo.

Solo ahora notó que el transbordador no estaba a la vista. Anoche estaba en el espacio abierto.

—¿A dónde se fue el transbordador? —preguntó.

—¿No lo oíste despegar? —preguntó Adán.

—No.

—Entonces estabas profundamente dormida porque el transbordador no fue lo que se dice silencioso. Está en camino para traer más suministros y pasajeros del Dragh. Ahora ven.

La cogió del brazo y, de mala gana, fue con él. Hubiera preferido examinar cada planta que pasaban. El camino hacia el espacio abierto pasaba por una especie de bosque tropical. Algunas plantas le recordaban altos pastos, mientras que otras le parecían arbustos.

Eva se detuvo y tiró con cuidado de una rama. Se sentía gomosa al tacto y parecía carecer de espinas. Ramas más pequeñas crecían a intervalos regulares por todos lados. En sus extremos había hojas que parecían plumas de pavo real, con fibras delicadas que se movían como nerviosas por el ligero viento que soplaba desde el lago.

—Vamos, Eva, hemos estado esperando durante dos horas —dijo Adán.

—No hay prisa —dijo Marchenko—. Tampoco es que os espere un festín.

¿No habría festín? Eva soltó la rama. Lentamente, casi como si el arbusto la estuviera moviendo conscientemente, regresó a la jungla. Su estómago gruñó.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Ocho en punto, hora local —dijo Adán.

—Bueno, entonces, he estado dormida durante once horas.

Eran las 8 de la tarde cuando cayó sobre su colchón, ayer.

—No exactamente. Un día aquí dura solo veinte horas. El horario a bordo del Dragh está fijado en veinticuatro horas. Te metiste en tu tienda dos horas antes de la medianoche, hora local, por lo que sería el equivalente a las seis en punto.

—Um, ¿y cuándo sale y se pone el sol?

—A las 4:30 y a las 3:30 —explicó Adán—. Actualmente tenemos once horas de luz. Pero poco a poco se acerca el invierno, por lo que los días comienzan a acortarse.

—Uf. Me pregunto si podré recordar eso.

—Lo mejor es ajustar el dial de tu dispositivo multifunción en veinte horas.

¿No debería llevarse el dispositivo multifunción? Analizaba el medio ambiente y también se utilizaba para la comunicación por radio. Presumiblemente, seguía unido al traje espacial, que tenía que quedarse en la tienda.

Eva se detuvo, pero Adán la arrastró al desayuno.

—Antes come. Puedes ir a por el dispositivo más tarde —dijo.

•

En el centro del espacio abierto, Marchenko había instalado una mesa plegable alrededor de la cual había seis sillas. Tres fueron diseñadas para la corpulencia Grosnop, mientras que tres eran más angostas. Sin embargo, nadie de la tripulación Grosnop estaba presente.

—¿Dónde están nuestros amigos? —preguntó Eva.

—Querían hacer un recorrido y explorar un poco —explicó Marchenko.

—¡Oh, yo también quiero hacer eso!

—Más tarde. Primero tienes que comer algo.

Eva notó su vejiga.

—Lo siento, pero todavía no he ido al baño hoy.

Marchenko apuntó uno de sus seis brazos hacia la jungla.

—¿Quieres decir que debo ir a los arbustos a…?

—No. Instalé un baño portátil allí atrás, justo después del contenedor de basura. Hay una ducha en la parte delantera. Luego sigue el camino por otros diez metros más o menos.

—Gracias. Has pensado en todo.

—Por supuesto, después de todo, he tenido años para prepararme para esta excursión.

•

El retrete consistía en un cubo, de más de un metro de altura, con un agujero de unos diez centímetros, cubierto por una válvula corrediza. Alguien había formado dos depresiones en el frente, que ella utilizó como una pequeña escalera. Un mal olor asaltó a Eva cuando abrió el control deslizante, un inodoro químico, entonces. Se bajó los pantalones cortos y la ropa interior y se sentó.

Desde su trono, tenía una hermosa vista. La selva ocultaba el lago, pero los diferentes tonos de vegetación eran fascinantes. Vio flores en varias formas, del tamaño de una uña a un puño, pero todas brillaban en tonos rojizos. Las hojas eran azuladas, púrpura o verde oscuro. Una de las plantas con forma de cola de caballo daba frutos de color verde jade que, por lo demás, se parecían a los escaramujos.

Eva solo notó el silencio que reinaba a su alrededor cuando comenzó a vaciar la vejiga. El sonido parecía tan fuerte como una cascada en una cueva. ¡Qué embarazoso! Seguro que Adán y Marchenko escuchaban todo. ¿Por qué no había insectos o pájaros alrededor? ¿Por qué no había zumbidos o trinos? La evolución debía haber tomado un camino diferente aquí. Como en respuesta al ruido del inodoro, hubo un repentino e intenso olor a canela, y Eva desarrolló un antojo de pan de jengibre.

—Ese inodoro es bastante alto —dijo Eva mientras regresaba al espacio abierto.

Marchenko y Adán ya estaban sentados, y Adán masticaba una masa marrón indefinible. ¿No habría cereal hoy?

—Es mejor así —dijo Marchenko—. De ese modo los Grosnops pueden vaciar sus pliegues estomacales sin ensuciar todo. Ya lo he discutido con Ragnor.

Era un buen argumento, por supuesto. Una vez más, solo había pensado en su propia comodidad.

—¿Y el papel? Por suerte, traía pañuelos.

—Sí, si los necesitas, tendrás que llevar algunos. Los Grosnops se asean en la ducha.

—Es bueno saberlo —dijo Eva.

—Cualquier duda que tengas, pregunta. Ahora, siéntate y come algo.

Marchenko se levantó, fue al contenedor, cogió un plato y lo colocó frente a ella. En el plato había la misma masa que Adán masticaba. No se veía muy apetecible.

—¿Qué es? —preguntó.

—Filete de diente de carroña deshidratado —contestó Marchenko —. Es comestible y tiene todo lo que necesitas.

—Prefiero mi cereal.

—Lo siento, tendrás que conformarte con la comida Grosnop.

—¿No trajimos el fabricante de alimentos? ¿Creí haberlo visto en el transbordador?

—Mawchenko see o apropó —murmuró Adán.

Luego tragó y repitió:

—Marchenko se lo apropió.

—¿Por qué? —preguntó Eva.

—Lo necesito para mis experimentos —respondió Marchenko—. Lo siento mucho.

—¿Qué tipo de experimentos? ¿Alimentarás la vida local con mi cereal y verás si se convierte en humana?

—Experimentos importantes. Lo explicaré más tarde.

—Oh, por favor, ya no soporto las cosas Grosnop.

—El hambre se encargará de eso, créeme —dijo Adán—. Estos filetes de dientes de carroña son duros, pero no tan malos si los masticas bien. Al menos no saben a dientes de carroña.

Eva hizo una mueca y se sentó. Si lo hubiera sabido, habría tomado algunas provisiones de la nave. Cogió un cuchillo y un tenedor e intentó, sin éxito, cortar un bocado del filete. Entonces, como Adán, cogió el trozo de pescado deshidratado en su mano y le clavó los dientes en una de las esquinas.

Tuvo que coincidir con Adán en que el sabor no era tan malo como temía. La textura del filete le recordó a una oblea densa y húmeda, y después de masticarlo un rato, se ablandaba lentamente y se podía tragar. Emitía un ligero sabor a nuez que no la hacía pensar en pescado.

—Tienes razón, puedo comerlo —dijo Eva.

—¿Lo ves? —dijo Adán.

—Pero ahora debes contarnos sobre tu experimento, Marchenko —pidió Eva.

—No es nada.

—Espera, ¿renunciamos a una comida deliciosa por nada?

—Está bien, crearé semillas.

—¿Semillas?

—Sí, Eva. Quiero probar si la vida terrestre puede desarrollarse aquí y cómo.

—¿Por qué con el fabricante de alimentos?

—No trajimos ninguna semilla de la Tierra. Pero algunas semillas son parte de recetas que el fabricante de alimentos conoce.

—¿Y crees que podrían ser viables? —preguntó Adán.

—Para las recetas se crean réplicas exactas de la estructura molecular de cada semilla. ¿Por qué no deberían ser capaces de germinar? No hay alma en una semilla, nada que el fabricante de alimentos no pueda replicar.

—Pero no quiero quedarme aquí para siempre —dijo Eva—. Antes de que la semilla brote, estaremos en camino.

—Sí, eso podría haber sido un problema.

—¿Podría haber sido?

—No lo olvides, he tenido mucho tiempo para prepararme.

Modifiqué las recetas para que la producción de materia en las plantas sea mucho más rápida.

—¿Quieres decir que las plántulas crecerán más rápido? —preguntó Eva.

—Mucho más rápido.

—¿Cómo de rápido?

—Todavía no estoy seguro, pero espero ver tres generaciones en un día.

—¿Plantas tu semilla modificada y ocho horas después, la planta se ha marchitado?

—Algo así, pero dentro de unas seis horas. Recuerda, aquí solo hay veinte horas en un día.

—Estás loco, Marchenko —dijo Eva.

—Bueno, me gusta esa locura —dijo Adán.

—Solo tengo curiosidad —se justificó Marchenko—. Con la rápida sucesión de generaciones, espero que las plantas se adapten mejor a las condiciones. La evolución ocurrirá más rápido. En dos semanas, podré hacer lo que a los criadores de la Tierra les lleva cien años.

—Admítelo. Quieres jugar a ser Dios. No me gusta. ¿Qué pasa si tu veloz reproducción rivaliza con la vida vegetal local? ¿O qué pasa si los genes que usas para acelerar el metabolismo en tus plantas son absorbidos por la flora? Metabolismo a alta velocidad, eso consumiría muchos más recursos. ¡Podría cambiar todo el ecosistema del planeta!

—No te preocupes, Eva. He tomado precauciones, por supuesto. Hay un interruptor natural. Las plantas que he convertido necesitan permanganato de potasio para crecer. Si no les doy nada, se marchitarán. Ese es el plan.

—¿Y nunca lo has probado? —preguntó Eva.

—No, eso fue imposible de probar en el Draght. Pero el experimento comenzará tan pronto como hayas terminado tu desayuno.

MIENTRAS ADÁN ENJUAGABA LOS PLATOS Y LOS UTENSILIOS EN LA DUCHA, Marchenko llevó a Eva a la orilla del espacio abierto. El suelo no parecía muy fértil. Eva lo rascó con el pie y su dedo desnudo se volvió negro.

—¿Es ceniza? —preguntó ella.

—Sí, esta es la zona donde aterrizó el transbordador. El motor quemó cualquier cosa combustible.

Marchenko había acordonado un área de aproximadamente un metro cuadrado. Parecía que también había humedecido el suelo de su pequeño jardín, porque se veía bastante negro.

—¿No lo estás haciendo más difícil para tus semillas?

—No, al contrario. La ceniza es un buen fertilizante. No creo que las plántulas terrícolas puedan crecer con los nutrientes orgánicos de este planeta. Después de todo, las estructuras bioquímicas son bastante diferentes a las de la Tierra. Pero las cenizas son cenizas.

—Y el polvo es polvo.

—Es verdad. Además, mis semillas tienen menos competencia aquí que en cualquier otro lugar. Estoy seguro de que el suelo está esterilizado a una profundidad de al menos diez centímetros. Tanto calor se debió al escape del motor de aterrizaje.

—¿Vas a empezar sin mí? —preguntó Adán mientras volvía a reunirse con ellos.

—Por supuesto que no —contestó Marchenko—. Le estaba explicando a Eva lo que ya te dije esta mañana.

—Entonces lo único que falta es que reveles lo que vas a cultivar aquí —dijo Adán.

—No, lo descubriréis por vosotros mismos.

—De acuerdo —dijo Eva—. Tiene que ser una planta cuyas semillas formen parte de la alimentación humana. De lo contrario, no tendrías la receta molecular.

—Es verdad. Pero aun así hay una gran variedad.

—¿Pero las nueces quedan descartadas? —preguntó Eva.

—No, estamos hablando de semillas. Y también os diré que es una planta anual. Quiero resultados visibles lo antes posible.

—¿Cuándo debemos volver? —preguntó Adán.

Marchenko cerró los ojos como si necesitara pensar.

—Planté la primera semilla hace diez minutos mientras todavía estabas comiendo, Eva.

Bien, entonces todavía tenían un poco de tiempo. Quizá Eva comió demasiado de ese extraño filete de dientes de carroña. Ahora quería volver a la luz del día. Se volvió, pero Marchenko la asió con fuerza.

—Así que espero los primeros resultados... ahora —dijo, arrodillándose.

—¿Perdona?

Eva se agachó junto a Marchenko. El "parterre" parecía intacto. Ella contuvo la respiración. Nunca había experimentado el momento en que la nueva vida brotaba de la tierra quemada. Se preguntó si sería tan mágico como había imaginado.

Adán se arrodilló frente a ella. Para un observador, aquello parecería un extraño ritual. Marchenko había elegido un buen lugar. Aunque era casi mediodía, todavía estaba a la sombra, por lo que el sol no podía quemar la planta recién nacida.

Allí estaba. Eva vio un movimiento discreto. Una miga de tierra mojada se había apartado. Solo ahora se dio cuenta de lo que sucedía.

Algo diminuto y puntiagudo estaba saliendo del suelo. Ni siquiera era verde todavía, más bien pálida y enfermiza, pero estaba creciendo a un ritmo vertiginoso. Después de un minuto, ya tenía un centímetro de altura. Era blanca y seguía creciendo: dos centímetros después de dos minutos, cuatro centímetros después de tres.

Pero luego vaciló. Se detuvo a los cinco centímetros. Su punta se abrió como si algo fuera a salir, pero estaba hueca por dentro. Luego, el pequeño brote se derrumbó repentinamente.

—Joder —espetó Marchenko.

—Pobre planta —dijo Eva.

—No me pareció muy saludable desde el principio —dijo Adán.

—Creo que sé por qué —dijo Marchenko.

—¿Tan rápido?

—Sí, Eva. No es difícil deducirlo. El brote se quedó sin la energía que le proporcionó la semilla, y tardó demasiado en activar su planta de energía solar interna, que lo alimentaría con más energía de la luz solar. Viste lo pálida que estaba la plántula. Tengo que diseñarla genéticamente para que tenga suficientes cloroplastos desde el principio. De lo contrario, el aprovisionamiento es insuficiente comparado con la rápida tasa de crecimiento.

—Me alegro de que ya tengas una solución —dijo Eva—. ¿Entonces continuaremos mañana?

—No dispongo de tanto tiempo. Creo que puedo hacer el próximo intento en dos horas.

—¿QUÉ piensas de los experimentos de Marchenko? —preguntó Eva. Apartó una rama plumosa del camino y la sostuvo hasta que Adán la alcanzó. Caminaba detrás de ella.

—Gracias —dijo Adán—. ¿Los experimentos? Bueno, se mantiene ocupado. Déjalo.

Eva notó un montículo marrón en medio del camino, que consistía de tierra suelta. Primero quiso cruzarlo dando un gran paso, pero luego cambió de opinión. Se detuvo y se agachó. Adán pasó junto a un arbusto púrpura y se agachó junto a ella.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó.

Todavía tenían que descubrir algún insecto en el planeta, volando o arrastrándose. A Eva no le preocupaba. Pero aquí las plantas crecían y morían, y algún proceso tenía que convertirlas después en humus, del que emergía nueva vida.

—¿Ya has estado aquí? —preguntó ella.

No estaban lejos del campamento. Marchenko les había permitido solo un breve paseo.

—No —respondió Adán—. Y si lo hubiera hecho, ciertamente no habría cavado en el suelo.

—Tampoco parece que uno de los Grosnops haya apilado este montículo —dijo Eva.

—Correcto —dijo Adán, cogiendo algo de tierra fresca.

Eva lo miró, hechizada. Como había pedido Marchenko, llevaba guantes, pero el material era fino. Entonces...

De repente, Adán reculó y dejó escapar un grito. Eva trató de retroceder, pero algo le enganchó el pie derecho. Perdió el equilibrio y cayó de espaldas.

Adán rio.

—¡Solo estabas fingiendo! —lo recriminó.

—¡Solo espera!

Le tendió la mano y ella se levantó.

—Lo lamento. No pensé que te asustarías tanto —se justificó Adán.

—¡Ja! ¡Ja! ¿Recuerdas la historia del pastor que grita ¡Lobo! ¡Lobo!, y hace que todos corran en su ayuda a pesar de que no se encuentra en peligro?

—Sí, Marchenko nos la ha contado muchas veces.

—Entonces no te quejes si alguna vez te sucede lo que al pastor cuando el lobo aparezca.

—Este planeta me parece bastante amigable —dijo Adán—. Ni siquiera hay mosquitos. ¿Y recuerdas esas ranas parecidas a pirañas en Próxima b?

Ella las recordaba. Pero también recordó la enorme sombra que había cruzado la faz del sol de este planeta.

—Oh, sí, fue cuando Marchenko nos salvó —dijo.

—No, yo nos salvé.

—No, nada de eso, fue Marchenko. Lo recuerdo claramente.

—De todas formas... Hasta ahora, lo único que hemos encontrado aquí son plantas —afirmó Adán.

—¿Y de eso, concluyes que todo es inofensivo? ¿Nunca has oído hablar de las plantas carnívoras? Incluso existen en la Tierra.

—Si no hay carne, la evolución debe tener dificultades para inventar plantas carnívoras.

Adán tenía razón. Pero ella no le daría la satisfacción de admitirlo. Fue entonces cuando notó un movimiento. Había una especie de gusano trepando por el brazo de Adán, del largo de un dedo.

—Oh, retiro lo dicho —dijo, señalándolo—. Tienes algo ahí.

Adán miró su brazo, y cuando vio el gusano, se sacudió con movimientos frenéticos.

—¡No, no lo hagas! —dijo Eva, demasiado tarde.

—¡Puaj! —exclamó Adán—. Ahora tengo la piel de gallina.

—Pero ya no podemos examinar el gusano. ¡Era nuestro primer

representante de la fauna autóctona!

—¿Por qué no metes la mano en ese montón de tierra tú misma? Estoy seguro de que hay más de esas cosas allí.

Esa era una buena idea. Eva se subió el guante tanto que le llegó por encima de la manga. No quería un gusano alienígena arrastrándose por su piel. Luego hundió los dedos lentamente en el montículo. El suelo era blando y cálido, casi como la arena de la playa, pero más sólido, más terroso. Podía imaginar la materia vegetal muerta descomponiéndose lentamente. No palpó gusanos, pero podría deberse al guante.

Metió la mano en el montón de tierra hasta la muñeca, esperó un momento y volvió a retirarla. Un poco de suciedad se escurrió mientras examinaba el guante por todos lados. Allí, en el dorso de su mano, algo se movió. Era un gusano delgado de piel plateada, de unos cinco centímetros de longitud. Y muy cerca de él, otro espécimen más pequeño se movía por la tela como una serpiente.

—¿Tienes un pedazo de papel? —preguntó ella.

Adán sacó un pañuelo de su bolsillo y lo dejó en el suelo. Eva pasó su mano sobre ellos y la agitó un poco. Esto no pareció molestar a los gusanos, así que les dio un pequeño empujón con el dedo índice de la otra mano.

Podían observarlos fácilmente en el tejido blanco. Al principio yacían allí rígidos, como si estuvieran muertos. El gusano más grande estaba cubierto de pelos. No pudieron distinguir una cabeza. En la parte posterior del más pequeño había varios puntos negros que parecían ojos diminutos. Después de un minuto ambos se despertaron casi simultáneamente. Se movieron en direcciones opuestas como si hubieran estado de acuerdo y no quisieran interponerse en el camino del otro. Dejaban finos trazos marrones en el papel.

Adán quería detener a uno de ellos, pero Eva negó con la cabeza.

—Déjalos en paz —dijo.

—Deberíamos llevarle uno a Marchenko. Estoy seguro de que querrá examinarlos.

—Tengo la sensación de que está más interesado en su experimento.

—Muy bien, entonces, dejaremos vivir a ambos.

El gusano más grande ya había llegado al borde del pañuelo de papel. Se bajó con cuidado sobre una hoja que yacía un poco más abajo, y poco después había desaparecido entre las plantas que cubrían el suelo. Se podía ver un trozo de tierra donde el gusano más pequeño se arrastraba por el borde del pañuelo. El gusano cayó por un extremo, pero no se arrastró más, sino que inmediatamente se hundió en el suelo. Esto sucedió tan rápido que ni siquiera vieron cómo lo hizo.

Súbitamente, todo se volvió brillante. Eva levantó la vista y tuvo que protegerse los ojos con la mano derecha. El sol Épsilon Eridani había llegado a su cenit por lo que sus rayos brillaban en este estrecho camino en la jungla.

—Es mediodía —dijo Eva—. Deberíamos volver con Marchenko.

LLEGARON AL CAMPAMENTO UN CUARTO DE HORA DESPUÉS.

Marchenko permanecía inmóvil frente a la mesa. Sabía que parecía como si su cuerpo estuviera congelado y como si su alma lo hubiera abandonado. ¡Esperaba que sus hijos nunca tuvieran que verlo así en la realidad! Pero sus sentidos aún funcionaban. Se volvió hacia ellos y agitó dos de sus seis brazos.

—Eso fue espeluznante —dijo Eva.

—Lo siento. Meditaba. Simulé el experimento por completo. Pero tienes razón, necesito reservar más capacidad para este cuerpo. La piel, las expresiones faciales, los seis brazos, requieren más capacidad de cómputo que el sencillo cuerpo de antes. Tendré que acostumbrarme a eso. Cuando hibernabais, nadie lo notó.

—No es necesario para mí —dijo Eva.

—Por supuesto que sí. He visto cómo te he asustado, y no quiero hacer eso. Pero me alegra que hayáis regresado. Bien podríamos empezar.

—¿Resolviste el problema? —preguntó Adán.

—Eso espero. Pero solo el experimento lo dirá.

—Entonces comencemos —pidió Adán.

Marchenko asintió y los condujo al terreno vacío. Allí metió la mano en un hueco de su vientre y sacó algo de él, presumiblemente la semilla. Eva no podía verla entre sus dedos. Marchenko hundió el dedo índice y el pulgar unos dos centímetros, los sacó de nuevo y apelmazó el suelo. Luego le echó un poco de agua de una botella, que fue absorbida rápidamente.

—Bueno, ¿y cuándo debemos volver? —preguntó Adán.

—Mejor quedarse aquí. No tomará mucho tiempo.

En ese momento, una diminuta punta verde partió la tierra. Esta vez no estaba pálida. Eva se apartó para que su sombra no cayera sobre ella.

—Debería producir suficiente energía incluso a la sombra —explicó Marchenko—. He optimizado el proceso un poco, la genética.

—Pero ¿eso no contradice tu objetivo? —preguntó Adán.

—¿Por qué?

—Porque dijiste que querías evaluar cómo es que la evolución ayuda a la vida terrestre a adaptarse a las condiciones locales. Eso no

es evolución. Son estructuras celulares de ingeniería genética.

—Yo... Tienes razón, en cierto modo. Pero para empezar, el cambio que hice en el material genético solo hace factible mi experimento. No cambia el resultado. Simplemente lo vemos antes. ¿O deberíamos pasar cien años aquí?

—Será mejor que no —dijo Adán—. Este podría ser el momento más aburrido de mi vida. ¿Adivina qué? Encontramos dos gusanos en nuestra incursión.

—¿Los trajisteis con vosotros para que yo pudiera analizarlos?

—No, Eva no quiso. No quería que los mataras.

—Sin embargo, eso sería necesario para un análisis preciso —dijo Marchenko.

—Ves, Adán, lo sabía.

¡Caramba!

Algo le hizo cosquillas en la rodilla. Eva había estado observando a Adán y Marchenko todo este tiempo y no había prestado atención. ¡Y ahora ya tenía diez centímetros de altura!

—¡Qué rápido! —exclamó Adán.

—Admito que también estoy sorprendido —dijo Marchenko.

El brote ahora había formado dos hojas en su punta, que se apartaban en ángulo. Eva se puso de pie porque la planta ya había crecido varios centímetros más. Sin embargo, no parecía saludable. Ya era de un tamaño considerable, pero parecía que acababa de atravesar la superficie. Era como si Marchenko hubiera inflado artificialmente los comienzos de una plántula. ¿Cuánto tiempo podría durar eso?

—Me encantaría hacer una expedición más larga por todo el planeta —dijo Adán.

Marchenko no reaccionó. Parecía fascinado por su creación porque la planta estaba en constante movimiento. Parecía un animal que deliberadamente se empujaba fuera de la tierra. ¿Cómo sería su sistema radicular? ¿Avanzaría hacia el suelo tan rápido como la planta crecía hacia el cielo?

—¿Alguien quiere escucharme? —preguntó Adán.

—Te escucho —dijo Marchenko—. Quieres ir a una expedición más larga.

—Sí. ¿Y qué dices?

—¿Tengo que decir algo al respecto? Sois adultos, biológicamente mayores de treinta años. Ya no puedo daros órdenes.

Adán abrió los ojos desmesuradamente. Lo que decía Marchenko era una novedad. En el pasado, siempre les había dicho qué hacer y les había dado muchas sugerencias y pautas.

—Bueno —dijo Adán—, entonces me voy.

—Iré contigo —dijo Eva—, si esperas hasta mañana. Ya es tarde. No llegaremos lejos hoy.

—Quince kilómetros estaría bien.

—Prefiero usar el día de hoy para tratar de averiguar si es posible nadar en aquel lago.

Adán sonrió.

—Esa también es una buena idea, por supuesto. Una excelente, de hecho.

•

La mochila contenía ropa para casi cualquier eventualidad, pero ningún traje de baño. Eva la volvió a cerrar. Hacía un calor sofocante en la tienda. Se secó el sudor de la frente. Sacudió el saco de dormir y lo dobló. Luego gateó hacia atrás para salir de la tienda.

Cuando se levantó, se sobresaltó porque Adán ya estaba esperando a la sombra de un árbol de varios metros de altura con un tronco en forma de barril. Ni siquiera se había fijado en él.

—Nada, ¿verdad? —preguntó.

—No, Marchenko no pensó en eso.

—Yo tampoco tengo traje de baño —dijo Adán.

—Entonces nadaremos en ropa interior.

Aquí solo estaban los tres. Esos Grosnops entrometidos no volverían hasta pasado mañana. La posibilidad de que el transbordador regresara era remota. Podían nadar desnudos, pero de alguna manera era incómodo para Eva. No era tanto la vergüenza como la extrañeza del planeta. Cuando no usaba ropa, se sentía impotente ante él. Casi preferiría nadar en un traje espacial la primera vez.

Marchenko podría aconsejarla, pero ella no se lo permitiría. Caminaron hacia el lago. La negra arena de la playa se había calentado. Eva se apresuró a llegar a donde el agua lamía la playa. Seguía diciéndose a sí misma que se trataba de un lago interior, no de un océano. El cuerpo de agua parecía enorme.

—Ni siquiera puedes ver la otra orilla —dijo ella.

—Cierto. Pero, por supuesto, el planeta es más pequeño que la Tierra. El horizonte está más cerca —dijo Adán.

—Sabelotodo.

Eva se volvió. La jungla comenzaba apenas más allá de la playa. El único espacio abierto era donde había aterrizado el transbordador, y parecía bastante pequeño desde allí. En el claro, una planta extraña crecía hacia el cielo. Medía unos dos metros de altura y estaba cubierta de hojas ovaladas. Lo verde no encajaba aquí. La clorofila de las plantas terrestres era desconocida en este planeta. Pero no era solo el tono, la planta le parecía una intrusa. Estaba segura de que su hermano no lo entendería, así que Eva se guardó sus pensamientos.

El agua salpicó sus brazos desde atrás. Se volvió hacia el lago, donde Adán ya estaba sumergido en el agua hasta la cintura.

—¡Ven! ¡Es agradable y cálida! —llamó él.

—Mejor esperaré. Alguien tiene que salvarte. ¡No te olvides de los dientes de carroña en Sol binario!

Ella era la sensata. Siempre lo había sido.

—Soy más rápido que ellos —dijo Adán.

Se inclinó, se impulsó con los pies y se zambulló de cabeza en el agua. Volvió chapoteando a la superficie.

—No es salada —dijo—, pero sabe un poco... rancia.

Ella también lo había notado. El lago no olía tan fresco como el mar que había experimentado en Próxima b. Pero de qué estaba compuesto el aroma a humedad, aún no podía identificarlo. Adán se sumergió de nuevo. Esta vez se quedó abajo más tiempo. Con los ojos abiertos, volvió a subir.

—La visibilidad es excelente —dijo—. El fondo está cubierto de diferentes plantas. Y creo que vi un pez de cuatro patas.

—¿Un pez de cuatro patas? —preguntó Eva.

—Sí, no te rías. Era delgado como un pez, pero tenía patas.

—Tal vez pueda vivir en el agua y en la tierra. ¿Cómo de grande?

Adán indicó una longitud de aproximadamente medio metro.

—Esperemos que hayas descubierto a la criatura más peligrosa de este lago —dijo Eva.

—No te preocupes porque esa soy yo.

Eva soltó una carcajada. Adán era un fanfarrón. Recordaba demasiado bien la escena de la araña gigante en Próxima. Adán también debía recordarla bien.

—Ahora es tu turno —dijo Adán.

Se acercó lentamente a ella. Al menos mantenía su acuerdo de que uno siempre vigilara mientras el otro nadaba. Eva fue a su encuentro. Cuando casi lo alcanzó, él golpeó el agua con las manos y la salpicó. Eva lo ignoró. Sus bragas y camiseta ya estaban empapados y el agua estaba muy cálida. Tan pronto como llegó a la altura de la cintura, se inclinó, se metió bajo el agua y aceleró con poderosos movimientos de natación.

Se preguntó si todavía podría nadar. Giró sobre su espalda y se deslizó por el lago cerca del fondo. La superficie del agua brillaba en tonos dorados sobre ella. Abrió la boca. Las burbujas ascendieron. Dejó salir una tras otra hasta que no pudo exhalar más. Brevemente, sintió que se estaba asfixiando, pero no era peligroso. El agua no tenía ni dos metros de profundidad. Podía salir a la superficie en cualquier momento siempre que no perdiera el conocimiento.

Ahora. Este era el momento.

Su vientre cosquilleó cuando los poros se volvieron grietas. Aspiró

agua, filtró el oxígeno y expulsó el agua nuevamente. Sus branquias aún funcionaban, un regalo genético del Creador, al igual que su capacidad de ver en el infrarrojo. Eva hizo varios movimientos de natación para evitar ser impulsada hacia arriba. El agua era su medio. Era muy diferente al aire, siempre a su alrededor, envolviéndola por completo, y si se exponía demasiado a ella, la aplastaría.

Algo le pellizcó el dedo del pie. ¡Mierda! Parecía que, después de todo, había depredadores. Pateó con fuerza en dirección al atacante desconocido. Un profundo sonido de dolor cruzó el agua. Eva salió a la superficie y Adán sacó la cabeza del agua. Tenía una mano frente a su ojo izquierdo.

Eva rio.

—Eso es lo que te mereces —dijo—, ¡dijiste que ibas a hacer guardia en la playa!

Adán mantenía el ojo cerrado.

—Ya me conoces.

—¿Es grave? —preguntó Eva—. Vamos, hagamos que Marchenko lo revise.

—Vale —contestó.

Adán apartó la mano. Eva sostuvo su cabeza y examinó el ojo. No había herida visible. Sin embargo, Adán temblaba, a pesar del calor. Ahora le parecía un niñito. Como una hermana mayor, lo abrazó y le acarició la espalda.

—No hay nada. Probablemente fue solo el susto —lo consoló.

Sintió el ritmo constante de su respiración refrescándole el hombro mojado. Después de medio minuto, Adán se liberó del abrazo.

—Lo siento —se disculpó—. Algunas veces… No lo sé.

—Vamos a nadar otra vez.

—No, por favor no. Sería como una derrota para mí. Tú nadas, y yo vigilaré esta vez, lo prometo.

SE HABÍA LEVANTADO UN VIENTO FRESCO Y AGRADABLEMENTE SECO. El oleaje estaba aumentando con rapidez. Eva se preguntó si sería por la menor gravedad. Esperó una ola alta y se zambulló con los brazos por delante. La camiseta la frenaba. Debió quitársela. Eva se zambulló hasta el fondo, buscando el pez que Adán había descrito. La verdad ya no tenía ganas, pero sentía que debía dejar que Adán la cuidara y lo hiciera sentirse necesitado.

Por extraño que parezca, nunca sintió que no la necesitaran. Tal vez era porque ella siempre había sido la sensata. Alguien tenía que arreglar las pifias de Adán. Por supuesto, nunca fue criticada por eso como su hermano por sus locuras. Supuso que valía la pena ser

sensato. Aun así, a menudo lo envidiaba por su habilidad para lanzarse a una aventura sin pensar.

Había algo a la izquierda, entre los tentáculos azul oscuro de la planta acuática que serpenteaba por el suelo. Eva aún tenía que acostumbrarse a los extraños colores de este planeta. Comenzaban con la luz del sol, que estaba más en el rango rojo que el sol de Alfa Centauri. Bajo el agua, los colores cambiaban aún más. ¿A dónde se fue el pez? Eva exprimió todo el aire de sus pulmones y vio una sombra delatora. Se sumergió un poco más y levantó el tentáculo.

La criatura parecía haberla notado. Se apretaba contra el fondo. Su longitud coincidía con la descripción de Adán. Parecía un pepino grueso de color marrón oscuro. Delgado como un pez, había dicho Adán. Era imposible distinguir el frente de la parte trasera. Una franja longitudinal más clara corría por el medio, y justo encima de ella había varias protuberancias espaciadas a intervalos regulares. Parecían verrugas, pero una lente de vidrio cubría la parte superior de cada una. Se preguntó si serían ojos. Eva contó siete de ellos. ¿Cuántos tenía el gusanito?

Ella se retiró un poco. Tan pronto como su sombra dejó de caer sobre la criatura, esta avanzó. Tenía cuatro patas, cortas como las de una tortuga. Sin embargo, en lugar de pies, sus extremos eran aletas triangulares. Las piernas parecían lo suficientemente fuertes como para arrastrarse por la tierra. Moviéndose lo más lentamente posible, Eva siguió al pez, al que llamó "pepino de mar Eridanus".

Al principio parecía moverse sin rumbo por el fondo del lago. ¿Quería escabullirse de posibles depredadores? Pero luego se dio cuenta de lo que realmente motivaba al animal: el tentáculo hacia el que nadaba estaba cubierto de una masa viscosa. Podría ser un insecto, el engendro de otro animal o incluso una fruta extraña. Para averiguarlo, tendría que tomar una muestra, pero seguramente eso asustaría al pez.

Así que Eva solo observó. El pepino de mar pasó sobre la sustancia pegajosa, se detuvo un momento y avanzó un poco. No había ni rastro de la masa donde acababa de estar. Parecía que el pepino de mar Eridanus se estaba alimentando.

¿Cuánto tiempo llevaba bajo el agua? Eva miró la superficie. Los rayos del sol ya estaban incidiendo en el lago en un ángulo menos pronunciado. Adán sabía que no podía asfixiarse. Prefirió seguir al pez un poco más, pero este parecía haber comido suficiente. Abandonó su curso en zigzag y nadó en línea recta como si tuviera un objetivo fijo. ¿O estaba huyendo de ella? Ella movió la mano, pero la criatura no reaccionó.

Cinco minutos después, llegaron a un agujero en el fondo. ¡Una cueva! Salía agua fría de ella. Eva dejó que fluyera por sus branquias.

Era rica en oxígeno y olía como la lluvia después de una violenta tormenta. El pepino de mar Eridanus desaceleró un poco, probablemente porque tenía que luchar contra la corriente. Eva lo siguió. ¡Si hubiera traído una linterna! Pero aún no estaba demasiado oscuro. El pez incluso parecía estar cada vez más ligero. El fondo se estaba volviendo cada vez más vacío, ahora consistía solo de roca.

De repente, el pepino de mar desapareció. Eva nadó más cerca del fondo y descubrió una grieta donde estaba el animal. Había tentáculos unidos a su parte inferior y se movían. Sus extremos, que iban de un lado a otro, estaban hechos de pepinos de mar en miniatura del tamaño de un dedo. Eva no podía distinguirlo, pero parecía como si el gran pepino de mar estuviera alimentando a los pequeños. Presumiblemente, tenía un orificio de alimentación en la parte inferior, desde el cual ahora estaba expulsando la masa gelatinosa.

Eva esperó hasta que la alimentación terminó. Permaneció lo más inmóvil posible en el techo de la cueva. Esto le dificultaba respirar, porque el agua solo fluía lentamente a través de sus branquias, pero resistió por unos minutos. El pepino de mar finalmente le hizo un favor y salió nadando por la abertura. Quería moverse lentamente hacia la salida de la cueva, pero no había contado con Eva. Eva había estado esperando precisamente este momento. Cogió al animal con ambas manos y le dio la vuelta.

¡Oh! Casi lo suelta. La parte inferior de la bestia estaba abierta. Un amplio hueco se extendía de un extremo al otro. Estaba abierto unos pocos milímetros, lo suficiente para que ella pudiera ver los muchos dientes que se asentaban a cada lado, moviéndose de un lado a otro como si fuera una onda deliberada. Desde esta perspectiva, la bestia ya no tenía nada en común con un pepino. En vez de eso, le recordaba a una boca ancha, abierta con avidez, esperando para masticar algo.

Como su dedo medio izquierdo, que se había acercado demasiado. Eva no notó nada al principio. Solo vio el hilo negro extendiéndose hacia el lecho marino. ¡Mierda! Era su sangre. Inmediatamente soltó al animal. A su dedo medio le faltaba una pequeña parte de la punta y estaba goteando más sangre. ¡Mierda! En estado de shock, Eva se golpeó la cabeza con el techo de la cueva.

«Tómatelo con calma», se recordó a sí misma. «No fue culpa de la criatura que le metieras el dedo en la boca». De hecho, el pepino de mar no había hecho ningún esfuerzo por seguirla. Lentamente se hundió hasta el fondo y nadó con sus patas cortas con aleta, de regreso a la salida de la cueva. Ciertamente no podría alimentar a su descendencia con sangre humana.

Eva abanicó el agua fresca a su alrededor. Delicados hilos oscuros se extendían formando anillos y remolinos. La corriente esparció su sangre por toda la cueva, y la cueva respondió. No estaba tan vacía

como Eva había pensado. De sus profundidades salieron otros animales, aparentemente atraídos por el aroma de su sangre. Debían pensar que se estaba sirviendo un bufé. ¡Esperaba que solo tuvieran curiosidad! Eva sabía demasiado poco.

El primer animal que notó parecía un árbol de Navidad flotante en toda su belleza. Tenía varios grupos de verdes aletas fibrosas distribuidas alrededor de un eje. Las aletas —como ramas— se movían hacia arriba y hacia abajo. Detrás venía un segundo árbol de Navidad, aún más grande, pero lo más extraño era que tenía 'adornos' en sus ramas. Suspendidos de hilos delgados había objetos esféricos en los que Eva distinguió una lente debajo de la cual una pupila regulaba la incidencia de la luz. Las esferas flotaban de modo que la lente apuntaba hacia arriba. La extraña criatura, como el pepino de mar y el gusano, parecía esperar el peligro principalmente desde arriba.

Eva estaba a punto de darse la vuelta y salir de la cueva cuando apareció otra criatura. Era plana y semicircular como una pizza doblada, y se movía abriendo y cerrando las dos mitades. ¡No tenía ojos! ¿Por qué algunas de las criaturas locales no necesitaban ver? Tal vez la media pizza nunca salía de su cueva.

Apareció otro árbol de Navidad, luego otro. Ahora estaba rodeada por las extrañas criaturas. Eva se volvió hacia la salida de la cueva, pero una se había colocado allí hacía mucho tiempo. «¿Qué significa esto, querida? ¿Es esta una forma de tratar con visitantes raros?» Era mejor que se retirara con cautela.

Pero entonces una visión aún más extraña la distrajo. Solo notó al nuevo animal porque de repente se volvió muy brillante en la cueva. La fuente de luz era una "bombilla" que flotaba en el agua. ¿Bioluminiscencia? Incluso tenía la forma típica, pero en lugar de una base roscada, terminaba en medio pepino con cuatro patitas en la parte inferior. Una bombilla errante se acercaba a ella, haciendo que Eva se riera y accidentalmente tragara agua.

¿Qué hay de Adán? A estas alturas, debía estar preocupado. Se metió el dedo con la yema lesionada en la boca y esparció la sangre restante con la otra mano, sin dejar rastro directo hacia ella. El truco funcionó. Las extrañas criaturas debieron ser atraídas por las moléculas de su sangre como tiburones. ¿Qué habrían hecho? ¿De qué habrían sido capaces si hubieran llegado a la fuente? No lo descubriría hoy, porque ahora nadó hábilmente más allá del árbol de Navidad que esperaba y salió de la cueva.

«Ah, allí estás». El pepino de mar Eridanus se tomaba su tiempo, como si la estuviera esperando. «Nademos juntos a casa, pequeño». Probablemente el animal buscaba alimento otra vez. Serpenteaba de enredadera en enredadera. A pesar de sus lindas piernas, su movimiento se veía elegante, tanto como podrías esperar de un

pepino. Poco a poco, el lago se hizo menos profundo, los tentáculos disminuían. Aparentemente esta parte de la orilla ya había sido esquilmada. Eso no era bueno para la descendencia en la cueva.

¿Debería llevar al animal a tierra? Tal vez podría disuadir a Marchenko de su obsesión. Este planeta tenía tantas sorpresas. Probablemente podrían pasar años explorándolo. ¿Qué importaba que las plantas terrestres pudieran sobrevivir aquí? El dedo medio de Eva estaba sangrando de nuevo, así que se lo volvió a poner en la boca, lo que la hizo más lenta. De repente, el pepino de mar adquirió una prisa peculiar. Su movimiento se hizo más frenético, su curso más sinuoso. Pero se detenía una y otra vez. Luego su cuerpo se onduló. Una vibración lo recorrió de adelante hacia atrás e hizo que los ojos colocados en la línea media se ondularan extrañamente.

Después de eso, el pepino de mar salió disparado hacia adelante, como picado por una tarántula, para esconderse debajo de una hoja. ¿Qué había pasado? ¿Se sentía perseguido? Tal vez Adán se había metido en el agua. Eva buscó sus piernas peludas pero vio que estaba sola.

En ese momento, se oscureció un poco. Una sombra pasaba sobre ellos. Se hizo más pequeña y más oscura. Sus bordes estaban desvaídos, como si estuvieran revoloteando. Eva se agachó instintivamente, pero la sombra no se dirigía hacia ella, sino al pepino de mar. ¡Plaf! El causante de la sombra llegó al agua y se transformó en piernas emplumadas que terminaban en afiladas garras. Se clavaron en la delicada piel del pepino por los costados y salió un líquido oscuro. Eva notó el olor a amoníaco.

Las garras desaparecieron en la penumbra, y la sombra se alejó rápidamente, apartándose de la orilla del lago. El pepino de mar había desaparecido. Lo único que quedó fueron algunos filamentos de color negro verdoso esparcidos en el agua. Dos pequeños peces con forma de huevo los atacaron, pero desaparecieron presas del pánico cuando Eva se acercó a ellos.

Ella se levantó. El agua ya era tan poco profunda que solo le llegaba al estómago.

—¡Ah, allí estás! —exclamó Adán.

—¿Viste eso? —preguntó Eva.

—¿Qué? Oí un chapoteo y luego saliste del agua.

—Algo vino del cielo y apresó al pepino de mar Eridanus.

—¿El qué?

—El pepino de mar Eridanus, el pez de cuatro patas que viste.

—Ah, es cierto, tenía cierto parecido a un pepino —dijo Adán.

—Entonces, ¿qué hay del depredador? —preguntó Eva mientras vadeaba lentamente hacia la orilla.

—Lo siento, Eva, no vi nada. Estaba sentado en la orilla, dibujando

en la arena, hasta que escuché el chapoteo. Entonces levanté la vista y estabas saliendo del agua.

—Debió haber una sombra.

—Es posible, pero no la vi. ¿Cuál era su apariencia?

Eva se dio la vuelta para poder ver el lago. El sol ya estaba cerca del horizonte otra vez. El cielo estaba despejado. No había rastro de una sombra. Caminó de espaldas con lentitud. Tal vez volvería a aparecer.

—Solo vi sus patas. El agua tenía como 1,20 metros de profundidad, las garras llegaron al fondo pero no pude ver el cuerpo del animal.

—Del ave —dijo Adán.

—¿Perdona? —preguntó ella, volviéndose hacia él.

—Debe haber sido un ave.

—Ah, claro. Sí, probablemente. O tal vez fue un árbol de Navidad volador o un alga guerrera.

—¡Ja! ¡ja!, creo que tragaste demasiada de esa agua.

Se estaba mareando. Se apretó el estómago. ¿Qué le pasaba? Se dio una palmada en la frente y respiró profundamente. Aquí afuera, tenía que respirar con sus pulmones.

—Eva, ¿estás bien? —preguntó Adán.

—Sí, solo algunos problemas de conversión.

Se palpó las costillas, pero sus branquias ya se habían cerrado.

Adán señaló su dedo.

—¿Y eso?

—Oh, la yema del dedo. Solo un pequeño corte. Tenemos que ponerle un vendaje.

Se lamió la sangre.

—¿Era algún tipo de alga guerrera? ¿Fuiste atacada por plantas? —preguntó Adán.

—No, pero he visto algunos animales extraños. Había árboles de Navidad flotantes, por ejemplo. ¡Esa ave! ¡Si sus piernas tenían un metro y medio de largo, tenía que tener al menos cuatro, cinco metros de altura!

—Podría estar cerca. Lástima que no la vi.

—Marchenko no creerá ni una palabra de lo que diga —dijo Eva.

—¿Por qué? Confía en ti.

—Sí, pero no necesariamente en mis observaciones. Se preguntará por qué no vimos pájaros pequeños, cuando los hay tan grandes. No tiene sentido. En un ecosistema, todos los nichos están siempre ocupados.

—Eso es cierto, pero tal vez aún no hemos descubierto las especies más pequeñas.

—Tal vez.

—Es precisamente por eso que te pido que no le cuentes a Marchenko sobre tu observación.

—¿Por qué, Adán? ¿Porque no me creería?

—Puede que no te crea. Pero seguro prohibirá nuestras pequeñas expediciones.

Adán tenía razón. Si Marchenko percibiera peligro para ellos, no los dejaría ir. Entonces tendrían que observar sus monótonos experimentos.

—Vale. Solo le contaré sobre el pepino de mar Eridanus. Eso bastará.

El experimento de Marchenko parecía haber tenido éxito. Podían ver el resultado desde la distancia. En el verde más bien azulado de la jungla local, el rico verde oscuro de la planta terrestre se destacaba claramente. Ahora era tan alta como los árboles más altos. Marchenko se sentaba a la sombra, apoyando la espalda sobre el tronco del grosor de un brazo. Tenía los ojos cerrados, como si estuviera dormitando.

Antes de que Eva pudiera siquiera saludarlo, saltó.

—Pensaba en ir a buscaros —dijo.

—¿No confías en nosotros? —preguntó Adán.

—Por supuesto que confío en vosotros. Iba a buscaros para la cena.

—¿Hay algo decente? —preguntó Adán.

—He estado dándole mal uso al fabricante de alimentos durante una hora, y os preparé algunas hamburguesas. Aunque ahora están frías.

—Cuando dices que le das mal uso, quieres decir que lo utilizas en su verdadero propósito.

—Oh, vamos, no discutamos, Adán. Tuve que hacerle algunos cambios repentinos a mis semillas.

Marchenko golpeó el tronco y un breve chaparrón cayó desde arriba.

—La humedad del aire se deposita en las grandes hojas —explicó —. Eso es bueno para el equilibrio hídrico de la planta, pero malo para la absorción de oxígeno y la absorción de luz.

—¿Qué más quieres?

Eva señaló hacia arriba.

—Se ha vuelto enorme, ¿no? ¿Qué es? ¿Una secuoya?

—Un girasol —contestó Marchenko—. El problema son sus hojas. No están lo suficientemente diferenciadas. Su superficie es tan lisa. Una hoja adulta tiene una estructura más pronunciada. Eso dificulta la condensación de la humedad y aumenta la superficie para la absorción

de oxígeno.

¿Se suponía que esto se convertiría en un girasol? La típica flor en la parte superior de la planta aún no se había formado. ¿Cómo de alto crecería?

—Así que has criado una especie de bebé gigante.

—Sí, básicamente un problema similar al de esta mañana. Solo en una etapa posterior de desarrollo. Pero solucionable. Ahora venid.

MARCHENKO HABÍA COLOCADO LA MESA Y LAS TRES SILLAS DE MODO QUE MIRARAN DIRECTAMENTE AL LAGO, más allá del cual el sol se estaba poniendo. Había puesto un mantel y encendido una vela. No había viento, por lo que su llama ascendía perfectamente recta. Adán sopló y unas gotas de cera líquida salpicaron el mantel.

—Adán, idiota —se quejó Eva.

—Lo siento. Solo quería ver si era real. La llama...

—No importa —dijo Marchenko.

Acababa de salir del contenedor con dos platos. Estaban cubiertos con papel de aluminio que brillaba dorado en la puesta de sol. Marchenko los colocó frente a ellos y les entregó los cubiertos con un tercer brazo.

Eva quitó el papel aluminio. Debajo, se reveló la hamburguesa perfecta. Aún el olor era el correcto: aromas a la parrilla y al horno, cebolla, tomate, vinagre de la salsa de tomate. Los nanofabricantes habían hecho un gran trabajo.

—Con cuidado —indicó Marchenko—. Es posible que me excediera en el calentamiento.

—Buen provecho —dijo Eva.

Tomó un bocado. Tanto el panecillo como la carne estaban húmedos y rezumaba un poco de jugo. Dejó que goteara en el suelo, masticó, tragó y tomó el siguiente bocado.

—Delicioso —dijo Adán con la boca llena.

—Mmm —coincidió Eva.

—Puedes volver a prepararlo para el desayuno —dijo Adán.

—Me temo que el preparador de alimentos está ocupado —dijo Marchenko—, pero preparé algo de cereal para ti.

—¡Mirad! —exclamó Eva.

Casi se perdían la puesta de sol. Era tan espectacular como el día anterior. Incluso un poco más dramática, porque ahora las nubes se acercaban, formando un colorido telón de fondo.

—Mañana estaremos fuera todo el día —dijo Adán—. ¿Tienes provisiones para nosotros?

—Excepto por el muesli, nada terrestre —dijo Marchenko—. Pero

los Grosnops nos han dejado suficientes filetes de dientes de carroña. ¿No esperaréis hasta que regresen?

—No —respondió Adán—. Necesito salir de aquí.

—Me temo que no puedo acompañaros.

—Eso está perfectamente bien, Marchenko.

Entre los pies de Eva se arrastraban unos cuantos gusanos, de esos que parecían carecer de ojos. Posiblemente el intenso olor de la salsa los había atraído. ¿Había goteado algo en el suelo? Oh sí, ese primer bocado. Sus pies descalzos, que debían haber adquirido el olor de la tierra, fueron ignorados por los animales.

EVA SE DESPERTÓ EN ALGÚN MOMENTO DE LA NOCHE. ¿Qué la había despertado? No podían ser las gotas cayendo suavemente sobre la tela de la tienda, y tuvo que escuchar con atención para oír el viento, que no lo tenía fácil para atravesar la densa jungla. Pero luego notó que su espalda estaba empapada. Eva se sentó y palpó alrededor. El saco de dormir goteaba y el delgado colchón flotaba sobre una película de humedad. Se quitó la camiseta y la escurrió.

Mierda. Eva tiró de la mochila. Su fondo estaba húmedo por fuera, pero el contenido aún estaba bien protegido. Primero se puso una camisa seca e inmediatamente se sintió mejor. Luego sacó un par de pantalones secos de la mochila, se arrastró fuera de la tienda con ellos y se los puso de pie. Ya no estaba lloviendo tan fuerte. ¿Dónde estaba el contenedor? No había casi nada que ver en la oscuridad. Ni siquiera la luz de las estrellas brillaba sobre ella. Eva se metió en la tienda una vez más y sacó la linterna de su mochila.

Podía orientarse mejor con su luz. Las plantas todavía se veían muy diferentes que durante el día, pero ahora podía ver el sendero que se alejaba de las dos tiendas. En su extremo tenía que estar el contenedor que prometía un techo sólido. Primero iluminó la tienda de Adán. No había ningún movimiento perceptible. Probablemente estaba dormido y ella tuvo la mala suerte de que su tienda se hubiera instalado en medio de una escorrentía.

Caminó descalza por el sendero. El suelo húmedo chapoteaba con sus pasos. Lodo marrón se filtraba entre las enredaderas hasta sus pies, pero no importaba: el agua que caía y el lodo estaban tibios. No tenía frío y el agua limpia se encargaría de la suciedad.

Una luz naranja salía del contenedor. La puerta estaba ligeramente abierta. Eva escuchó hablar a Adán y Marchenko. Abrió la puerta un poco más. Marchenko se sentaba en el suelo con las piernas cruzadas, Adán en una silla.

—Oh, ahí estás —dijo Marchenko.

—Podríais haberme despertado antes de que me ahogara en la jungla —recriminó Eva.

—Revisé tu tienda cuando el agua me despertó —se defendió Adán —. Parecía seca y estabas dormida.

—Está bien —aceptó Eva.

No sería justo enfadarse con él. Ella tampoco había ido a ver cómo estaba él antes de dirigirse al contenedor.

—Montaré las tiendas sobre andamios mañana...

Un fuerte estruendo ahogó la voz de Marchenko. Parecía un árbol cayendo. Eva quería salir corriendo, pero Marchenko detuvo a ambos. Los soltó después de que el sonido se hubo extinguido. Eva fue la primera en llegar a la puerta. La abrió de un tirón y encendió la linterna en el exterior. Una sombra osciló por su campo de visión, acompañada por el susurro de una ráfaga de viento en los árboles.

Pero no hacía viento. A Eva se le puso la piel de gallina. Adán pasó corriendo junto a ella y rodeó el contenedor hacia donde Marchenko había plantado el girasol.

Eva lo siguió. Sus sospechas eran correctas. La enorme planta se había caído. La raíz seguía en el suelo. El tronco se había partido justo encima de ella. Adán siguió al tronco, que se había abierto camino a través de la jungla. La vereda así formada se encontraba con el sendero que conducía a las tiendas y luego continuaba hasta ellas.

—Tuvimos mucha suerte de que lloviera —dijo Adán.

Eva avanzó lentamente entre la maleza y se dirigió a su tienda. El tronco del girasol no la había dañado. La jungla debía haberlo contenido, después de todo, no pertenecía a ese lugar. Eva sintió pena por el girasol. Se limpió el sudor y el agua de lluvia de la cara y sacó su mochila. ¿También necesitaría el colchón? Lo palmeó. Estaba empapado. No podría dormir con eso esta noche, así que lo dejó allí. Poco después de ella, Adán también salió de la jungla con su mochila a cuestas. Tenía algunas enredaderas en la cara, que ella le arrancó.

—¡No hagas eso! —dijo él.

—Cuando salí del contenedor, vi una sombra y escuché un silbido —susurró Eva.

Adán agitó su linterna de modo que las sombras revolotearon frenéticamente en la noche y luego señaló los árboles que se doblaban bajo el peso de la humedad.

«Sí, claro, siempre hay murmullos, por supuesto». Pero ella sabía lo que había oído y visto. Le encantaría echar mano a su mochila para volver a examinar el girasol gigante.

Hizo una pausa. ¿Debería? Encendió su linterna en la oscuridad. No, ya no tenía sentido.

—¡Espera un poco! —llamó y corrió detrás de Adán.

—¡DESAYUNO! —gritó Marchenko.

Eva podría acostumbrarse a tal servicio. En el Majestic Dragnt, Marchenko no la atendía tan bien. Debía sentir remordimiento porque prefería ocuparse de sus experimentos en lugar de explorar el planeta con ellos.

Se incorporó, toda sudorosa. El aire dentro del contenedor era terrible. Se imaginó el sol quemando el metal con todas sus fuerzas para asar bien a los ocupantes. Adán yacía de costado, dormido y roncando. Se alegró de que al menos no tendrían que pelearse por quién se ducharía primero.

Lo más silenciosamente posible, Eva caminó hacia la salida, donde encontró su mochila. Rebuscó en ella pero no encontró más ropa interior limpia.

—¡La ropa está colgada en el tendedero! —exclamó Marchenko.

—¡Shh! —susurró ella—. Deja que Adán duerma un poco más.

Salió por la puerta sin tocarla. Luego rodeó el contenedor hasta la ducha, se quitó la ropa sudada y abrió el grifo del agua fría. No hacía frío —unos 25 grados— pero eso era lo que necesitaba en este momento. Se lavó el pelo. Detrás de la pared de la ducha colgaba una toalla que usó para secarse. Desnuda, regresó al frente. Después de todo, solo estaban ellos dos.

Cuando Marchenko la vio, señaló hacia la playa. Había tendido una cuerda entre dos postes y de ella colgaba ropa limpia. Corrió hacia allá, disfrutando de la cálida arena entre los dedos de sus pies.

Marchenko había colgado todo cuidadosamente. Ella no podía hacerlo de manera tan sistemática. Descolgó una camiseta que parecía planchada y se la puso. Justo cuando estaba a punto de alcanzar un par de bragas, una mano húmeda se posó en su hombro desde atrás.

—¡Adán, no hagas eso! —gritó, dándose la vuelta.

Cuando reconoció a Ragnor, dio un paso atrás, tropezó con una piedra y se habría caído si Ragnor no la hubiera atrapado.

—Gracias, Ragnor. No puedo creer que me asustaras así.

—Lo siento. Pensé que te alegrarías de verme.

Todavía pronunciaba la r de forma extraña, pero menos llamativa, y parecía estar mejorando con la gramática.

—Sí, por supuesto que me alegro.

Volvió a buscar las bragas y se las puso de la forma más discreta posible.

—Y no estás desnuda esta vez. Tu ropa puesta.

Bueno sí. Estrictamente hablando, tenía razón. No era el momento de explicarle las complejidades de la moda humana.

—Estás mejorando tu expresión en nuestro idioma.

—Sí, Murnaka ha estado practicando conmigo. Gran honor para Ragnor.

—No sabía que ya habías regresado.

—Llegué justo después del amanecer. Ya es tarde.

—Lo sé. Volvamos al campamento. Marchenko ha preparado el desayuno.

RAGNOR LOS VIO COMER. Eva se sintió como si estuviera en un zoológico, pero no lo culpó. No los había visto alimentarse con comida humana con frecuencia, y para una criatura con un pliegue estomacal, comer a través de un orificio con herramientas cortantes era sin duda algo muy exótico.

—¿Dónde están todos los demás? —preguntó Adán.

—Tienen trabajo que hacer. Evaluaciones.

Aparentemente, sus compañeros de tripulación no requerían de Ragnor en este momento. Obviamente, el joven Grosnop estaba aburrido. Sintió un poco de pena por él. Comparado con Numbark y Murnaka, ciertamente no estaba lo suficientemente calificado para opinar.

—Dime, ¿te gustaría acompañarnos en nuestro viaje? —preguntó Eva.

Adán le dio una patada en la espinilla por debajo de la mesa. ¿Por qué actuaba así? Ragnor era fuerte y rápido. Quizás Adán temía que si aceptaba, ya no sería el centro de atención. Ya no sería la aventura de Adán. Se convertiría en una salida grupal.

—Esa es una excelente idea —dijo Marchenko—. Así no tendría que preocuparme tanto por vosotros.

—Oh, vamos. ¡Preocuparte! El planeta es seguro, ¿no? —preguntó Adán—. ¿O has encontrado algo peligroso, Ragnor?

—No se ha encontrado nada, no —contestó Ragnor.

—¿Ves, Marchenko?

—Me gusta mucho acompañaros —dijo Ragnor.

—Me gustaría —lo corrigió Adán.

—Está bien —dijo Ragnor.

—Entonces está resuelto.

Adán quiso objetar, pero la fuerte patada de Eva debajo de la mesa lo detuvo. Ragnor estaba complacido. Marchenko también se escuchaba más tranquilo, y de esta manera no sentiría la necesidad de llamarlos por radio cada media hora.

—¿Terminasteis con el desayuno? —preguntó Marchenko.

Eva cogió el tazón de cereal y se puso de pie.

—Déjalo —pidió Marchenko—. Los enjuagaré más tarde. Quiero mostraros algo más.

—¿Qué? —preguntó Adán, levantándose.

—El girasol que se cayó ayer. Lo recuperé.

Mierda. Eva había querido examinarlo por sí misma. Esperaba que Marchenko no hubiera borrado las pistas. Él no sabía lo que ella estaba buscando.

—Interesante —exclamó Eva—. ¿Dónde lo tienes? ¿Y cuándo lo hiciste?

—Sabes que no necesito dormir. Empecé antes del amanecer. Ahora los restos están ahí atrás.

EVA PASÓ JUNTO A SUS TIENDAS DE CAMPAÑA QUE HABÍAN SIDO COLGADAS PARA QUE SE SECARAN. «Parecen trofeos», pensó, pieles despojadas de animales exóticos con cuerpos triangulares, meciéndose suavemente con el viento que ni siquiera había notado antes del desayuno. Los restos del 'árbol' de girasol estaban esparcidos detrás del contenedor. Aparentemente, Marchenko había dividido su creación en varias secciones, que había alineado una al lado de la otra.

—Bien, aquí es donde se rompió —dijo Marchenko, tirando de ella hacia un trozo voluminoso del tronco.

Eva palpó la corteza. Era lisa, no áspera, como cabría esperar de un girasol. Al romperse, el tallo parecía haberse derretido. No fue una rotura uniforme. En vez de eso, se había estirado demasiado en un lado mientras se comprimía en el lado opuesto. Allí se había formado un bulto del que rezumaba una fina savia líquida. Eva recogió una gota en su dedo y la lamió.

—Esto es agua casi pura —explicó Marchenko—. Sospecho que es agua celular filtrada bajo presión. En el proceso, dañó las paredes celulares, haciendo que el tallo perdiera fuerza. Una ráfaga de viento podría haber sido suficiente para desencadenar una reacción en cadena.

—O un ave que se posó en el árbol —sugirió Eva.

—¿Un ave? Aún no hemos visto ninguna —dijo Marchenko—. Tendría que haber sido bastante grande.

—Tendría que serlo —asintió Eva.

Adán le pellizcó el brazo, teniendo cuidado de que Marchenko no pudiera verlo.

—Solo digo —continuó Eva—, que no hubo viento en toda la noche.

—Así es. Debe haber sido una ráfaga.

Eva le siguió la corriente. Una borrasca, entonces. Pero sabía lo que había visto. Por fin llegó a la parte superior de la planta. En ella, el tronco se volvía mucho más grueso. Aquí habría aparecido la flor, pero este girasol nunca florecería. Aunque no se hubiera partido, era imposible, porque la base de la flor había sido destruida.

—¿Cómo está? —preguntó ella.

—La caída la dañó —dijo Marchenko—. Después de todo, el capullo de la flor se precipitó a través de todo tipo de obstáculos hasta que la jungla detuvo la planta.

«La caída la dañó, sí claro». Desde su punto de vista, el capullo mostraba más daño que el que sufriría al encontrarse con las ramas puntiagudas de otros árboles. Eva recordó las garras del ave. El capullo de la parte superior de la planta tenía grietas por todos lados que podrían deberse a esas garras, y algo había hecho un agujero en el medio en lo que le pareció un vano intento de conseguir algo comestible. Eva sospechaba del ave que había raptado al pepino de mar Eridanus. Debió buscar algo comestible en el girasol. En consecuencia, tenía que haber plantas en este planeta que produjeran capullos o vainas similares.

—Entonces, ¿qué piensas? —preguntó Marchenko.

No debía contarle a Marchenko sobre el ave, o nunca más la dejaría sola.

—Lástima lo del girasol. Nunca florecerá —respondió Eva.

—Cuando regreses esta noche, verás un girasol en flor.

—No volveremos hasta dentro de una semana, al menos —dijo Adán—. Eso es lo que acordamos.

—Vale. Entonces os aprovisionaré con algunas semillas —dijo Marchenko—. Siempre que tengáis ganas de ver un girasol, simplemente ponedlas en el suelo, preferiblemente por la noche. A la mañana siguiente, debería estar completamente desarrollado.

—No creo que tengamos tiempo ni ganas de atender plantas en este viaje —dijo Adán.

—Está bien —aceptó Eva—. Estamos encantados de llevar las semillas. Y nos pondremos en contacto contigo todas las noches.

—Si podemos —completó Adán—. Con el horizonte tan cerca, el alcance de la radio podría ser limitado.

Marchenko le entregó a Eva algunas semillas, que contó en la palma de su mano. Había siete, su número favorito. Adán recibió las suyas y las metió descuidadamente en su bolsillo.

•

El sol quemaba el cuello de Eva. Era bueno que llevara una camiseta de manga larga con protección UV. Llevaban tres horas

marchando junto al lago. La arena negra crujía bajo sus pies descalzos. Hacía calor, pero permanecían donde las olas llegaban a la orilla y la mantenían húmeda, por lo que era soportable. Siguió buscando conchas u otros restos, pero no parecía haber nada de eso aquí. Solo vio los ocasionales tentáculos desgarrados de color verde azulado que habían llegado a la orilla, principalmente apiñados en bancos de arena que se adentraban en el mar.

—Espera un momento —gritó Adán.

Eva se detuvo.

Él señaló un punto en el suelo.

—¡Aquí!

Eva se dio la vuelta y corrió hacia él. Se dio la vuelta cuando vio lo que Adán había encontrado. Por supuesto que sabía que era la extremidad de uno de esos peces de cuatro patas pero lo que había en el suelo se parecía mucho al pie de un niño.

—Es comestible —dijo Ragnor.

Eso le pareció tan absurdo que fue divertido. Los humanos y los Grosnops eran tan diferentes que no pudo reprocharle su comentario.

—Tenemos muchas provisiones —dijo Adán, señalando sus mochilas.

Eva se arrodilló y echó arena sobre el objeto encontrado. No debía dejarse así a la intemperie.

—¿Qué piensas de eso? —preguntó Adán.

—Comer o ser comido. Eso es tan cierto en este planeta como en cualquier otro lugar —respondió ella.

—Debió ser un gran depredador —supuso Adán.

Eso era cierto. La pierna debía medir medio metro de largo. El pez que la poseyó debió tener dos metros de longitud, por lo que el atacante también era al menos así de grande.

—Sí, más de dos metros —dijo Eva.

—Pero entonces, ¿por qué no hemos descubierto nada todavía? —preguntó Adán.

Ella había visto algo, varias vecesya, pero nadie la había creído.

—Podría ser nocturno y bastante rápido —dijo.

—Quizás.

Adán palpó uno de sus canales auditivos con el ceño fruncido.

—¿Puedo ayudar? —preguntó Ragnor, señalando la oreja de Adán con el delgado dedo meñique de su mano táctil.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Es molesto cuando hay gusano en el orificio del cuerpo —dijo Ragnor—. El pequeño dedo táctil es perfecto.

—No, gracias —dijo Adán—. No es un gusano, solo un poco de cerumen.

—¿Cerumen? No conozco la palabra.

—Es un tipo de grasa —explicó Adán.

—Ah, grasa, lo sé.

—Suficiente de esto —dijo Eva—. Debemos seguir avanzando.

MARCHARON EN SILENCIO, uno detrás del otro, durante un rato. La orilla del lago parecía estar desviándose lentamente de su camino previsto. Si querían mantener la dirección, tendrían que abandonar la orilla. La desventaja era que no podrían avanzar tan rápido en la jungla.

¿Por qué la arena estaba tan limpia? El ecosistema del planeta seguía siendo un misterio para Eva.

—¿Tienes alguna idea de por qué no hay conchas y cosas así? ¿Criaturas que se protegen con una concha calcárea? —preguntó.

—Eso es obvio. El agua del lago es demasiado ácida. La cal se disolvería en ella.

Por supuesto, esa era una buena explicación. Debió haber poca sal en la corteza cuando se formaron los depósitos de agua. Tal vez los mares tampoco estaban salados. El plan era marchar hacia el norte. Una vez superado el lago, las imágenes de la órbita habían mostrado que la jungla retrocedía poco a poco, dando paso a una estepa boscosa que se extendía hasta uno de los dos océanos. Adán esperaba llegar al océano. No era muy realista si pretendían regresar en una semana, como prometieron.

Eva miró la brújula de su instrumento multifunción y notó que apuntaba hacia el sur. Se detuvo de inmediato.

—Creo que tenemos un problema —dijo.

—¿Cuál es? —preguntó Adán.

—¡La brújula! Vamos en la dirección incorrecta.

—Ah, no, no hay problema. La brújula solo simula señalar el norte. De hecho, apunta al polo sur magnético. En la Tierra, eso está en el polo norte geográfico. Aquí no.

—Entonces, según la brújula, ¿tenemos que ir al sur si queremos ir al norte? Y en ese caso, ¿dónde están el este y el oeste?

—Correcto. El este y el oeste no cambian. Si estás mirando al norte, que es el sur según la brújula, el oeste es la izquierda y el este es la derecha.

Eva sostuvo la brújula frente a ella. A la izquierda estaba el lago sobre el que se ponía el sol. Hasta ahora, la teoría de Adán parecía ser correcta.

—¿Y cómo sabes eso? —preguntó.

—Me lo explicó Marchenko antes de que partiéramos.

—Vale, pero él mismo hizo este instrumento, entonces, ¿por qué

complicó la lectura de la brújula con estas condiciones terrenales especiales?

—Tendrás que preguntárselo tú misma. La Tierra debe haber sido un lugar muy especial para él.

•

MEDIA HORA DESPUÉS, se alejaban del lago. En lugar de luchar con la jungla, avanzaron junto a un pequeño río que desembocaba en el lago. De vez en cuando, tenían que vadear en aguas poco profundas, pero era agradable a causa de la temperatura de casi 40 grados.

Después de un rato, Eva miró hacia atrás. El lago ya no era visible. La corriente serpenteaba a través de un bosque ralo que constaba de una gran variedad de plantas. Entonces notó algo que parecía un gran escarabajo en su hombro.

—Adán, mira lo que tengo aquí —dijo, hablando en voz baja para evitar asustar al insecto.

Sería el primer insecto que descubrirían en el planeta. La Tierra sería inhabitable sin insectos, pero aquí la evolución parecía haber tomado un camino diferente. Adán se acercó. Miró su hombro, luego cogió el objeto y se lo mostró.

—Es solo una hoja —dijo—. ¿Ves?

Adán tenía razón. Era una hoja de color verde oscuro, un poco más pequeña que su mano. La parte inferior tenía manchas marrones y una protuberancia en el medio que terminaba en un tallo. De él emanaba un olor acre que recordaba a la mostaza.

Adán la soltó. No revoloteó hasta el suelo, sino que navegó hacia una planta que le llegaba a la rodilla, aterrizó en su flor y la envolvió.

—Una hoja, entonces —dijo Eva, sonriendo.

—Hmm —exclamó Adán.

—La hoja se come a la flor —indicó Ragnor—. ¿Ves?

Levantó la hoja con sus dedos táctiles. Intentó resistirse, abriéndose y cerrándose como un paraguas. La flor que había envuelto ya no era roja sino rosa pálido, y ahora también olía fuertemente a mostaza. Ragnor volvió a poner la hoja en la flor.

—Se ha ganado su alimento —dijo.

—Nosotros también.

•

DESCANSARON EN LA ORILLA DEL RÍO. Eva se sentó junto a la planta, y mientras masticaba un trozo de filete de dientes de carroña, observó cómo se alimentaba la hoja. De vez en cuando se recomponía con un tirón. Después, se apretaba más alrededor de la flor, digiriéndola

gradualmente. Se preguntó si el olor a mostaza procedía de sus jugos digestivos. Después de unos minutos, una sorprendente cantidad de savia transparente corrió por el tallo de la planta debajo de la hoja.

Eva siguió el chorrito con la mirada. Cuanto más descendía, más cambiaba su olor. Le recordaba a la salvia, luego al eucalipto. Justo antes de que la savia llegara al suelo, un pequeño agujero en el suelo se abrió y la parte trasera de un gusano emergió. O el frente, era imposible saberlo, ya que sus ojos no eran visibles. El gusano se estiró hacia el chorrito. Seguramente se orientaba por el olor.

Alcanzó el tallo en el momento exacto en que la savia habría caído al suelo. Ahora el extremo del gusano se abrió y se deformó en un anillo que envolvió el tallo. Se formó un embudo en el que entró el jugo. El gusano tembló, lo que se transmitió a la planta. ¿Serviría esto para comunicarse con la hoja encima de la flor? ¿O simplemente estaba acelerando el goteo de la savia? Poco después, el gusano volvió a cerrar el embudo, se separó del tallo y se retrajo al suelo del que nunca había salido por completo.

La hoja también se soltó de la flor. Eva apoyó la cabeza en el suelo para echar un vistazo de la parte inferior. Notó el asombro de Ragnor, quien lo expresaba juntando sus manos táctiles sobre su cabeza. Sin embargo, valió la pena. Vio para qué era el engrosamiento en el medio. Se había abierto y parecía estar lleno de un interior carnoso. Las junturas se movían una contra la otra como bordes cortantes, algo que probablemente eran. ¡Ella ya conocía el principio del pez de cuatro patas!

No pudo tragar más filete de dientes de carroña.

—¿Quieres el resto? —preguntó Eva.

—Mucho —dijo Ragnor—. Gracias.

Ella le dio la última pieza, y él la colocó en el pliegue de su estómago. En ese mismo instante, Eva vio por el rabillo del ojo cómo la hoja caía de la flor. Revoloteó un poco, pero no pudo ganar altura. Lentamente se hundió hacia el suelo. Probablemente no fue una coincidencia que aterrizara en la raíz de un árbol.

CUANTO MÁS AVANZABAN, más se aclaraba la jungla. Las plantas crecían más altas, ya casi tan altas como los árboles. Sin embargo, no formaban tallos duros como los pinos o los robles. En vez de eso, varios tallos se aferraban unos a otros. Las hojas cerca del suelo crecían de modo que se envolvían alrededor de las plantas vecinas, que a su vez extendían sus tentáculos. Estos cúmulos de normalmente ocho a diez tallos individuales, cada uno de aproximadamente cinco centímetros de espesor, probablemente no eran menos estables que el

tronco de un árbol, pero seguían siendo más elásticos. ¿Qué revelaba eso sobre el clima local? El planeta era más cálido que la Tierra, es decir, había más energía en la atmósfera y eso sugería tormentas más fuertes.

Poco a poco se iba oscureciendo el suelo, porque las plantas ya captaban la luz del sol en sus copas, y la maleza desaparecía. El camino iba ligeramente cuesta arriba. Eva no se sorprendió. Si había un océano al norte, pero este río fluía hacia el sur, tenía que haber una división en el camino hacia el océano, un indicio de que debían cruzar una cadena montañosa. En las imágenes de la órbita, habían identificado una diferencia máxima de altitud de 2.000 metros. Era una cadena montañosa alta, pero tendrían que cruzarla. Las posibilidades de llegar al océano parecían bastante escasas.

Después de otra curva en el río, Eva advirtió un árbol diferente a los que habían descubierto. Tenía un auténtico tronco del que brotaban en hileras ramas cubiertas de agujas. Eva notó lo afiladas que estaban cuando trató de doblar una rama. Le pincharon la mano de manera que goteó sangre de dos heridas menores. Eva solo prestó atención a esto cuando rápidamente aparecieron agujeros en el suelo junto a donde cayeron las gotas de sangre. Los gusanos chupadores que ya conocía emergieron y luego se retiraron, probablemente porque se dieron cuenta de que no había nada más que unas pocas gotas.

Eva apretó los labios en los dos cortes y dejó de avanzar. Este árbol era genuinamente único, se asemejaba a la caricatura de un abeto. Caricatura porque tenía la sección transversal exacta de un triángulo equilátero, sin importar desde qué dirección se observara, y porque había velas en sus ramas a intervalos igualmente precisos.

Por supuesto, no eran velas reales. Presumiblemente eran frutas, la versión de este planeta de la piña. Nada podría alcanzar estos frutos desde abajo debido a las agujas espinosas. A Eva le recordó la parte superior del girasol. Se veía casi como estos conos. Con cuidado, caminó alrededor del árbol. Allí, a la izquierda, un cono había colapsado sobre sí mismo. Estaba desgarrado en los bordes, y en el medio, mirando hacia afuera, Eva pudo ver un agujero del grosor de un dedo. Quienquiera que sacara provecho de esto solo podría venir de arriba.

Pero la sombra que había visto no cumplía con los requisitos. Dado su tamaño, habría sido demasiado pesado para posarse en la rama.

—Bonito árbol —dijo Adán, quien debió notar su pequeño examen.

—Solo aléjate de él —advirtió Eva—. Muerde.

—Sí, sí —dijo Adán.

Ragnor cogió su mano con ambas manos táctiles.

—Oh, estás herido. ¿Atacó el árbol? ¿Debo destruirlo?

—No, déjalo, Ragnor. No te pongas en peligro.

—No te preocupes. Mi piel más resistente que la tuya.

—La verdad no. Fue mi culpa. No se debe tocar cosas extrañas con las manos desnudas.

Eva se miró los pies descalzos. Hasta ahora no había habido ninguna razón para usar zapatos. Pero si hubiera más árboles como este, sus agujas tendrían que caer al suelo. No deseaba lastimarse las plantas de los pies.

—Espera un poco —dijo—, creo que es hora de ponernos los zapatos para caminar.

—Oh, ya no vale la pena —dijo Adán—. Tenemos que armar nuestras tiendas en dos horas.

—No me importa lo que hagas —dijo Eva—. Yo me voy a poner los zapatos.

Se quitó la mochila y rebuscó en ella. Por supuesto, los zapatos estaban en la parte inferior.

—Yo no tengo zapatos. ¿Habrá problema? —preguntó Ragnor.

—No hay problema. Tu piel es más gruesa.

•

SIGUIERON AL MENOS TRES ESPECIES ADICIONALES DE EXTRAÑAS CONÍFERAS. La siguiente que encontraron tenía la forma de una escobilla de baño. Sus ramas comenzaban a solo un par de metros sobre el suelo y todas tenían aproximadamente la misma longitud.

Otra especie se partía en tres o cuatro troncos a la altura de la cabeza, lo que a Eva le recordaba a un candelabro. Esta especie necesitaba mucho espacio y crecía sola en los claros del bosque. Quizás también creaba el espacio para sí misma.

Adán descubrió el cuarto tipo al pisarlo. Gritó al hacerlo. Avanzó unos pasos. De repente, varias ramas llenas de agujas, de dos metros de largo, salieron disparadas del suelo junto a él y se anidaron contra el tronco del árbol. Solo donde Adán estaba parado, no pasó nada. Tenía que ser porque estaba parado en una de las ramas.

—¡Quédate quieto! —gritó Eva.

Se quitó la mochila para ponerla en la rama detrás de su hermano.

—¡Seguro que sí! —exclamó Adán.

Dio un gran paso hacia atrás. Tan pronto como lo hizo, la última rama salió disparada.

—¡Ay! —grito.

—Te lo advertí —dijo Eva.

—Las jodidas agujas me dieron en el codo.

Extendió su brazo. Solo tenía algunos rasguños.

Sin embargo, Eva sacó el botiquín del bolsillo exterior de la

mochila. Las lesiones debían tomarse en serio en los planetas alienígenas. Aunque Marchenko no hubiera encontrado ninguna microflora peligrosa, necesitaba desinfectar la herida, tal como lo había hecho Marchenko ayer con la yema del dedo.

Había un pequeño charco de sangre entre los pies de Adán. No parecía que la sangre saliera de su codo.

—¿Qué le pasa a tus pies? —preguntó Eva.

—¿Mis pies? Nada.

—No lo parece. Míralos.

Adán bajó la mirada y palideció.

—Mierda. ¡Eso también! ¡Pero no duele!

—Siéntate. O las agujas contienen un analgésico natural o estás en estado de shock.

Adán se sentó en su mochila para que Eva pudiera examinar sus pies. Estaban llenos de barro y sangre. La mezcla se veía terrible.

—Tendremos que lavarlos —dijo—. Ragnor, ¿puedes traernos un poco de agua?

El Grosnop regresó al instante con un gran recipiente de agua. Eva derramó la mitad sobre los pies de Adán, limpió la sangre y el barro y volvió a enjuagar.

—Mucho mejor —dijo ella.

Adán solo tenía algunos rasguños, pero una aguja seguía clavada en su juanete derecho. Eva la extrajo sin advertirle.

—¡Ay! —se quejó Adán.

—Oh, no sabía que el efecto del analgésico había desaparecido —se excusó Eva.

—Solo admite que te gusta torturarme.

—Por supuesto. Siempre has sido mi víctima favorita.

—Tu única, además.

—Tengo que desinfectar los rasguños. Esto podría doler un poco.

—Adelante —la alentó.

Eva limpió las heridas con el hisopo. No eran demasiado amplias, pero parecían ser profundas. La sangre seguía brotando. Bien, indicaba que no habían penetrado sustancias extrañas.

—Vamos a tener que acortar nuestro viaje —dijo Eva.

—Por supuesto que no —protestó Adán.

—Yo Adán puedo llevar —ofreció Ragnor.

—Por supuesto que no —volvió a protestar Adán.

—¿Puedes decir otra cosa? —preguntó Eva.

—Me pregunto qué tipo de árbol será —dijo Adán.

Distracción. Perfecto. Ayudaba con el dolor.

—Un árbol trampa, diría yo. Eres demasiado pesado; si n, las agujas te habrían clavado al tronco y el árbol te habría digerido.

—¿Qué quieres decir?

—¿No lo has visto? Había algunas frutas en las ramas. Seguro que sirven para atraer a la presa.

—Pero ¿qué tipo de presa? —cuestionó Adán—. Todavía no hemos visto ningún animal.

—El pez de cuatro patas es una posibilidad. Creo que puede salir del agua.

—Está demasiado lejos para que pueda llegar hasta aquí. Algo se esconde de nosotros en el bosque. Lo encontraremos.

—¿No tienes miedo, Adán?

—Tiene la mitad de mi tamaño y tengo un arma. ¿A qué debo tener miedo?

«¿A qué? ¿A dientes enormes, púas del largo de un brazo, veneno exótico?» Pero Eva guardó silencio. «Deja que Adán descanse un poco». Después recobraría el sentido y darían la vuelta.

PERO ADÁN NO ESCUCHABA RAZONES. Siguió luchando cuesta arriba durante una hora con los pies vendados. Luego armaron el campamento. Eva revisaba sus heridas mientras Ragnor se ocupaba de la tienda. Por supuesto, los vendajes no habían resistido. La sangre se había filtrado y los había teñido de rojo. Adán debía haber dejado un rastro como un ciervo herido en una cacería. Eva esperaba que no hubiera depredadores que pudieran captar su olor. Sin embargo, algunos gusanos ya estaban sacando sus delgados cuerpos del suelo. El aroma de la sangre de Adán debía estar atrayéndolos.

Eva volvió a limpiar las heridas y las volvió a vendar. Fue bueno que Marchenko les enseñara los conceptos básicos de la medicina de emergencia antes de que salieran de Messenger.

—Sería prudente marchar de regreso al campamento —dijo Eva.

—Pero no quiero.

—Sugerencia. Pasaremos la noche. Si sigues sangrando mañana, volvemos. De lo contrario, te cerciorarás de que puedas caminar.

—De acuerdo, Eva. Eres un tesoro —dijo Adán.

—Eres un amor —lo corrigió Ragnor.

—Tienes razón —dijo Eva, permitiendo cierta ambigüedad en su respuesta.

—La tienda está lista —anunció Ragnor.

La noche fue agotadora. Por primera vez, Eva se arrepentía de haber traído a Ragnor. El Grosnop ocupaba casi el doble de espacio que un humano. Así que durmieron juntos como sardinas enlatadas. Eva estaba muy agradecida de que Adán se hubiera ofrecido para tomar el medio, pero también dormía como un tronco y la mayor parte del tiempo exhalaba justo en su oído. Si Ragnor hubiera estado entre ellos, podría haberse quedado dormida, aunque el Grosnop a veces emitía silbidos que debían provenir de su bolsa estomacal. Al menos eso era lo que sugerían los olores que los acompañaban.

Si, por casualidad, ambos hombres se quedaban callados, los sonidos de la jungla se filtraban hasta Eva. Escuchó un leve susurro del viento, pero también un rasguño que parecía provenir de la lona de la tienda. Eva golpeó la tela y el sonido se detuvo durante unos minutos. Sin embargo, la siguiente ocasión que Adán y Ragnor guardaron silencio, el sonido volvió, probablemente proveniente de algunos gusanos que los habían estado siguiendo. Los olores parecían desempeñar un papel importante, si no el más importante en este planeta, junto con el sentido de la vista.

Era extraño que todos los ojos que habían encontrado en los animales estuvieran dirigidos hacia arriba. Los animales que se aventuraban a salir del subterráneo protector durante períodos más prolongados probablemente tenían que protegerse contra los enemigos de arriba. ¿Aéreos? Eso aún no estaba del todo claro, ya que hasta el momento solo habían encontrado criaturas que permanecían muy cerca del suelo. Y desde allí, todo venía de arriba.

Eva se dio la vuelta. Trató de hacerlo lo más silencioso posible y ni Adán ni Ragnor se despertaron. Debían estar exhaustos por la larga caminata, entonces, ¿por qué ella no podía dormir? La vejiga la estaba molestando. Se abrió paso como pudo hasta la salida. Al menos todos estaban acostados con la cabeza en esa dirección. Bajó la cremallera, cogió la linterna que colocó ahí como precaución y gateó.

Esta noche era más brillante que la anterior. Tenía que ser porque el cielo estaba hoy despejado. Mantuvo la linterna apagada y miró las estrellas. A unos pocos años luz de aquí, unos cuantos millones de Grosnops probablemente miraban las mismas estrellas. Y en otra dirección, millones simplemente se explicaban entre sí las constelaciones que estaban mirando. La distancia era tan pequeña que el cielo apenas cambiaba; solo las estrellas más cercanas mudaban de lugar.

Eva suspiró. Le estaba yendo bastante bien, aun sí la expedición era una mala idea. Lo sensato sería regresar por la mañana, pero Adán

no lo permitiría. Podía enviar un mensaje secreto a Marchenko. Si supiera el estado de los pies de Adán, se aseguraría de recogerlos, pero entonces Adán nunca volvería a dirigirle la palabra. Con buena razón.

No, no lo delataría. Era un adulto y si quería torturarse a sí mismo, lo dejaría. Su vejiga estaba actuando de nuevo. Estaba a punto de bajarse los pantalones cuando recordó que Adán y Gronolf podrían llegar a oírla, así que se alejó unos pasos. Había un gusano trepando por la parte inferior de la lona de la tienda. Lo ignoró.

Antes de que pudiera agacharse, sus ojos se posaron en una de las coníferas, un triángulo equilátero. Debido a que sus frutos brillaban, la planta parecía un árbol de Navidad en la oscuridad. Velas púrpuras y rojizas estaban esparcidas por el tronco. Le encantaría despertar a Adán y Gronolf para compartir esta maravillosa experiencia con ellos.

Pero su vejiga la apremiaba. Se agachó, se alivió, sacó un pañuelo del bolsillo del pantalón y se limpió. Dejó caer el papel usado pero luego cambió de opinión, aunque el pañuelo seguramente se pudriría con el tiempo. Lo arrugó y lo dejó fuera de la tienda para poder guardarlo por la mañana.

No fue tan fácil recuperar su espacio para dormir. Adán se había extendido. Tuvo que empujarlo para poder acostarse más o menos de lado. No despertó a su hermano, ¡que descanse! Con suerte, las heridas en sus pies se verían mejor por la mañana. Eva sudaba. Se preguntó si debería dejar abierta la cremallera de la entrada. Pero en un mundo obsesionado con los olores, su tienda tenía que ser tan llamativa como un faro. Seguramente atraerían visitas.

Eva apoyó la cabeza en la parte superior del brazo para que la humedad del interior de la lona le refrescara la mejilla.

•

ADÁN LA SACUDIÓ POR EL HOMBRO.

—¡Oye, dormilona!

Eva bostezó. La entrada estaba abierta. Una brillante luz dibujaba un triángulo agudo dentro de la tienda. Dobló su pierna desnuda para que la luz no la cegara.

—Me alegra que estés durmiendo tan plácidamente, pero deberías levantarte ahora —dijo Adán—. Tenemos todo listo.

«Ja, ja, si Adán supiera». Pero tampoco tenía ganas de discutir su experiencia nocturna con él en este momento. Después de todo, había dormido unas cuantas horas. Eva gateó fuera de la tienda. El sol ya estaba tan alto que el amanecer debió suceder hacía al menos dos horas.

—Aquí tienes, te preparé un poco de cereal —dijo Adán, tendiéndole un tazón.

Se le hizo agua la boca. Estaba hambrienta. Rápidamente cogió el tazón y la cuchara y se sentó en su mochila, que ya estaba frente a la tienda. Ragnor desarmaba la tienda mientras ella comía el delicioso cereal.

—¿Cóm stán tus ies? —preguntó, masticando.

—Ragnor ha vuelto a vendar mis heridas. Se ven bien y ya no sangran.

—¿Ée asa?

—Nada, todo está bien.

¿Había dudado por un momento? Eva sospechaba que estaba fingiendo. Tragó el último bocado.

—¿De verdad? —preguntó, mirando a Adán a la cara.

—Sí, no te preocupes. Yo nunca...

Se puso visiblemente intranquilo, pero sonrió hábilmente para alejar el sentimiento.

—Está bien, sí lo haría —admitió—. Pero en este caso, estoy bien. Te lo aseguro.

—No vamos a viajar sesenta kilómetros otra vez —dijo Eva.

—Oh, sí, lo haremos, o nunca llegaremos al océano.

—No fracasaremos por mi culpa. Pero me preocupan tus pies.

—¿Puedo cargar Adán? —dijo Ragnor, quien había desarmado la tienda y la había guardado.

—Por supuesto que no —protestó Adán—. O camino solo, o volvemos.

Bien. Eso significaba que, al menos en principio, estaba considerando abortar la misión. Que Adán se torturara a sí mismo si lo prefería. Ella miró sus pies. Al menos había aprendido y ahora usaba zapatos para caminar.

—Antes de comenzar a marchar, deberíamos hablar con Marchenko —dijo Eva.

—Ya lo hice apenas me levanté —dijo Adán.

—El Adán lo ha hecho —confirmó Ragnor.

Así que ambos habían conspirado. No importa. Colocó la mochila sobre sus hombros. Desafortunadamente, no se había vuelto más ligera desde ayer, y hoy había puntos de presión donde ayer no. Una ducha le vendría de perlas. Ya desprendía un olor desagradable, casi como cuando estaba en el sistema Sirio y había llevado un traje espacial durante días. Pero con ropa ligera y aire respirable, era más placentero. ¿Dónde estaba el pañuelo sucio del que quería deshacerse? No pudo encontrarlo. Ragnor o Adán debían haberse ocupado de ello.

—¿Hacia dónde? —preguntó.

Ragnor señaló hacia adelante y Adán hacia un lado. Todos estallaron en carcajadas.

Cuanto más ascendía el camino, más angosto se volvía el río. Pero

solo lo recorrían por conveniencia porque no tendrían que cargar agua siempre que tuvieran acceso a ella. A la hora de la comida, Eva se permitió un baño. Dejó que los hombres comieran y caminó cien metros río abajo, donde dos rocas grises le dieron privacidad. Se desvistió detrás de ellas y se arrojó al agua que fluía. Estaba a unos 30 grados, pero con la temperatura del aire apenas por debajo de los 40, parecía muy refrescante.

El río era lo suficientemente profundo como para sumergirse cuando estaba acostada. Debajo de su espalda había guijarros que masajeaban sus doloridos músculos cuando se movía un poco. El agua fluía alegremente sobre su cuerpo, formando un pequeño remolino en su ombligo y luego escurriéndose sobre el oscuro triángulo entre sus piernas. Eva se recostó de manera que su cabeza también se sumergiera en el agua. Las branquias de su vientre se abrieron solas. Eva no tenía idea de cómo controlarlas conscientemente, pero tampoco tenía que cuidar conscientemente sus pulmones o su estómago.

Mantuvo los ojos abiertos. El cielo con su tonalidad violeta se empañó. Los remolinos que su cuerpo, como un obstáculo, generaba en la corriente funcionaban como pequeñas lentes que creaban interesantes reflejos de luz en todos los colores del espectro: un poco de rojo, mucho azul y púrpura. Nunca se quedaban en un solo lugar y cambiaban constantemente de color según el ángulo en el que la luz incidía en sus ojos. Eran difíciles de fijar y aún más difíciles de describir. Pero estaban allí y era divertido verlos.

Algo le hizo cosquillas en el codo derecho. Volvió la cabeza lentamente. Era un pez, claramente más pequeño que el pepino de mar Eridanus, y plano como la hoja que ayer se había dado un festín con la flor. Se impulsaba a lo largo de su brazo con sus patas traseras, aferrándose a los finos vellos. Ese era el cosquilleo que sintió. No tenía patas al frente, pero sí una diminuta barba justo en la punta de su cuerpo. Este pez no tenía ojos. Eva quiso mirar mejor, pero el animal desapareció cuando movió el brazo.

—¡Eva! —escuchó a Adán gritar en la distancia.

Se enderezó y se inclinó primero hacia la izquierda, luego hacia la derecha, de modo que el agua fluyó. Palpó sus costillas. Era extraño, las branquias ya se habían cerrado. No era muy tímida, pero era muy reacia a mostrar este órgano en particular a los demás. Se preguntó si era porque la hacía sentir inhumana.

—¡Eva! —exclamó Adán una vez más.

Eva suspiró. Le encantaría pasar todo el día en el río. Se limpió unas gotas de los senos y se puso de pie. Todavía en medio del río, se sacudió como un perrito. Gotas de agua se esparcieron en todas direcciones. No valía la pena secarse.

Volvió a ponerse la ropa, se puso los zapatos y salió de detrás de la roca protectora.

—¡Ya voy! —gritó.

•

EL TRAYECTO SE ESTABA VOLVIENDO ARDUO. El río era ancho y se retraía bajo tierra, pero ellos tenían que continuar cuesta arriba. Grandes rocas bloqueaban su camino una y otra vez. Según el dispositivo multifuncional, estaban a apenas 600 metros de altura, pero el paisaje les mostraba una alta cadena montañosa.

La vegetación también había cambiado. No había más árboles, por lo que no tenían más sombra. Donde todavía había tierra vegetal entre las rocas, proliferaban los arbustos. Tenían ramas rígidas y hojas gruesas y carnosas. Una fina savia fluyó cuando Ragnor desgajó una y la partió. El Grosnop colocó la hoja sobre el pliegue de su estómago para que el líquido goteara sobre él.

—Podría ser venenoso —advirtió Eva.

—No te preocupes. Primer estómago muy resistente. Protege otros estómagos —dijo Ragnor.

El Grosnop cerró todos los ojos como si necesitara concentrarse.

—Sabe bien —dijo—. Contiene azúcar y agua.

—Es bueno saberlo por si nos quedamos sin agua —dijo Adán.

Las plantas con el depósito de agua los acompañaron casi hasta la cumbre, o lo que creían que era la cumbre. De vez en cuando se encontraban con especímenes que parecían haber sido alcanzados por un rayo.

Eva se detuvo frente a una planta muy dañada.

—Parece que alguien descargó su ira en la planta.

Las pocas hojas que aún colgaban tenían grandes grietas. Se habían drenado y secado.

—Gran desperdicio —dijo Ragnor.

—¿Desperdicio? —preguntó Eva.

—Cosechada por alguien que no entiende —explicó Ragnor.

El Grosnop se dirigió a otra planta que no sufrió daños. Sacó un cuchillo de su mochila, alcanzó el peciolo e hizo una incisión. Luego arrancó la hoja. Nada goteaba. Solo cuando soltó la vaina, salió líquido de ella.

—Deberías darles a los animales locales un curso sobre la mejor manera de cosechar la hoja carnosa —dijo Adán.

Hoja carnosa. ¡Qué buen nombre! Se adaptaba bien a la planta. Ragnor cortó tres hojas, ató una cuerda alrededor de cada uno de los tallos para que nada se derramara y luego ató una a cada mochila. Eva quiso quejarse de la carga extra, pero notó que la hoja proyectaba

sombras en la parte posterior de su cuello, que ya mostraba las primeras señales de quemaduras solares.

—¿Cuánto falta? —preguntó.

—¡Ojalá lo supiera! —contestó Adán—. No tenemos un perfil de elevación exacto. Pero no falta mucho.

Señaló hacia delante, donde unas cuantas rocas se habían juntado para formar una barrera.

—¿Tal vez un poco más allá de eso?

LA BARRERA LES COSTÓ MEDIA HORA, y solo lograron atravesarla gracias a la inestimable ayuda de Ragnor. No había una forma viable de pasar, por lo que tendrían que escalar. Lo primero que hizo el Grosnop fue pedir todas las mochilas. Luego retrocedió un par de metros y examinó las rocas. Había algunos salientes a diferentes alturas. La distancia entre ellos medía entre cinco y siete metros.

—¿Tienes un plan? —preguntó Adán.

Ragnor señaló sus piernas.

—Mi plan.

Luego avanzó corriendo. Su manera de correr parecía extraña y torpe, pero luego activó los músculos de salto. En varias posiciones intermedias se abrió camino con grandes saltos. Adán y Eva se maravillaron y aplaudieron. Al menos las mochilas lo lograron.

Eva asió la roca con su mano derecha. Cuanto antes empezara, antes terminaría. Se levantó hasta que su pie izquierdo encontró apoyo. Luego fue el turno de la mano izquierda. Miró hacia abajo. Había escalado apenas un quinto de metro y sus músculos ya estaban temblando. ¿Cómo escalaría otros 20 metros?

—Esto no se ve bien —dijo Adán.

—Lo sé —dijo Eva—. ¿Tienes una sugerencia mejor?

—No estoy en mejor forma física que tú —dijo él.

Algo retumbó detrás de ellos.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó Ragnor.

—Muy bien. Una frase perfecta —dijo Eva—. Estoy escalando.

—¿No preferiríais venir sobre mi espalda? —preguntó Ragnor.

—Sí —dijo Adán antes de que Eva pudiera responder.

—Entonces, vámonos —dijo Ragnor.

El Grosnop levantó a Adán en sus brazos de carga y lo colocó sobre su espalda. Luego aceleró y saltó.

—¡Hurra! —exclamó Adán.

Estaba en la cima poco tiempo después. Ragnor aterrizó frente a la pared otra vez.

—¿Aún quieres escalar? —preguntó.

—No, me encantaría ir conti…

Ragnor no esperó a que terminara la frase. La arrancó de la pared con sus brazos táctiles, la colocó en sus brazos de carga y la acomodó sobre la base de los brazos táctiles. Eva juntó sus piernas cerca de la base. Se sentó como si estuviera sobre un caballo, excepto que no había cuello al que aferrarse. Pero sintió la mano táctil de Ragnor en su espalda, presionándola contra su cuerpo.

Ya estaba subiendo. El caballo debajo de ella saltó por el aire. Si no fuera por la mano de Ragnor, habría salido expulsada, pero de esta manera se sentaba de manera segura. Estaba a punto de cerrar los ojos porque se estaba mareando cuando Ragnor la bajó.

—Gracias, Ragnor —dijo—. ¿Qué habríamos hecho sin ti?

—Escalaríais —dijo Ragnor.

Adán se puso de pie y colocó su mano sobre sus ojos. ¿Ya había visto el mar?

—Deberías mirar hacia abajo —dijo.

No sonaba muy entusiasmado. El mar probablemente estaba más lejos de lo que esperaba. Eva se paró junto a él. Ahora lo vio. No había mar. El infierno yacía frente a ellos, seguido por otra cadena montañosa.

—¿Qué es eso? —preguntó Adán.

Un amplio valle se extendía ante sus ojos, que consistía en zonas verde opaco, manchones de color amarillo ocre e incluso rojos feroces. Neblinas de aspecto poco saludable ascendían. Si querían atravesar ese lugar, tendrían que darse prisa.

—Épsilon Eridanus es un sistema muy joven —dijo Eva—. Eso es vulcanismo activo. Debimos esperarlo.

Se tendió en el suelo, se estiró hacia adelante hasta que su nariz sobresalió del borde del acantilado y olfateó. El aire que venía de abajo olía a sulfuro de hidrógeno (huevos podridos) y amoníaco.

—Tienes razón —coincidió Adán.

—Eso es muy interesante —dijo Ragnor—. Me alegro de estar con vosotros.

—Gracias, Ragnor. Pero estoy pensando en regresar —dijo Eva—. No estamos equipados para eso.

—De ninguna manera —replicó Adán—. Tal vez sea un descenso de cuatrocientos metros, luego un kilómetro a través del valle, y cuatrocientos metros cuesta arriba. Estoy seguro de que veremos el mar desde esa cumbre.

—O después del siguiente valle. Si no nos hemos ahogado con esos vapores.

—Tendremos cuidado. Y si no vemos el océano desde allí, daremos la vuelta, ¿de acuerdo?

—Está bien —dijo Eva—. Entonces deberíamos prepararnos para la

noche.

Esta vez Eva durmió mucho mejor porque Ragnor eligió un lugar para dormir fuera de la tienda. Era poco después de las cuatro en punto hora local cuando se despertó. Gateó fuera de la tienda, pero sus esperanzas de presenciar un impresionante amanecer se desvanecieron. Desde su cadena montañosa solo podían ver hacia el norte y el sur. Al este, formaciones rocosas oscurecían la vista del horizonte. Parecía como si un líquido corrosivo disolviera lentamente el rico color púrpura del cielo nocturno.

Como Adán aún no se había movido, Eva utilizó el tiempo detrás de una roca para la higiene personal. El agua que habían traído con ellos apenas era suficiente para un lavado rápido. El valle frente a ellos parecía incapaz de abastecer sus contenedores, por lo que, posiblemente no dispondrían de agua dulce hasta mañana. Mientras se limpiaba las axilas y la región púbica con un trapo húmedo, se imaginó saltando las olas del océano. Le encantaría que Ragnor la llevara a grandes saltos al río donde se había bañado ayer. Se preguntó cuándo se habría aseado Adán por última vez.

Eva se puso la ropa limpia que había sacado y regresó a la tienda.

En ese momento, Adán asomó la cabeza por la abertura.

—Buenos días, querido hermano —dijo.

Tal vez fue porque había dormido toda la noche, pero hoy Eva estaba de buen humor, casi eufórica. Los malos olores de la noche anterior también habían desaparecido. El viento soplaba del sur, trayendo consigo el aroma de la fértil vegetación. El 'Valle Infernal', que estaba frente a ellos, aún estaba cubierto por la sombra nocturna. Solo unos pocos cráteres eran apenas visibles porque su contenido brillaba.

—Buenos días, Eva. ¿Estás bien?

—Por supuesto.

Eva sacó las provisiones de su mochila y preparó un desayuno improvisado. Adán desapareció detrás de la roca detrás de la cual ella acababa de asearse. Poco después, escuchó salpicaduras.

Ahora también apareció Ragnor. Él le dio un rápido saludo y luego saltó sobre una roca. Se sentó con las piernas cruzadas e inclinó la parte superior del cuerpo hacia adelante una y otra vez. Esto tomó alrededor de un minuto, y luego saltó de nuevo.

—Madre Sol saluda, decimos —dijo.

—Madre Sol saluda —respondió Eva.

Era extraño que ninguno de sus salvadores le hubiera dicho eso. Aparte del culto a la oviposición, los Grosnops no parecían tener ninguna costumbre religiosa. Sin embargo, el saludo a la Madre Sol sin

duda lo era.

—El padre Sol le devuelve el saludo sería la respuesta correcta —dijo Ragnor.

—Lo siento.

—No importa. De todos modos lo tendrías que decir en nuestro idioma. Mi traducción no es muy buena.

—Gracias por compartir esto con nosotros.

—Somos familia, ¿no? Me salvaste. Te convertiste en mi madre.

—¡Vaya!

Eva se sonrojó. Nunca lo había pensado de esa manera. Y se sentía totalmente incapaz de ser la madre de Ragnor.

—Ah... ¿el desayuno ya está listo? —preguntó Adán.

La distracción llegó en el momento adecuado.

—Sí —respondió Eva—. Comamos un bocado rápido y luego comencemos nuestro descenso.

LA CORDILLERA ERA CASI TAN EMPINADA EN SU LADO NORTE COMO LO HABÍA SIDO EN EL SUR. Sin embargo, no iban a permitir que Ragnor los llevara abajo porque era imposible saber desde esa altura dónde podría aterrizar el Grosnop de manera segura. Afortunadamente, Marchenko les había preparado cuerdas. Había varios salientes por la pendiente, por lo que solo tenían que hacer rápel unos pocos metros a la vez.

Aun así, era agotador. En primer lugar, aún cinco metros desde la cima parecían bastante lejanos, y en segundo, los músculos de Eva seguían quejándose aunque tomaban un descanso cada cinco metros. Al menos, Ragnor se encargaba de su mochila, para que no tuviera que cargarla mientras descendía. Adán se ocupó de su carga en las dos primeras secciones, pero luego también se la entregó a su 'hijo Grosnop'.

Era extraño. Eva había pensado en Ragnor desde que era adulto, más como un amigo que como el expósito que era. Tal vez fue porque no había sido testigo de su crianza. Marchenko podía tener sentimientos paternales, pero ella no tenía sentimientos maternales.

—Estamos a mitad de camino —dijo Adán.

Eva se volvió. La inmensidad la abrumó. Tuvo que alejarse unos pasos del borde. Solo cuando la pared rocosa estuvo a su espalda se sintió segura de nuevo. El valle ante ellos estaba lleno de profundas grietas que se extendían de un extremo al otro. Las zonas intermedias estaban llenas de cráteres de los que ascendían vapores. Donde las columnas de vapor tocaban el suelo, se habían formado coloridos depósitos. Estaba segura de que toda la tabla periódica estaba ahí

abajo.

—No va a ser fácil —advirtió.

—Lo sencillo es aburrido —replicó Adán.

Eva quería que el descenso terminara.

—Vamos, sigamos adelante.

—Espera, Eva —dijo Ragnor.

Ella se quedó quieta. Ragnor le acarició suavemente la espalda con su mano táctil derecha.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Había azufre en tu espalda, lo quité —dijo Ragnor.

CUANTO MÁS PROFUNDIZABAN, peor se volvía el aire. Adán comprobaba una y otra vez con su dispositivo multifuncional para ver si aún era respirable. Eva esperaba que tuvieran que regresar porque las grietas en el valle la asustaban. Pero el nivel de advertencia en el dispositivo no llegó a superar la zona de precaución en cada lectura. Había muchos olores químicos en el aire, pero nada que pudiera matarlos si solo estuvieran expuestos durante medio día.

—La diversidad química es impresionante. Debemos reconocérselo al planeta —dijo Adán.

—Probablemente tiene que ver con la metalicidad de la estrella —dijo Eva—. Se formó tan tarde en la historia cósmica que la nube protosolar contenía muchos elementos pesados.

—Lo sé —dijo Adán—. ¿No hablamos ya de esto?

—Tú fuiste quien lo planteó. Además, que el planeta sea relativamente joven sí influye. Todos los elementos siguen en su superficie, aún no están ocultos en ningún depósito.

—Recién horneado, el planeta es más picante —dijo Adán.

—¡Cállate!, me está dando hambre —dijo Eva.

—Tomaremos un descanso cuando hayamos terminado de bajar.

—¡Allí, mirad! —exclamó Eva.

Una sombra se elevaba sobre un estanque púrpura. ¿O había salido del cráter?

—Parece un pájaro —dijo Adán.

—¿Qué te dije? —preguntó Eva—. Pero nadie me creyó.

—Nunca dije que no te creyera.

—No, no lo dijiste. Pero ahora lo has visto, Adán.

—Podría tratarse de la sombra de una nube.

—¿Hay nubes en el cielo? ¿Ves una sola?

—No en este momento. Pero tal vez hubo una hace poco. Y ahora se ha desvanecido, como tu ave, Eva.

—No es mi ave. Ahora tú también la has visto.

—Debe ser una gran ave —comentó Ragnor.

El Grosnop sostenía un instrumento que parecía un telescopio frente a su ojo frontal. Giró un anillo detrás del ocular y luego bajó el dispositivo, después de lo cual, leyó algo en el anillo.

—Estaba muy lejos, la sombra —dijo—. La medí. Envergadura de al menos cinco brazos táctiles.

—Cinco brazos táctiles, son diez metros —dijo Adán—. ¡Imposible! Debería haber muchos más pajaritos.

—Ves, ahora no me crees de nuevo —dijo Eva.

—Creo que viste algo. Pero estaba más cerca de lo que crees y, por lo tanto, era mucho más pequeño.

—No estaba más cerca —dijo Ragnor—. Fueron cinco brazos táctiles.

—Es muy amable de tu parte, Ragnor, pero no tienes que defender a Eva solo porque te salvó la vida.

—Grr*x*tok, Adán, será mejor que protejas el pliegue gástrico o mi mano de carga aterrizará en él.

—¿Esa fue una maldición Grosnop traducida? —preguntó Eva—. Me recuerda mucho a las amenazas que los humanos se lanzan unos a otros.

—Estoy enfadado —dijo Ragnor.

—Lo siento —se disculpó Adán—. Deberías enseñarnos algunos insultos Grosnop en tu idioma. Me encantaría ver qué sucede si grito algo así en el cuartel general del Draght.

◓

—Es la hora del descanso —dijo Eva, apoyándose en la pared y deslizándose a lo largo de ella hasta que estuvo sentada.

—Está bien, veinte minutos —dijo Adán.

Eva miró los nudillos raspados de su mano derecha. ¿Por qué tuvo que lastimarse en los últimos metros? Lamió sus heridas. La sangre sabía salada. Las rocas aquí estaban cubiertas por una fina costra de sedimento de un milímetro de las columnas de vapor que flotaban hacia ellos desde el valle. Al menos no necesitaba desinfectar las heridas.

—Puedo llevarte —dijo Ragnor.

—No, no importa. Mis piernas todavía están en muy buena forma —dijo Eva—. Ya es suficiente que lleves nuestras mochilas.

—Yo también te estoy muy agradecido —dijo Adán.

Eva no tenía hambre, pero se obligó a comer un filete de dientes de carroña. Necesitaba las calorías para la marcha. Si pudieran llegar a la cadena montañosa opuesta hoy, y era factible, tal vez podrían estar en el océano mañana. No cumplirían el tiempo de viaje de ida y vuelta

acordado de una semana, pero Marchenko podría prescindir de ellos durante un día más.

No debía pensar en el futuro. Ahora, se encontraba en una caminata al infierno.

•

ESTABAN HACIENDO UN EXCELENTE PROGRESO. El suelo le parecía helado a Eva. Estaba, lo habían comprobado, cubierto por una capa de todo tipo de sales de unos 30 centímetros de espesor. Rebotaba levemente mientras caminaban, probablemente debido al espacio hueco debajo. En el punto donde perforaron un agujero de prueba, este espacio medía solo diez centímetros de arriba a abajo. Probablemente se había creado cuando la capa de sal se secó, haciendo que perdiera volumen. Sin embargo, a veces se sentía como si hubiera vacíos mucho más grandes debajo de ellos.

Vieron que esa sensación no había sido imaginaria cuando llegaron a los manantiales de lodo y tuvieron que bordearlos, uno tras otro. Líquidos calientes del interior del planeta subían a la superficie, junto con una cantidad considerable de gas, por lo que Adán midió diligentemente la calidad del aire para su seguridad. Las concentraciones en el aire que respiraban se mantuvieron en un rango tolerable y seguro todo el tiempo, probablemente debido al viento constante que traía aire fresco de las montañas.

Después de solo 20 minutos se encontraron con la primera grieta. Parecía menos peligrosa de cerca que de lejos. Una tremenda fuerza parecía haber desgarrado las dos mitades del valle. En la parte superior, donde la grieta era más ancha, rápidamente encontraron un lugar por donde podían cruzar dado que la tierra había cedido. En unos pocos millones de años, la erosión habría nivelado todo. Entonces el valle podría convertirse en un paraíso fértil con algunos ríos bastante profundos.

Pero eso estaba en un futuro muy lejano. Eva se concentró en sus pies. La bajada no era muy empinada, pero si resbalaba y caía estúpidamente, la grieta natural aún acechaba. Vio saltar a Adán. Estaba unos metros por delante de ella. ¿Acababa de cruzar el precipicio? Sí, lo había hecho, y Ragnor estaba con él.

—¡Esperad, por favor! —exclamó Eva.

Ambos se detuvieron.

—Ten cuidado en el borde —dijo Adán.

—Por eso te digo que esperes.

—No es gran cosa. Medio metro. Ni siquiera tienes que saltar, Eva.

—Pero tú saltaste.

—Porque me dio la gana.

—Vale. De todos modos espera, por favor.

Allí estaba: la hendidura. Eva mantuvo una distancia respetuosa. Aun así, un trozo se desprendió del borde sin que ella siquiera lo pisara. Repiqueteó varias veces cuando golpeó las paredes de la fisura en su caída. Después solo pudieron oír el silbido y el burbujeo de los manantiales de fango.

—Solo da un gran paso —dijo Adán.

¡Si tan solo fuera así de simple! Para hacer eso, tendría que pararse en el borde de la grieta, que obviamente ya no era muy estable. Así que Adán no había saltado sin razón. Eva dio unos pasos hacia atrás, echó a correr y... se detuvo frente a la grieta. Al menos nada se derrumbó esta vez. ¿Y si no saltaba lo suficientemente lejos? Ni siquiera sabía lo bien que podía saltar. La grieta supuestamente tenía medio metro de ancho. Eso no le parecía mucho. Si resbalaba del otro lado, en el mejor de los casos se golpearía las rodillas, pero en el peor... No, no debía pensar en eso.

—¿Voy a por ti? —preguntó Ragnor.

—No, gracias.

Eso era lo último que necesitaba. Entonces Adán perdería lo que le quedaba de respeto por ella, y ella perdería el respeto por sí misma. Tendría que cruzar por sí misma o soportar las burlas.

Eva se acercó al borde y cambió su peso de un pie al otro. Nada se derrumbó. Miró hacia el otro lado. Medio metro de oscuridad yacía frente a ella. Se aventuró a mirar en las profundidades. ¿Era una ilusión o algo brillaba? ¿Estaba la abertura llena de lava? Pero no necesita preocuparse. La grieta se estrechaba hacia el fondo. No caería en la lava porque antes quedaría atrapada.

—Vamos —dijo Adán. —No tenemos mucho tiempo. Deja que Ragnor te traslade si no puedes obligarte a hacerlo.

«De ninguna manera». Ella negó con la cabeza, sabiendo que se trataba de un comportamiento infantil. ¿Por qué no debía dejarse ayudar? Porque entonces volvería a fracasar la próxima vez. Eso no iba a pasar. Podía hacerlo.

—Daos la vuelta —dijo ella.

Adán y Ragnor se giraron obedientemente. El ojo trasero del Grosnop todavía estaba sobre ella, pero le molestaba menos que cuando Adán la miraba. Eva respiró hondo y memorizó la distancia que debía recorrer. Luego cerró los ojos y dio un gran paso. Su pie derecho alcanzó el suelo en el lado opuesto. Empujó con fuerza con el izquierdo y cruzó la grieta. Llevaba demasiado impulso, pero ahora podía abrir los ojos de nuevo y recuperarse.

Uf. Se volvió hacia la grieta y miró su interior. Nada había cambiado, pero sintió que la estaba mirando con decepción porque no la había atrapado.

—Por fin —dijo Adán—. Continuemos.

«Estúpido».

POCO A POCO LA MARCHA LA AGOTÓ. Su frente estaba dolorida, pero se la secó de nuevo. Si se olvidaba, el sudor le entraría en los ojos y le arderían mucho, porque el sudor llevaría todo tipo de sustancias de los vapores a sus ojos. Adán había envuelto una toalla alrededor de su cabeza para evitar que eso sucediera. Pero se empapó y además era difícil evitar que se soltara mientras caminaba, irritando aún más la piel.

Eva tosió. El aire era árido, pero no lo suficientemente seco como para evaporar el sudor antes de que llegara a sus ojos. Probablemente estaba perdiendo mucha agua, pero apenas sentía sed.

El paisaje era impresionante: ¿cómo sería el planeta poco después de su formación? No había espacio para la vida, pero lo único que tenían que hacer era voltear algunas rocas para encontrar crecimientos parecidos a líquenes entre ellas. ¿Cuánto tiempo le tomaría a la vida recuperar este valle?

Llegaron a un estanque colorido. Parecía como si un pintor estuviera revolviendo en él todos los colores de su paleta. Probablemente dos o tres corrientes diferentes de la corteza emergían juntas a la superficie.

—Mira eso —dijo Eva—. Casi parece artístico.

—No me importa en este momento —dijo Adán.

—Impresionante —exclamó Ragnor.

—Impresionante —coincidió ella.

Al otro lado del manantial, una columna de vapor igualmente imponente dibujaba coloridos patrones en el fondo. Eva la rodeó para evitar el vapor caliente y se agachó. El suelo estaba tibio. Las partículas del vapor formaban interesantes patrones tridimensionales.

—Como copos de nieve —dijo.

—Tiene que ser algo elemental —dijo Adán.

—Es azulado —dijo Eva—. ¿Tienes alguna idea de lo que podría ser?

—No. Será mejor que tengas cuidado.

Ella resistió el impulso de tomar una muestra y se enderezó. Adán y Ragnor habían seguido adelante. Eva se apresuró a alcanzarlos. Entonces notó huellas.

—¡Espera un poco! —gritó.

—¿Qué pasa? —preguntó Adán.

—Estos rasguños —dijo Eva, señalando—. No son naturales.

Parte de la zona cubierta por la sustancia azul parecía haber sido

limpiada deliberadamente con un instrumento puntiagudo, ¿algo así como una azada, tal vez? Adán se dio la vuelta pero no se acercó.

—Tiene que haber alguna causa natural —dijo—. Nadie ha estado aquí excepto nosotros.

«Al menos ven y míralo, idiota». Pero no valía la pena discutir. Quienquiera que hubiera raspado las cosas azules debía ser tan grande que eventualmente tendrían que encontrarlo.

◓

—SOLO UN POCO MÁS —dijo Adán.

¡Ojalá no se equivocara! Habían superado el infierno, pero era muy posible que más allá de la cadena montañosa hubiera otro valle como este. Quizás el infierno se extendía hasta el océano. Si confirmaran ese hecho, darían marcha atrás. Adán lo había prometido.

—¿Deberíamos hacerle saber a Marchenko que hemos cruzado el valle? —preguntó Eva.

—Ya lo intenté, pero no puedo hacerlo —dijo Adán—. Supongo que la cordillera se interpone.

—Entonces podríamos tener una mejor oportunidad desde allí arriba —dijo Eva.

La subida no era tan empinada como la anterior. La mayor parte de la pendiente parecía consistir en un peñascal.

—Podemos hacerlo —dijo Adán.

«Pero sería mucho más fácil sin la mochila», pensó ella.

—¿Ragnor?

—Dame la bolsa —dijo el Grosnop.

También levantó la mochila de Adán sobre sus estrechos hombros y partió.

Algunas piedras se deslizaron hacia ellos.

◓

UF. No debería haberle dado a Ragnor todo el equipaje. De manera estúpida, Eva había dejado su botella de agua en el bolsillo exterior de la mochila. Su boca había estado seca y polvorienta durante mucho tiempo. Se había deshecho del sabor amargo del valle a cambio de granos de arena en todos sus orificios. «Oh, tirarse a las frescas olas del océano... zambullirse, ponerse de espaldas, mirar el mundo desde el agua...»

Una piedra que acababa de pisar se deslizó. Eva trastabilló, apenas capaz de sostenerse a sí misma.

—¡Oye, cuidado! —gritó Adán.

Ella se detuvo y se atrevió a mirar hacia abajo. La pendiente

conducía unos cientos de metros hacia las profundidades. El vértigo se apoderó de ella pero no pudo evitar apartar la mirada. El mundo osciló hasta que sintió la mano de Adán en su hombro.

—Quédate quieta —dijo—. Te ataré.

Escuchó el clic cuando él conectó la cuerda de seguridad al mosquetón en su cinturón.

—Gracias —dijo Eva.

Se oscureció por un instante y luego volvió a aclararse. Eva miró hacia arriba. Enormes rayas negras, grandes como aspas de molinos de viento, se movían más allá de la pendiente gris. Era la sombra de Ragnor, saludándolos desde la cumbre.

—Diez minutos como máximo —dijo Adán.

•

UNA MIRADA FUE SUFICIENTE, y cayeron en los brazos del otro. El océano se extendía ante ellos. El arduo viaje había valido la pena. Los únicos malos olores emanaban de Adán y Ragnor, restos de los productos químicos del valle, sudor fermentado por la flora corporal, sangre y pus. Eva derramaba lágrimas saladas pero no importaba. Probablemente ella misma apestaba. De todos modos, estaba feliz porque de ahora en adelante todo mejoraría, y el mar la convocaba hacia el norte.

Se separaron de nuevo. Nadie dijo nada. Solo rompía el silencio el viento constante que susurraba con suavidad sobre la cumbre seca. Eva olfateó, esperando el aroma salado del océano, pero probablemente tendría que esperar hasta mañana para ello. Debajo de ellos había una llanura de unos 30 kilómetros, sus tonos de verde y azul prometían fertilidad. Eva descubrió riachuelos en ella, que estiraban sus dedos hacia el mar.

Luego venía la playa, que también consistía en arena negra como la orilla del lago. Era la reminiscencia de una pira funeraria que aislaba la verde llanura del mar púrpura azulado. El océano parecía interminable, alcanzando el horizonte y más allá. Las islas eran fascinantes. Tenían que estar lejos de la orilla porque parecían apenas más grandes que puntos.

El hecho de que pudieran verlas se debía a los árboles enormemente altos que se extendían hacia el cielo. Encima de los troncos extremadamente delgados había lunas crecientes reclinadas, sus copas, y parecían más extensas que la misma isla. ¿O tal vez los árboles estaban enraizados directamente en el mar? Eva se imaginó a sí misma y a sus compañeros construyendo un bote y visitando las islas. Debía ser una sensación indescriptible caminar bajo un dosel de árboles del tamaño de una isla.

Un olor desagradable se elevó desde el suelo. Tenían que ser los pies de Adán.

—Tenemos que atender tus heridas —dijo Eva.

—Primero tengo que... No, tienes razón.

Adán se sentó en el suelo y estiró los pies hacia ella. O bien había vuelto en sí, o sus pies estaban en peores condiciones de lo que ella pensaba. Primero le quitó los zapatos y luego aflojó las vendas.

Las heridas estaban infectadas y los pies de Adán ardían. Ella limpió todo a fondo, y aunque esto ciertamente no fue agradable, Adán lo soportó estoicamente.

—Solo le pondré una venda floja hasta mañana por la mañana —dijo.

—Como veas conveniente.

Eva sonrió.

—Deberías tomar un antibiótico de amplio espectro.

—Ya lo hice.

—Estupendo. Entonces no hay nada más que pueda hacer por ti. Deberías descansar unos días.

—A partir de mañana, entonces, en la playa.

—¿De verdad caminarás treinta kilómetros en ese estado? —preguntó Eva.

—Si no puedo hacerlo, estoy seguro de que Ragnor estará feliz de llevarme.

—Os llevo a ambos —dijo Ragnor.

—MARCHENKO, ¿puedes oírnos? —preguntó Adán. Estaba tratando de comunicarse con la base, lo cual era una buena idea. Marchenko querría saber que estaban bien.

—Marchenko, adelante.

—Marchenko, adelante.

—Marchenko, adelante.

—No hay señal —dijo Ragnor—. Está demasiado grande.

—Demasiado lejos —lo corrigió Adán.

—Demasiado lejos, también —dijo Ragnor.

—Apuesto a que Marchenko ya está preocupado —dijo Eva.

—Desafortunadamente, no hay nada que podamos hacer al respecto —dijo Adán—. Lo intentaremos de nuevo por la mañana. Tal vez hay diferencias según sea la hora. El planeta debe tener una ionosfera mucho más densa que la Tierra.

—Ese podría ser el problema —dijo Eva—. Si la capa que refleja las ondas de radio es mucho más baja, tampoco superaremos el horizonte con los reflejos. Y además está bastante cerca.

—Eso es cierto —dijo Adán—. Necesitaríamos un repetidor en órbita, pero no hay suficiente potencia de transmisión en los dispositivos multifunción para hacerlo.

—Entonces, ¿sería mejor dar marcha atrás? —preguntó Eva.

Era una pregunta retórica. Sabía exactamente lo que Adán respondería.

—De ninguna manera —dijo—. Marchenko tendrá que pasar tres días más sin noticias nuestras. Lo más importante es que lo estamos haciendo bien.

SE LEVANTARON CASI A LA MISMA HORA, despertados por el sol, cuyos rayos volvían a hacerles cosquillas en las piernas desnudas. Habían prescindido de la tienda, lo que había permitido que aún el olor corporal más asqueroso se disipara un poco.

La marcha a través de la jungla seguramente les drenaría energía pero esta vez les esperaba una verdadera recompensa. Eva no podía recordar si alguna vez había anhelado algo tanto como el mar.

—¿Necesitas algo más? —preguntó Adán.

—No, gracias —respondió Eva.

—Estoy listo —dijo Ragnor.

—Voy a cepillarme los dientes —dijo Eva.

Todavía tenía que deshacerse de algunas fibras de diente de carroña atrapadas entre sus muelas. Sacó su equipo de limpieza de dientes de su mochila, humedeció el cepillo y lo metió en el frasco con la pasta de dientes. Luego se cepilló bien, se enjuagó, hizo gárgaras y escupió los restos al suelo. ¡Qué agradable sensación! También se había deshecho de las estúpidas fibras.

Eva volvió a guardar su equipo dental. Ragnor acarició el borde del pliegue de su estómago con una mano táctil. En algún momento tendría que explicarle que aquello era poco apetecible.

Adán estaba de pie en la ladera con su mochila al hombro. Tenía su mano derecha protegiéndole los ojos mientras miraba a su alrededor. Parecía un marinero en busca de tierra.

Una sombra vino desde atrás. Eva solo notó la repentina oscuridad que los envolvió a todos. Lo que sea que la estaba causando tenía que ser tan grande como una casa. Adán dejó escapar un chillido. De repente, flotaba a 30 centímetros del suelo, agitando los brazos y las piernas sin poder hacer nada. Lo único que ella podía ver era su parte posterior. Eva estaba paralizada por la sorpresa. Una garra gigante había atrapado la mochila de Adán. Pertenecía a un pie emplumado que formaba la punta de una enorme pierna.

Eva identificaba al atacante cada vez mejor, pero solo porque se alejaba de ellos con celeridad. La bestia volaba hacia el mar, llevándose consigo a Adán. Como un muñequito, el cuerpo de su hermano colgaba de un monstruo que bien podía ser un cruce entre un pájaro y un reptil. Solo tenía plumas en las patas. Las enormes alas parecían coriáceas. Se movían lentamente, pero la bestia se elevaba varios metros en el cielo con cada aleteo.

Eva recuperó su voz y gritó, pero el secuestrador no le prestó atención. Algo apareció por el borde de la pendiente. ¿Ahora venía por ella? ¿El monstruo cazaba con un compañero?

No, era simplemente la pequeña cabeza de Ragnor asomándose. Lentamente, el Grosnop se incorporó.

—Lo siento —se disculpó—. No lo alcancé. Fui demasiado lento.

Debió haber saltado tras él. Eva ni siquiera lo había notado. Ragnor era mucho más alto que ella o Adán, pero comparado con el secuestrador de Adán, era un enano. Jamás lo habría logrado. Aun así, lo había intentado.

—Gracias, Ragnor, por intentar salvar a Adán.

—De nada. No tienes que agradecerme.

¿A dónde estaba llevando el monstruo a Adán? En el cielo, un punto negro se movía hacia el norte. Si el pájaro soltara a Adán ahora, moriría.

—Tenemos que ir tras él —clamó Eva.

—No es una buena idea —dijo Ragnor—. Debo avisar a Marchenko.

El joven Grosnop era más sensato que ellos. Por supuesto, no podrían salvar a Adán solos. Necesitarían ayuda. Marchenko... El transbordador...

Pero les había llevado tres días llegar aquí. Si ambos regresaban, nunca volverían a ver a Adán. Eva no podía sacarse de la cabeza la imagen de su hermano contorsionándose. Estaba segura de que el monstruo no quería jugar con él. Adán era una presa, y la presa se pudría si no la comías pronto. ¿Cómo podría Adán defenderse de semejante monstruo?

—Seguiré al monstruo mientras regresas al campamento —propuso Eva—. Serás mucho más rápido sin mí.

—Este lugar es peligroso. No te dejaré sola.

—No nos pasó nada durante tres días. No parece haber muchos de estos monstruos alrededor. Tengo que ir tras Adán. Necesita ayuda urgente. Ve a buscar a Marchenko, eso llevará dos o tres días. O más, si el transbordador todavía está en camino.

Ragnor retorció las manos táctiles. Sintió pena por él porque estaba en un aprieto. Le debía a Eva su vida, ¿debería dejarla sola en el entorno salvaje?

—No te preocupes, Ragnor. Estaré bien. Ya no soy una niña. Y en caso de emergencia, tengo el arma que me dio Marchenko.

—Está bien, me apresuraré. Ve al norte.

—Sí, solo iré hacia el norte. Así es como puedes encontrarme.

—Te encontraremos, Eva, y luego salvaremos a Adán. Cuenta con Ragnor.

Si tan solo pudiera. Dos días era demasiado tiempo. Ningún depredador permitiría que su presa viviera tanto tiempo. Y el único en quien confiaba para enfrentarse a semejante monstruo volador era Marchenko.

La jungla era aún más espesa en este lado de las montañas, quizás porque el aire no era tan cálido.

—El aire puede contener menos humedad y las plantas pueden usar la condensación —dijo Eva.

—Pero había suficiente humedad al otro lado, ¿no? —se contestó ella misma.

—El hecho es que todo crece mejor aquí. ¿A quién le importa por qué?

No, esa no era la actitud correcta. «Todo tiene un significado. Si dejas de preguntar por qué, también podrías morir».

—La vida no tiene sentido. ¿Aún no te has dado cuenta de eso?

Eva tropezó con una raíz. Entonces escuchó su propia voz haciendo eco. ¿Había estado hablando consigo misma? Se detuvo y miró la brújula. El norte seguía estando justo frente a ella. Debía mantenerse en esa dirección para que Ragnor pudiera encontrarla.

El agua murmuraba a la derecha. Ella se deslizó entre los arbustos y llegó a un arroyo que serpenteaba entre las raíces de los árboles. Se arrodilló junto a él, se sentó sobre los talones y se inclinó sobre el agua. Una cara la saludó. «Hola Eva». Apenas podía distinguir su silueta. Pero sabía que era ella misma.

Bien. Llevó ambas manos al centro de su reflejo y se echó agua en la cabeza. El agua era refrescante. La trajo de vuelta a la realidad. Había estado hablando consigo misma. Eso no era bueno.

«Tienes que tener mucho cuidado, Eva, para no perder la cabeza». Encontró asideros y sumergió toda su cabeza en el agua.

Bien. Las voces se alejaban. Estaba completa de nuevo.

La jungla no solo era muy densa en este lado, sino que también estaba más animada que en el otro lado. Aunque el mundo animal parecía temerle, Eva mantuvo los brazos en movimiento. Vio al menos tres nuevas especies de animales. Una le recordó a un cruce entre un saltarín del fango y un escorpión. Era un pez con poderosas patas traseras que levantaba su abdomen casi verticalmente, permitiendo que los siete ojos dispersos a lo largo de su cuerpo pudieran ver hacia adelante.

Una segunda se aventuró a trepar por los árboles y arbustos, pero no usaba sus patas rudimentariamente desarrolladas para trepar. En vez de eso, envolvía su cuerpo plano alrededor de la rama de modo que la rodeaba casi por completo. Luego, movimientos ondulantes recorrían la piel apoyada sobre la rama, y el animal se impulsaba

lentamente hacia arriba. Una vez que llegaba a su destino, el viaje de regreso era más rápido, ya que simplemente se dejaba caer y planeaba elegantemente hasta el suelo.

Advirtió al tercer animal único porque descubrió su nido, construido a la altura de los ojos sobre una hoja redonda. Tres huevos yacían en un anillo, construido con partes de plantas, de unos diez centímetros de diámetro. Eva estaba a punto de acercarse más cuando apareció la madre, o el padre, si había bisexualidad aquí.

La criatura también parecía un lindo cruce entre un pollo y un lagarto. Un pájaro hasta las caderas, la parte superior del cuerpo tenía rasgos de lagarto. Tal vez los animales parecidos a pájaros estaban emergiendo aquí, y esta criatura más tarde se conocería como un "eslabón perdido. Tomó una foto con su dispositivo multifunción. La cámara disparó un flash y el animal se alejó revoloteando.

Corrió tras él como si no hubiera nada más importante. ¡Seguro que a Marchenko le gustaría una foto! El animal revoloteaba entre dos plantas parecidas a palmeras. Eva lo siguió pero no se percató de la raíz que conectaba los árboles. Cayó y aterrizó con las manos en la cálida arena negra.

¡Había llegado al mar!

Sin embargo, lo extraño era que no había olido ningún rastro antes de ahora. Corrió al encuentro de las olas. Menos mal que llevaba zapatos porque el sol todavía estaba alto y seguro que la arena estaba caliente. Luego venía el verdadero negro. Comenzaba a la orilla del mar.

Eva se detuvo, decepcionada. Donde rompían las olas, el agua hacía espuma. No formaba rocío sino burbujas estables, como si alguien hubiera vertido jabón líquido en el agua. Metió un dedo y lo lamió. El agua no era salada, sabía a humedad y solo ligeramente salobre. El océano era diferente de lo que había imaginado. No era el mar sino otro lago, una vasta masa de agua que abarcaba gran parte del planeta.

No importaba. Ella no estaba aquí para disfrutar de él. Tenía que seguir a Adán, que había desaparecido en algún lugar del horizonte, y para eso necesitaba un bote.

Adán se despertó porque algo le picoteaba el zapato. Abrió un ojo con cuidado.

Cuando el monstruo aterrizó con él, lo azotó contra el suelo varias veces. Obviamente era su método para aturdir a su presa. No había funcionado en él porque la mochila lo protegía. El proceso no fue indoloro, pero Adán apretó los dientes, hasta que perdió el conocimiento. El monstruo había logrado golpear su cabeza.

Esta parecía estar a punto de estallar. Tenía que apoderarse de esos analgésicos. ¿Qué le picoteaba el pie? Por suerte, llevaba zapatos resistentes pero cuando comenzó a picotear más arriba, se volvió molesto para él. Muy lentamente, giró la cabeza. Vio un pico y se sintió aliviado.

Este no era el monstruo. El pico no era más largo que su dedo índice. Adán volvió la cabeza un poco más. El pico pertenecía a una cabeza con ojos negros y brillantes que se asentaba sobre el torso de un reptil. El animal era casi tan alto como él. Lo de los costados, ¿eran alas enroscadas? La criatura parecía apoyarse en ellas mientras se sentaba sobre sus patas traseras. Lo que tenía frente a él probablemente era un bebé monstruo, la descendencia de su secuestrador. ¡Adán no estaba en el menú de la madre o del padre, sino en el de la descendencia! No se lo iba a poner tan fácil.

Adán siguió mirando a su alrededor. Yacía en el fondo de una especie de cuenco hecho de un material toscamente tejido. Allá arriba había una cubierta de hojas secas. Desde la órbita, nadie lo avistaría. Mierda. Tendría que deshacerse de este monstruo bebé y luego escalar lo más alto que pudiera. Seguramente Eva y Ragnor le habían avisado a Marchenko, y él ya estaba haciendo todo lo posible para buscarlo desde la órbita.

No, seguro que Marchenko aún no lo sabía. El robot estaba a tres días de viaje de la cumbre donde el monstruo lo había raptado. «¡Ay!» El pico ya le había hecho un agujero en el zapato. Necesitaba un arma. ¡Y la tenía! Estaba en un bolsillo exterior de la mochila todavía unida a su espalda. La mochila le había salvado la vida, pero en algún momento tenía que quitársela. De la manera más discreta posible, se quitó las correas.

Adán tuvo que darse la vuelta para buscar en el contenido. El bebé monstruo no debía sospechar nada. Deliberadamente, dejó su pie al alcance, girando solo su torso. Lo había logrado. La mochila estaba frente a él. «¿Dónde está el arma?» Movió los brazos muy lentamente para no llamar la atención del bebé monstruo. Sus brazos estaban muy expuestos. El pico del bebé podía ser corto, pero era lo

suficientemente grande como para desgajar un trozo de carne de su antebrazo.

Ahí estaba el arma. Sintió su contorno a través del material de la mochila. Con cuidado, abrió la cremallera y metió la mano.

Mierda. El bebé monstruo había dejado de picotear. Se estaba moviendo lentamente hacia donde algo más interesante parecía estar sucediendo.

Adán pensó por apenas un momento y decidió que tenía que arriesgarse. Metió la mano en el bolsillo de la mochila lo más rápido que pudo, sacó su arma y apuntó al monstruo.

Pero este no se detuvo, siguió acercándose a él. El ojo sobre su pico parpadeó. ¿Era curiosidad o apetito? Adán no tenía ningún deseo de averiguarlo. «Por favor, querido arma, no me falles». Apretó el gatillo. ¡Hubo un zumbido! Y el bebé monstruo se desplomó.

¡Funcionaba! «Gracias, Marchenko, eres mi salvador». Adán miró el arma. ¿Funcionaría contra el monstruo? Probablemente no. Tenía más masa corporal que diez de estos bebés. Sería mejor evitar una confrontación directa, pero para hacer eso, tenía que deshacerse del monstruo bebé. Si la madre lo encontrara en el nido, se enfadaría.

Adán se levantó. El nido era enorme, calculó su diámetro en setenta u ochenta metros. El transbordador del Draght podría aterrizar fácilmente en él.

Él estaba en el centro. Debajo de él, había un hoyo que contenía dos esferas de color claro. Huevos. El monstruo ponía huevos como un ave. Uno de los huevos parecía intacto, mientras que el otro tenía la parte superior rota. De ahí debió salir el bebé monstruo al que acababa de disparar hasta dejarlo inconsciente. «Lo siento, hermano. ¿O hermana? Pero no soy bueno como alimento. Quéjate con tus padres». Adán trató de arrastrar a la bestia por el pico, pero su mano se deslizaba. Una línea roja cruzó su palma. ¡Sangre! Mierda, ese pico estaba afilado.

Adán se limpió la sangre en los pantalones y caminó alrededor del monstruo bebé. Las alas coriáceas que envolvían el cuerpo de la bestia parecían inofensivas. Desenrolló el ala derecha y encontró que su superficie estaba seca. Podía palpar los huesos. No había mucha carne en este animal, menos mal que todavía tenía raciones en su mochila. Tiró del ala y arrastró a la criatura. Esperaba que no despertara demasiado pronto. El arma solo tenía un número limitado de cargas.

Estaba a unos 12 metros del borde del nido el cual era muy empinado. Adán se sentía como Sísifo, porque el bebé monstruo se deslizaba hacia abajo. Pero Sísifo tenía la ventaja del tiempo infinito. En este caso, el tiempo trabajaba en contra de Adán. Tenía que cambiar de estrategia. No tirar, sino empujar. Rodeó a la bestia y empujó su abdomen ovoide. La piel estaba fría, no era un animal de

sangre caliente. Después de todo, ¿No era un pájaro? Tampoco tenía plumas, sino escamas. Podía percibir el latido de su corazón a través de ellas.

Mierda. Iba a tener que matarlo a sangre fría. ¿Qué opción tenía? Tal vez podría domesticarlo, pero necesitaría tiempo. Y la madre monstruo querría alimentar a su bebé cuando regresara. ¿O esperaba que él desmenuzara su propia comida? No podía correr el riesgo. Adán hizo rodar a la bestia cuesta arriba. Después de tres metros, el ala derecha quedó atrapada en el material de anidación. Adán no lo había tenido en cuenta. No tuvo tiempo. Escuchó un chasquido cuando los huesos de sus alas se rompieron. El corazón del animal se aceleró, pero no se despertó.

Un metro más. Dentro de poco se libraría del problema. Adán se secó el sudor de la frente. Solo entonces notó que su palma aún sangraba. Debía verse aterrador, pero eso no impresionaría a la madre monstruo.

Había llegado al borde. Respirando pesadamente, Adán hizo una pausa. Mientras lo hacía, miró hacia abajo y comenzó a tambalearse. Se las arregló para evitar que el cuerpo del monstruo retrocediera. Luego se atrevió a echar un segundo vistazo. ¡Menuda altura! El árbol de cuya copa colgaba el nido debía tener cerca de 100 metros de altura. Se encontraba en lo que, desde aquí arriba, parecía una pequeña isla y había más árboles como este por todas partes: la isla parecía ser parte de un grupo. Se preguntó si también habría monstruos anidando en los otros árboles.

Por otro lado, la costa estaba muy lejos. Adán se orientó por el cielo y determinó que estaba mirando directamente al sur. Qué casualidad. Pero la costa de donde había sido secuestrado estaba más allá del horizonte. Estaba solo. Pero primero lo primero. «Lo siento, pero no te necesito en este momento». Le dio un empujón al bebé monstruo, y este cayó por el borde hacia las profundidades, arrastrando el ala rota detrás de él. Revoloteaba en el viento como si estuviera tratando de aprender a volar rápidamente.

Adán percibió que se estrelló en la isla por la arena que se levantó. Solo debía esperar que la madre no sospechara que estaba allí abajo. ¿Estaría Marchenko en camino? Seguro que no, todavía no, pero Eva podría estarlo. Sabía que ella no regresaría al campamento. Su hermana estaba obligada a ir en su búsqueda. Era bueno tener algo en lo que confiar. Adán escudriñó el horizonte hacia el sur. De ahí era de donde tenía que venir.

Vio una silueta negra acercándose al nido. Eso fue rápido. ¡Necesitaba un lugar para esconderse! Adán se dejó rodar desde el borde del nido. El material de construcción era elástico: probablemente tallos y ramitas. En algunos lugares, recién brotaban

frescas. De vez en cuando, había pequeños agujeros a través de los cuales podía ver el suelo. El aire cálido ascendía a través de ellos, un sistema de aire acondicionado natural.

Sin embargo, la ventilación fallaba en medio del nido. Allí se había acumulado un montón de basura. Adán trepó sobre esqueletos de pescado y trozos oscuros que parecían bolas de heces. Una mancha blanca resultó ser una toalla de papel. ¿Papel? El dueño del nido debió haber cazado cerca de donde habían aterrizado en el transbordador. Adán rebuscó en la pila de basura. Todavía podía distinguir las formas de los cuerpos basándose en algunos esqueletos. Todo estaba podrido. Ponderó una garra que podría ser una buena arma, pero se rompió de inmediato.

Este nido tenía que ser antiguo. Muchas generaciones de monstruos se habían criado aquí. Por otro lado, estos dos huevos estaban frescos. Se veían muy diferentes. El que ya estaba abierto era más amarillento, lustroso y más pequeño, mientras que el otro, todavía cerrado, tenía una superficie blanca opaca. Adán lo tocó, pero no había señales de vida interior.

Solo había un lugar para esconderse. Rebuscó en el basurero. El fragmento del cascarón tenía que estar en alguna parte, ¿no? Allí estaba. El trozo de la punta del huevo era tan ancho como la extensión de su brazo. Lo sacó de los desechos y lo arrastró detrás de él. Luego se metió en el huevo abierto de tal manera que todavía pudiera alcanzar el fragmento. Finalmente, colocó la pieza rota encima de él.

¿Serviría? Ciertamente no haría que el huevo se viera como nuevo. ¿Qué pensaría el monstruo? Se puso en cuclillas para que no pudiera ser visto desde el exterior. Entonces percibió una bocanada de sus propios olores corporales. ¿Qué pasaría si la gigantesca ave pudiera oler mejor de lo que podía ver? Los olores parecían jugar un papel esencial en este planeta. Su trasero estaba mojado. ¿Eso también? Estaba acuclillado en un líquido translúcido, gelatinoso, que le llegaba a las rodillas, probablemente de lo que se alimentaba el bebé monstruo hasta que salía del huevo.

De repente, el nido se inclinó hacia un lado y Adán se inclinó hacia adelante. Esa era la señal de que la madre había llegado. Se apoyó en los brazos, pero su cara tocó el material resbaladizo y gelatinoso. Mierda. Se mordió la lengua para no gritar de enfado. Al parecer, todo iba mal hoy. El nido se balanceó un par de veces. Percibió vibraciones que se acercaban poco a poco. Tenía que ser el monstruo. ¡Su olor! Adán se acostó y se untó el pegote por todo el cuerpo. Tal vez le ayudaría a adquirir la esencia de la descendencia.

Ahora los temblores estaban cerca. Adán simplemente se quedó quieto y cerró los ojos. No quería ver un pico afilado perforar su cuerpo. Algo cayó sobre su hombro. La cáscara del huevo se

estremeció. Abrió los ojos y vio que el pico se retraía. El monstruo no emitió ningún sonido. ¿No debería una madre saludar a sus crías? La comunicación acústica no parecía ser común aquí.

Adán posó la mirada en un pez que no estaba antes en el huevo. Parecía recién salido del lago, pero tenía un agujero en el cuello. El monstruo debía haberlo matado. Quería darle de comer. ¡Su truco funcionó! Parecía haberlo aceptado como su descendencia.

¿O solo era un truco para sacarlo del huevo? No, el monstruo no parecía tan inteligente. Simplemente tomaba las cosas como eran. Estaba en el huevo que él mismo puso, así que tenía que ser la criatura que había producido su programa genético. En la historia evolutiva de este planeta, probablemente nunca hubo tanta confusión como en este caso. La naturaleza era eficiente en general, pero a veces muy estúpida en casos individuales.

•

Dos horas más tarde, Adán comprendió que él tampoco era muy inteligente. En su prisa había olvidado su mochila. Sus provisiones y agua estaban en ella. A través de las fisuras en la cáscara del huevo vio que el sol se estaba poniendo. Para el monstruo, eso parecía significar una noche de descanso.

¿Debería esperar hasta que se durmiera y luego ir a por su mochila? Eso sería peligroso. Ni siquiera sabía cuán profundamente dormiría el monstruo. Sin embargo, podía distinguir bien la forma de su cuerpo, porque estaba extendido en el borde del nido como si fuera una decoración. Ahora le recordaba más a un dragón de un cuento de fantasía que a cualquier tipo de ave. Aparentemente, el animal estaba estrechamente relacionado con las criaturas terrestres parecidas a lagartos. ¿No habían observado un espécimen que planeaba en alto vuelo desde los árboles?

Sin embargo, el monstruo había colocado su cabeza de modo que mirara hacia el oeste, lejos de Adán, por lo que no podía saber si la bestia estaba durmiendo. Por encima del pico, el monstruo bebé tenía un solo ojo, sin párpado visible.

Quisiera o no, tendría que aguantar hasta que el monstruo comenzara a buscar comida de nuevo. Adán se apoyó en el interior del cascarón y estiró las piernas. La masa gelatinosa estaba por todas partes. No podía escapar de ella pero mientras su olor lo protegiera la toleraría. Al menos no hacía frío.

Cuando se va de rodillas en una balsa improvisada hecha con troncos de árboles atados, aún las olas de un metro de altura parecen enormes. Eva iba arrodillada en la popa de su balsa con el mango del timón entre las piernas. La vela improvisada, hecha con parte de su ropa, ondeaba con el viento. Tenía suerte porque el viento soplaba mar adentro desde la noche anterior. Pero el horizonte no se acercaba y el sol ardía sin piedad.

Eva no iba a quejarse. El hecho de que el cielo estuviera despejado facilitaba la navegación. Al menos no moriría de sed. Todavía tenía un litro de agua potable en su mochila, y para estar segura, ayer había probado el agua de mar. No le había causado ninguna molestia durante la noche a pesar del sabor rancio, por lo que creía que debía ser potable.

Ató bien el timón. Las enredaderas que usó para esto eran fascinantes. Se comportaban casi como gusanos. Si las ponía sobre una superficie lisa, se desplazaban con movimientos sinuosos hasta que llegaban a algún borde alrededor del cual podían envolverse. Eva las guardaba en una bolsa. Sacó una nueva enredadera. Al principio, el segmento se resistió. Sin embargo, tan pronto como sintió una fuerza tirando de ella con más fuerza de la que podía resistir, abandonó todos los esfuerzos. ¡Demasiado sensible! Cuando la vid trepadora de la que Eva había arrancado las enredaderas era acosada con demasiada fuerza por una tormenta o un animal, se rendía en lugar de terminar siendo destrozada.

Las enredaderas mantenían unida la balsa y hasta ahora estaban haciendo un gran trabajo. La construcción no era del todo rígida, como habría sido el caso si los troncos hubieran sido fijados con clavos, por lo que la balsa podía ajustarse al oleaje sin riesgo de romperse. En el fondo, Eva estaba preocupada por lo que sucedería si la tensión aumentara demasiado, si las enredaderas decidieran que la tensión era demasiada para ellas. ¿Podrían rendirse simultáneamente y dejar que la balsa se deshiciera?

Eva se deslizó hacia la proa. La mochila también estaba asegurada con enredaderas. Sacó uno de sus filetes de dientes de carroña para desayunar. Poco a poco se había acostumbrado al sabor. Como no tenía nada más que hacer, no le importaba que el desayuno se prolongara. Después, se cepilló los dientes. En lugar de lavarse, saltó al agua tibia. Cedió a las ganas de orinar y nadó unas cuantas vueltas alrededor de la balsa hasta quedar exhausta.

Por la tarde volvió a intentar comunicarse con Marchenko por radio, pero no oyó nada excepto la misma estática de siempre. Supuso que Ragnor ya debería haber llegado al campamento y que el transbordador todavía estaba en camino entre el Draght y la superficie.

El viento había amainado un poco por lo que hacía aún más calor bajo el sol abrasador. Eva no podría soportarlo por mucho tiempo. Hizo una cuerda con las enredaderas restantes. No quería perder el contacto con la balsa. Colocó la punta de la última enredadera en su tobillo. Esta inmediatamente lo envolvió. Ella se sacudió un poco. La enredadera estaba apretada pero no restringía su flujo de sangre. Después de todo, la planta no querría estrangular a su huésped. Satisfecha, Eva volvió a saltar al mar.

Se zambulló lo más lejos que pudo sin forzar la enredadera alrededor de su tobillo. A una profundidad de solo cinco metros ya estaba mucho más oscuro que en la superficie. El agua encima de ella brillaba verde. Parecía fértil, pero pronto se dio cuenta de que esto no era solo una impresión óptica.

Eva estaba recibiendo cada vez menos aire a través de sus branquias. Las tocó y notó una gruesa capa adherida a las membranas que filtraban el oxígeno del agua. Limpió la masa y deseó tener una forma de examinar la sustancia. Indudablemente se componía de numerosos microorganismos. Anoche ella había estado bebiendo del agua otra vez. Esperaba que su estómago fuera capaz de digerir todo esto.

Eva nadó de regreso a la superficie. La vela colgaba floja del mástil. Se orientó brevemente, luego nadó hacia el norte, arrastrando la balsa detrás de ella. Siguió adelante durante cinco minutos más o menos, hasta que no pudo más. La balsa era demasiado pesada para remolcarla. Debía esperar que el viento refrescara. Podría progresar más rápido nadando, pero entonces tendría que arreglárselas sin el contenido de su mochila. Si hubiera algo así como caballos... caballitos de mar, por supuesto... Eva recordó el extraño pez. Por supuesto, no nadarían voluntariamente hacia el norte, ni estarían dispuestos a arrastrar la balsa.

No tenía otra alternativa que ser paciente. Eva se subió de nuevo a la balsa. Con el agua todavía goteando de su cuerpo, se acostó boca abajo y miró en la dirección del viaje hacia el horizonte. Un par de árboles enormes acababan de aparecer allí.

En medio de la noche, un violento movimiento del nido lo sacó de su sueño. Eso solo podía significar una cosa: el monstruo había salido a merodear, así que esta era su oportunidad de recuperar la mochila. Adán se levantó. No era fácil salir del cascarón porque su interior y su propio cuerpo estaban muy resbaladizos.

Adán logró salir sin lastimarse. Empezaba a clarear. Volvió a sentarse para examinar sus pies, con la esperanza de no volver a infectar las heridas. Se había quitado las vendas en el huevo, pero fuera de él había mucha suciedad así que necesitaba algún tipo de protección.

Examinó el suelo y encontró algunas hojas viejas que parecían hojas de plátano. Usó una para secarse los pies. Empezó con cuidado y le dolió mucho menos de lo que temía. ¿Los antibióticos ya estaban actuando? Giró su pierna derecha para poder mirar la parte inferior de su pie. En lugar de agujeros supurados, solo había manchas redondas donde se estaba formando una piel fresca y rosada.

Tenía que ser la gelatina del huevo. ¡Aparentemente, esa cosa tenía propiedades regenerativas! ¿Qué hay de su mano? Se había olvidado por completo de la herida de ayer. También se había convertido en una línea limpia y delgada. ¡Así que al menos su secuestro tenía una ventaja! Era una lástima que su piel aún fuera vulnerable a nuevas lesiones.

¡La mochila! Tenía que apoderarse de ella mientras el dueño del nido estaba ausente. La bolsa ya no estaba donde la había dejado. Adán buscó en el nido a medida que la claridad aumentaba. Por fin la encontró cerca del otro huevo. La mochila estaba bien camuflada porque algo la había cubierto con hojas frescas. Parecía un arreglo deliberado porque había algunas frutas del tamaño de un coco al lado de ella, con las cáscaras abiertas. Adán cogió una. Salió jugo rojo. Derramó un poco en la punta de su dedo y lo lamió. Sabía asqueroso y le recordaba a queso podrido.

¿Era una coincidencia que el monstruo hubiera creado este arreglo frente al huevo intacto? Tal vez era una especie de bienvenida para el recién llegado. Eso significaría que el segundo huevo también estaba a punto de ser quebrado por su inquilino. Se preguntó si sería tan fácil de engañar como el monstruo adulto.

Buscó a tientas el arma que todavía estaba en su bolsillo trasero. Tal vez debería romper el huevo para eliminar a su competidor potencial. Puede que aún no fuera un buen oponente. Adán se mostraba escéptico por que el segundo huevo fuera mucho más grande y de diferente color. ¿Y si también hubiera algo como un cuco en este

planeta, un animal que pusiera sus huevos en los nidos de otras aves?

Todo a su debido tiempo. No debía perder la concentración. Mientras el monstruo aún estuviera ausente, debía ocuparse de llenar su estómago con provisiones. Lo primero que hizo fue sacar una botella de agua de su mochila y tomar un trago. Luego se lanzó en busca de los filetes de dientes de carroña. Jamás había deseado comer esas cosas con tanto entusiasmo.

¡Allí estaban! Ya los tenía entre los dedos cuando el nido se inclinó violentamente hacia un lado. Todo su contenido se deslizó, y Adán no pudo asirse de nada y se deslizó con él. ¿Qué estaba haciendo el monstruo? Casi arrojó el huevo sin eclosionar por el borde del nido. Adán atisbó al visitante. No era el monstruo que lo había secuestrado. Esta criatura era aún más grande. Se posaba sobre dos patas y se aferraba al borde del nido con un par de patas delanteras que tenían garras dobles oponibles. Este monstruo no tenía alas, pero sus garras opuestas eran del tamaño justo para asir el tronco del árbol en el que se asentaba el nido. En lugar de un pico, el depredador del nido tenía un hocico parecido al de un cocodrilo en el que Adán distinguió muchos dientes pequeños pero extremadamente afilados.

El animal no parecía tener ojos, pero su boca chasqueaba, porque Adán había cometido el error de moverse. Adán se lanzó a un lado y se quedó inmóvil. ¿Cómo se orientaba? ¿Con ultrasonido? En tal caso, solo podía esperar que el otro huevo se abriera, ¡y pronto! Si el depredador del nido encontrara otra presa, tal vez se conformaría con ella.

Adán no se atrevió a moverse durante los siguientes minutos. La mucosidad seca en su piel picaba y la transpiración corría por su cuerpo. Aparentemente, el depredador del nido no estaba interesado en los olores. Adán se arrastró a un costado, a la sombra de su propio cuerpo, para alcanzar un palo. Lo arrojó como a medio metro en el aire, pero no cayó al suelo porque la lengua del monstruo lo atrapó. Adán escuchó el crujido de la madera cuando los dientes del intruso se cerraron sobre ella.

Permaneció inmóvil. ¿Cuánto tiempo más iba a tener que estar así? Ahora había claridad. Pronto el sol quemaría sus miembros desnudos. Al amanecer y al atardecer, el dosel de hojas sobre el nido resultaba inútil. Anhelaba que el monstruo volador volviera. A pesar de que era más pequeño que el depredador del nido, tenía una razón para luchar contra el gigante. Ciertamente sacrificaría su propia vida para proteger a su descendencia.

El nido volvió a moverse. Adán volvió a rodar hacia el centro. El huevo gigante vino directamente hacia él. Adán se levantó, dio una voltereta y apenas logró esquivarlo. La lengua del depredador del nido salió disparada hacia él. Quedo petrificado, imposible escapar de ella.

Pero él no era su objetivo. La lengua hizo que la mochila pasara volando a su lado. Aterrizó en las fauces abiertas del reptil, pero fue expulsada nuevamente en un gran arco que hizo que cruzara el nido. Adán volvió la cabeza. En el otro lado se posaba el monstruo alado, batiendo sus enormes alas. La mochila lo golpeó en la cabeza, pero solo sintió brevemente lo que catapultó el proyectil por encima de su cabeza.

¡Su mochila desapareció! Un ataque de extraña ira se apoderó de Adán. Aquí estaba él, tendido impotente entre dos monstruos, enfadado por cómo manipulaban su preciado cargamento en lugar de temer por su vida. No sería la primera víctima en perecer entre dos frentes.

La lengua del ladrón de nidos volvió a salir disparada. El monstruo volador ascendió con un revoloteó y luego aterrizó de nuevo. Adán solo escuchaba el batir de las alas en un lado y el chasquido de la lengua cuando se retraía en la boca, en el otro. Nada más. De nuevo, el monstruo volador despegó. Revoloteó unos dos metros por encima del nido, abrió el pico y exhaló fuego. El calor casi lo asa.

Adán trató de bajar aún más la cabeza, pero no sirvió de nada. Estaba seguro de que le había quemado el pelo. Pero el ladrón de nidos estaba aún peor: su hocico y su cabeza estaban en llamas. Se sacudía pero las llamas no se apagaban. El monstruo volador debió escupirle una masa inflamable. El depredador del nido trató de escapar, pero no fue lo suficientemente rápido porque sus garras ahora lo entorpecían. El monstruo volador volvió a abrir su pico y escupió una segunda carga. Adán usó sus manos para protegerse la cara.

De repente, el nido volvió a inclinarse, esta vez en la dirección opuesta. Abrió los ojos. El ladrón de nidos había desaparecido. Debió ser derribado. Adán se dio la vuelta. ¿Dónde estaba el monstruo volador? El nido estaba vacío. Probablemente estaba persiguiendo al atacante. Muy bien, esta era su oportunidad. El huevo en el que había pasado la noche seguía allí, volcado. Adán se volvió a meter. La mayor parte de la mucosidad se había derramado, pero aún quedaba suficiente para untar.

Adán se tumbó boca arriba, respiró hondo y miró el interior del huevo. ¡Mierda, mierda, mierda! ¿Cómo iba a salir de aquí? Sobre todo, quería advertir a Marchenko. No debían rescatarlo. El transbordador estaba míseramente armado. Sus posibilidades eran escasas contra el monstruo volador, especialmente ahora que sabía que podía escupir fuego. Increíble.

Y hace solo dos días pensaba que este planeta era pacífico.

ADÁN SE DESPERTÓ ALREDEDOR DEL MEDIODÍA, sediento. La gelatina se había secado. Si el monstruo volador aún no se había acostumbrado a su olor, pronto se daría cuenta de su presencia. Tal vez era mejor así. Mejor servir de alimento a la descendencia que morir de sed. Morir por falta de agua no era algo bonito. Tampoco, sospechaba, lo era ser devorado por un mini monstruo. Pronto podría ser el primer humano en experimentarlo. Pero el arma de Marchenko seguía allí, por lo que aún no se rendiría. Opondría una resistencia feroz.

Necesitaba líquidos. ¿Dónde estaba la fruta de sabor repugnante? Salió del huevo. Hacía tanto calor afuera como en su refugio. A cuatro patas, se movió hasta el borde del nido. El mar estaba a sus pies. ¡Tanta agua! Hasta se podría beber si no fuera demasiado salada. Hoy, las olas eran más altas de lo habitual. Esperaba que no hubiera tormenta. Ciertamente no sería agradable en la copa del árbol. Por otro lado, tal vez podría recolectar agua si llovía.

Adán miró el mar hasta el horizonte. Al sur, un punto oscuro se balanceaba sobre las olas. Podría ser un bote, o el tronco de un árbol. El sol era tan cegador que no podía verlo con claridad. Supuso que Eva habría construido un bote y lo habría seguido a través del océano, pero esperaba que no se hubiera arriesgado tanto. Adán se arrastró por el borde del nido pero no descubrió nada más. El cielo estaba despejado. El monstruo tenía que estar cazando en alguna parte. Con suerte no estaría en el sur.

Buscó a tientas el arma y se metió la mano en el bolsillo. El metal era cálido y liso. El seguro estaba puesto, por lo que podría haber insertado un nuevo cargador si tan solo tuviera uno.

Una semilla que le había dado Marchenko cayó en sus dedos. Se preguntó si alguna vez volvería a ver a su padre. Debió ser un poco más amable con él la última vez, pero Marchenko había estado actuando de manera irracional. Si no, ¿por qué cultivaría un girasol que crecía más rápido y más alto que cualquier otra cosa en el mundo? No creía lo que Marchenko les dijo. Probablemente Eva tenía razón: el Creador le había implantado a su padre un complejo de Dios.

Entonces la semilla le dio una idea. Volvió a meter la mano en el bolsillo y sacó más semillas. Tres, cuatro, cinco. Tenía que haber siete. Las alineó cuidadosamente en su palma izquierda. Las semillas se veían apetitosas. Pero comerlas sería un desperdicio porque podrían ser su ruta de escape. Su plan era tan descabellado que tuvo que sonreír ante su propia idea.

¿Cómo sacarle el máximo provecho? Adán se inclinó sobre el borde del nido. El árbol en cuya copa estaba ubicado se encontraba en el borde de una isla ovalada. Aquí, en el lado norte, el mar comenzaba casi debajo de él. Gateó hacia el este. Aquí era mejor. En esta dirección, la isla se extendía alrededor de medio kilómetro. Había seis

árboles más en esa zona, pero no descubrió más nidos en ellos. Lo más probable era que los monstruos no vivieran en grupos.

Se humedeció el dedo índice derecho y lo levantó. El viento soplaba hacia el este. Si dejaba caer las semillas aquí en la esquina este, el viento las arrastraría un poco hacia la isla, lo cual era malo. Adán cruzó el nido y se asomó por el lado oeste. Volvió a comprobar la dirección del viento. Nada había cambiado. Si soltaba las semillas ahora, tenía muchas posibilidades de que cayeran cerca del tronco.

Y así todo dependería de las habilidades de ingeniería genética de Marchenko. ¿Cuánta suerte necesitaría? Las semillas tenían que caer al suelo en el lugar correcto. Tenían que encontrar tierra vegetal en la que germinar. Y finalmente, debían producir plantas que fueran al menos lo suficientemente altas para que él pudiera descender.

Adán volvió a mirar el horizonte en todas direcciones y supuso que estaba solo. Lo que había visto al sur antes probablemente solo había sido un tronco. Se asomó por el borde del nido en su lado occidental. Una rama delgada se clavó en su axila. La rompió y la dejó caer; el delgado trozo de madera cayó al suelo. El viento lo llevó hacia el tronco. Rebotó y finalmente cayó sobre el extenso sistema de raíces.

Así era como podía funcionar. El viento soplaba a la velocidad perfecta en este momento. Las semillas eran más ligeras que la rama, por lo que deberían volar más allá del tronco y aterrizar al este de la raíz. Adán abrió la mano y miró de nuevo: sus "siete magníficos". Volteó la mano. Las semillas eran tan pequeñas que pronto las perdió de vista.

Ahora lo único que podía hacer era esperar.

◓

EL MONSTRUO REGRESÓ JUSTO ANTES DEL ATARDECER. El nido se inclinó hacia un lado como lo había hecho antes. Por la inclinación, Adán ya sabía lo que se posaba en el borde. El ladrón de nidos debía ser mucho más pesado que el monstruo volador. Siguió el típico temblor mientras el animal caminaba penosamente a través de su nido. Si tenía mala suerte, estaba a punto de morir. Se encontraba a merced del destino. Adán permaneció sentado en su huevo, esperando que su olor humano no lo delatara. Su corazón latía con fuerza. Afortunadamente, la fauna local parecía estar sorda.

Un pico penetró la grieta del huevo. Dentro había un pez muerto. El pico se sacudió, probablemente para alertar a la presunta cría sobre la sabrosa comida y finalmente dejó caer el pescado. La humedad le salpicó la parte inferior de las piernas. Adán no volvió a moverse hasta que el pico se retrajo.

Su camuflaje todavía funcionaba. Levantó el pescado, que estaba

húmedo y resbaladizo, e inmediatamente lo lamió. El sabor era desagradable pero necesitaba el agua. Insertó los dedos índices de ambas manos en la fisura de alimentación en la parte inferior del animal, desgarrándolo hasta que las entrañas quedaron expuestas.

Mierda. No parecía haber circulación sanguínea como en la vida terrestre. Los órganos nadaban en una delgada gelatina, cuya consistencia le recordaba a la masa ahora seca de su huevo. La probó y la encontró insoportablemente salada. Como fuente de humedad era inútil. Solo que ahora tenía más sed. Los órganos, cuyo propósito no pudo descifrar, no sabían mejor. Podría usar el pescado para satisfacer su hambre en una emergencia, pero solo si tuviera suficiente agua. ¿Cómo sobrevivían los monstruos bebés? Parecían satisfacer sus necesidades desde el huevo durante los primeros días.

Había una fuente de la que podía beber: el segundo huevo, que era más grande que el suyo y, por lo tanto, debía contener más gelatina. El habitante tendría que compartir sus provisiones con él. Solo necesitaba una herramienta para perforar el cascarón.

La oportunidad se presentó cuando el monstruo volvió a abandonar el nido una hora más tarde. Estaba oscuro, lo que tenía una desventaja: tendría que darse prisa, porque en la oscuridad no notaría el regreso del monstruo hasta que ya hubiera aterrizado en el nido. Primero, Adán trató de buscar algo que pudiera ser una buena herramienta en caso de que su idea funcionara.

Pero el fondo del nido estaba lleno de basura. Cada vez que pensaba que tenía algo adecuado en sus manos, resultaba ser una rama quebradiza. Encendió la pequeña linterna del dispositivo multifuncional. Por la noche, estaba obligado a ser visible desde una gran distancia, por lo que solo esperaba que el monstruo no notara el brillo de la luz en su nido.

Aun así, le tomó otros diez minutos encontrar una herramienta, un objeto muy puntiagudo y ligeramente curvado, hecho de un material parecido al hueso. Posiblemente era el pico de un monstruo bebé que pereció en el nido hace mucho tiempo. Adán se arrodilló frente al huevo restante y colocó una oreja en su cascarón. El interior estaba en silencio. Tal vez el polluelo estaba muerto. Apuntó al huevo con la linterna, pero no había nada visible.

Tuvo una idea. Acomodó el dispositivo multifunción para que iluminara el huevo. Luego se deslizó alrededor del huevo. Funcionó. El cascarón dejaba pasar parte de la luz. Así fue como pudo distinguir lo que había dentro. Adán distinguió una pierna que terminaba en un pie con garras. Era una garra doble, curvada en direcciones opuestas para

formar un anillo.

Esa cosa no era un monstruo bebé, era descendiente de una especie diferente. El depredador del nido que el monstruo ahuyentó esta mañana había venido a ver cómo estaba su hijo, que estaba siendo criado por el monstruo volador sin su conocimiento.

—Hola, cuco —dijo Adán.

Su voz estaba ronca. No la había usado por un día. De repente, la garra se movió. Golpeó el cascarón del huevo donde la luz del dispositivo caía sobre él. Adán se dirigió a toda prisa hasta el dispositivo multifunción, lo apagó y se lo volvió a colocar alrededor de la muñeca. El huevo no había sido dañado. Probablemente tomaría unos días más para que su residente naciera.

Era hora de la sangría. Adán imaginó la posición de la cría. Era mejor si perforaba el agujero en la parte inferior del huevo, apenas por encima del suelo del nido. Buscó un recipiente para recolectar el líquido y algo maleable para tapar el agujero después. Encontró un pedazo de musgo y un trozo de cascarón en el fondo del nido.

Tenía que darse prisa. La madre volvería pronto. Adán aplicó el extremo puntiagudo del pico encontrado y giró el objeto varias veces. Efectivamente, perforaba el duro cascarón. Una vez más. Tres vueltas, cinco, siete, diez. Sacó su taladro y revisó el agujero con el dedo. Tenía alrededor de medio centímetro de profundidad y estaba seco. Así que continuó. Diez vueltas más, 15, 20, 25, y el taladro se deslizó. Rápidamente colocó el cuenco debajo del agujero y sacó la herramienta. La jalea goteaba audiblemente.

¡Tenía tanta sed! Adán se llevó el tazón a la boca y tomó un sorbo. El material tenía una consistencia desagradable, pero el sabor era soportable. La gelatina en su propio huevo ya estaba fermentada o el contenido de los huevos difería según la especie.

Un sonido ahogado salió del interior del huevo. Algo estaba golpeando el cascarón desde adentro. «No seas tan tacaño. Te queda mucho, amigo». Volvió a poner el cuenco debajo del agujero. Cuando estuvo lleno hasta el borde, formó un tapón con el musgo y lo metió por la abertura.

Esperó un momento, luego lo palpó. Permanecía seco. Sería estúpido si el huevo se vaciaba durante la noche.

ESTOS ÁRBOLES ERAN FASCINANTES. Eva los había observado toda la mañana mientras crecían hacia el cielo ante sus ojos. Ayer no eran más que líneas en el horizonte pero ahora podía distinguir sus poderosas copas. Si no estaba equivocada, también podía ver la tierra en la que se anclaban.

Debían ser islas diminutas porque el mar continuaba más allá de ellas. Las plateadas y espumosas olas lo delataban. El viento se había levantado de nuevo y Eva tenía mucha suerte porque la estaba llevando hacia las islas. Se volvió hacia el mástil y arrió la vela, hecha con camisetas abiertas y luego cerradas, porque de lo contrario el viento clavaría la proa bajo las olas. Difícilmente era un yate de vela: demasiado viento era tan malo como muy poco. Solo esperaba que no se estuviera formando una tormenta.

El sol alcanzaría su cenit en una hora. Se acarició el brazo. Su piel estaba reseca y se estaba pelando debido a las quemaduras solares de los últimos días. El agua de mar le ofrecía un consuelo refrescante pero cuanto más nadaba más se resecaba su piel.

Eva volvió a mirar hacia adelante. En la copa del árbol, en el extremo izquierdo había una estructura que no se parecía a un crecimiento natural. Ninguno de los otros árboles la tenía. A esta distancia, parecía un tazón con una delgada tapa sobre él. Tal vez un nido, aunque era demasiado grande. Si los árboles tenían 100 metros de altura, algo factible en este planeta, la cosa en la copa debía medir al menos 30 metros de diámetro.

Pensó en el animal que había secuestrado a Adán, las sombras que había visto y las enormes garras que se habían hundido en el mar ante sus ojos. Tal vez era un nido, la base de operaciones del monstruo. ¿Había encontrado el lugar donde se había llevado a Adán?

Entonces lo vio. Una silueta se desprendió de la copa del árbol. La criatura extendió sus alas y se elevó por los aires en espiral. Pronto desapareció de la vista.

•

POR LA TARDE, la fuerte brisa se convirtió en la tormenta que temía. Tuvo que arriar la vela por completo, ya que de lo contrario el viento empujaría el borde delantero de la balsa hacia cada ola hasta que casi volcara. Para estar segura, también plegó el mástil. Revisó el anclaje de la mochila y luego usó unas cuantas enredaderas para atarse a la balsa. Para hacer esto, se acostó boca arriba después de colocar la

colchoneta debajo. De todos modos, hasta que el viento amainara, la balsa no iba a progresar.

Colocó enredaderas alrededor de cada uno de sus tobillos. Las enredaderas se enroscaron y la aseguraron a las vigas de su embarcación. Luego repitió el procedimiento en sus brazos. Desde arriba, debía parecer que alguien la crucificó en la balsa. Tiró de un brazo. Al principio, la enredadera se resistió pero cuando tiró con todas sus fuerzas, pudo soltar la mano. Así era como se suponía que debía ser. Mientras la tormenta y las olas desgastaban sus energías sobre la balsa, ella reservaría fuerzas.

Sin embargo, el plan no funcionó a la perfección. Los puntos débiles eran sus manos y pies, que la tormenta arrastraba repetidamente por la madera de la balsa. Eva tenía la piel inflamada y no pasó mucho tiempo antes de que sufriera las primeras abrasiones. Pero la balsa misma resistía. Las olas pasaban por encima de vez en cuando pero no tenía problemas con ellas gracias a sus branquias. Al menos no estaba sudando.

En algún momento, cuando el sol estaba justo sobre el horizonte, Eva se durmió.

ADÁN NO HABÍA DORMIDO TAN BIEN EN MUCHO TIEMPO. Al despertar, sintió un dolor en la espalda porque no podía estirarse en el cascarón. El cuenco que le había servido en la noche estaba vacío. También necesitaba orinar con urgencia pero no quería hacer sus necesidades en su refugio improvisado. La pregunta más importante era, ¿dónde estaba el monstruo? Había dormido tan bien que desconocía si había regresado.

Con cuidado, levantó la tapa del cascarón y miró hacia afuera. El monstruo volador no estaba a la vista, pero solo podía atisbar poco menos de la mitad del nido. Tenía que salir. Lentamente y con el mayor sigilo posible, salió por la abertura. Afuera había una brisa fresca y podía ver nubes en el cielo. Parecían anunciar lluvia y un aguacero le vendría tan bien como una ducha.

Se arrastró alrededor del huevo y se atrevió a echar un vistazo detrás de él. Mierda. Allí estaba el monstruo, con el pico sobre el pecho y las alas plegadas alrededor del cuerpo. Tal vez estaba dormido pero el ojo sobre el pico estaba abierto. ¿Tal vez ni siquiera podía cerrarlo? En cualquier caso, debía permanecer fuera de su vista y no provocar ninguna perturbación.

Adán volvió a ocultarse detrás del huevo. Estaba desesperado por orinar. ¿A dónde dirigir su chorro de orina para que hiciera el menor ruido posible? Encontró un lugar donde el piso del nido estaba lo suficientemente separado como para poder ver a través de él. Adán se arrodilló, se desabrochó los pantalones y orinó en las ramitas desde una corta distancia. La orina se filtró. Muy bien. Se limpió las manos en los pantalones.

A continuación, necesitaba beber algo. Se arrastró hasta su huevo y sacó el cascarón. Luego buscó el huevo del competidor y colocó su "vaso" debajo. El suelo estaba mojado. Sacó el tapón de musgo del agujero. El musgo también estaba húmedo. Mierda. Aparentemente, su tapón no había sellado bien el agujero pero el huevo no parecía estar completamente vacío. La gelatina fluyó con mayor lentitud que ayer, pero terminó por llenar el cascarón. Calculó que debería ser suficiente para el día. Podría aguantar un tiempo sin comida. De todos modos, hoy era el gran día.

Adán metió el tapón en el agujero, esta vez prestó mayor atención. Debía tener cuidado con su cuenco recién rellenado. Lo equilibró en su mano derecha mientras se arrastraba de regreso a su refugio sobre sus rodillas y su mano izquierda. Para levantarse, se apoyó en la pared exterior con la mano izquierda y maniobró para meter el cascarón lleno a su escondite.

En ese momento escuchó y percibió un fuerte tamborileo proveniente del huevo sin eclosionar. El nido se meció de un lado a otro porque el monstruo había despertado. La madre quería ver qué le pasaba al huevo, que daba por suyo, pero no había puesto ella. Adán saltó de nuevo a su huevo. Lo hizo con tanto impulso que un pie aterrizó en el borde del cuenco con líquido. El recipiente volcó y el jugo se derramó. Se cubrió la boca para no maldecir.

El monstruo debió detenerse porque el nido ya no se movía. Adán se atrevió a echar un vistazo. La bestia había envuelto sus alas alrededor del huevo y descansaba su cabeza en la parte superior, lo que Adán encontraba tierno. ¡Si la madre supiera lo que le habían endosado, la descendencia del ladrón de nidos! Pero efectivamente, el ocupante del huevo se calmó. El tamborileo se detuvo y finalmente el monstruo aflojó su abrazo. Marchó de regreso al borde del nido. Adán escuchó el batir de las alas cuando el monstruo emprendió un viaje de caza.

Miró el cuenco. Solo contenía una pequeña cantidad de líquido. Debió haber bebido antes, pero quiso guardarlo. ¡Qué estúpido! Ahora tenía que volver al huevo para conseguir más. Con suerte, todavía contendría suficiente gelatina. Se preguntó si el fuerte tamborileo estaba relacionado con su saqueo. ¿Qué pasaría si el habitante del huevo se quedara sin sangre por su culpa?

«Eres tú o yo, querido». Adán acarició el cascarón liso y fresco. Deslizó el recipiente de recolección debajo del huevo y sacó el tapón. El líquido salió en un chorrito que se agotó después de un rato. Esta vez el cascarón se llenó solo hasta la mitad.

¡Entonces sucedió! El tamborileo comenzó de nuevo, más fuerte que antes. Afortunadamente, el monstruo ya no estaba presente. Adán recogió su recipiente y retrocedió unos pasos, observando atentamente el gran huevo mientras bebía de su tazón. Se estaba formando una grieta, comenzando en la parte inferior, donde había perforado el agujero, y avanzando poco a poco hacia la parte superior, como si alguien estuviera dibujando una línea recta en el cascarón.

El tamborileo se detuvo. ¿Era todo? Adán escudriñó el horizonte en busca del monstruo pero parecía estar fuera de alcance. ¡Zas! Algo martilleó el interior del huevo y Adán vio que se formaba una prominencia en el cascarón. Se niveló por sí sola. ¡Zas! El siguiente golpe. Esta vez vio la abolladura que se formaba justo en la fisura. Volvió a desaparecer, pero el espacio se ensanchó hasta convertirse en una grieta en el punto de impacto.

Allí. El siguiente impacto, en una fisura cada vez más amplia. Poco a poco, el huevo se abría, siendo desgarrado con rápidas estocadas desde el interior. La criatura que habitaba dentro parecía ser un peligroso oponente. Adán imaginó el hocico del cocodrilo ladrón de

nidos y la poderosa lengua que había hecho retroceder al monstruo volador. ¿Sería esta la herramienta que usaba la cría para liberarse del huevo?

Adán sabía que debía tener cuidado. Se paró detrás del cascarón vacío que hasta ahora había servido como su vivienda y sacó el arma de su bolsillo, preguntándose si funcionaría con este oponente. Lamentó no haber revisado sus rutas de escape pero ya era demasiado tarde. Solo esperaba que los girasoles de Marchenko hubieran crecido según las expectativas.

La grieta ahora era tan ancha que la cría podía liberarse de su huevo. Una garra oponible empujó desde el interior, se abrió paso, asió el cascarón y rompió otro pedazo. Una segunda garra apareció del otro lado. Ambas comenzaron a agrandar la abertura y, poco después, una nueva vida se estrelló en el fondo del nido.

«El milagro de la vida, sí, sí. Eres el milagro más feo que he visto». La cría era la viva imagen del depredador del nido. Se incorporó sobre sus patas traseras, que estaban adornadas con impresionantes garras dobles. Dudó por un momento, luego comenzó a moverse. El bastardo venía hacia él. ¿Lo había visto? Hasta ahora había creído que la fauna local solo respondía al olor. Seguro que sí. Apestaba, hedía a sudor humano, sangre y orina. No, ya no a sangre, gracias a la gelatina. Pero aparentemente el sudor y la orina eran suficientes para atraer al animal.

Chasqueaba su lengua, el bebé ya sabía cómo usarla como un látigo. Golpeó el cascarón detrás del que se escondía y destrozó la parte superior. Mierda. Ahora estaban cara a cara. ¿Dónde estaban los ojos de ese hijo de puta? Adán levantó el arma, pero antes de que pudiera apuntar, la lengua de la criatura se estrelló en la base del cascarón detrás del cual estaba. El impacto lo lanzó hacia atrás un par de metros. Solo el borde del nido lo salvó.

«Casi me sacas del nido, hijo de puta». Adán se levantó, apuntó al animal y apretó el gatillo. El arma simplemente silbo. ¡Mierda! El objetivo debía estar demasiado lejos. Tenía que acercarse, pero si la lengua volvía a impactarlo, probablemente sería su final: saldría volando sobre el borde del nido hacia las profundidades. Tampoco quedaba algo que pudiera cubrirlo. Adán avanzó lenta y cautelosamente hacia la nueva cría. ¿Quizás solo respondía a movimientos rápidos?

Era una falsa esperanza, porque la lengua salió disparada de su boca, golpeándolo en el estómago. Adán gimió. Podía verse a sí mismo volando por el aire, pero la cosa no quería deshacerse de él, ¡quería comérselo! ¿O por qué lo estaba acercando? Pero eso era un error. «Todos cometemos errores, lerdo». Ahora Adán no tenía que apuntar. Accionó el arma y una descarga eléctrica recorrió el cuerpo de la

bestia. Pero su disparo no fue tan inteligente. Adán tuvo el tiempo justo para darse cuenta del problema: la maldita cosa lo tenía asido e iba a ser alcanzado con la descarga de su propio Taser. Perdió el conocimiento.

•

UNA GARRA SE POSÓ EN SU PECHO. Su punta había atravesado su ropa. Mierda, ¿lo había atrapado la bestia? Imaginó la cuchilla ósea perforando su cuerpo y clavándolo en el suelo del nido. No sentía el dolor increíble que lo acompañaba porque estaba en estado de shock.

Adán apartó la garra y esta cayó al suelo con un ruido sordo. Palpó su pecho y descubrió que no había ningún agujero. También podía mover las piernas. Las retrajo y se enderezó. Estaba ileso. ¿Cuánto tiempo había estado inconsciente? Seguramente el monstruo estaba a punto de regresar. Miró su dispositivo multifunción y se dio cuenta que solo había pasado media hora. Eso debía darle más tiempo. El monstruo siempre se ausentaba por más de una hora.

«¡Levántate, vamos!» Con suerte, el plan del girasol había funcionado. Se apoyó en el cuerpo del recién nacido, con suerte muerto. Su vientre, cubierto de cuero macizo, estaba frío y tan blando que le hizo una profunda deformación. Adán esperó un momento para ver si podía percibir un latido. Nada. Pero no debía confiarse. La criatura era tan grande que el arma solo la había aturdido. Él mismo seguía vivo. ¿Cómo podría saber si una criatura alienígena estaba realmente muerta? Puede que ni siquiera tuviera un corazón que bombeara sangre a través de su cuerpo.

Pero tenía que respirar. Examinó al animal. De cerca, no parecía tan feo, tal vez porque solo veía una parte de la criatura a la vez, no la aterradora combinación de características incompatibles. El hocico, por ejemplo, podría haber pertenecido a un cocodrilo. Tocó con cuidado uno de los dientes. Estaban enormemente afilados. Luego exploró la cabeza. No había nariz. El ojo, que estaba sobre la boca carecía de párpado. Adán retrocedió. ¡Uy! ¡La pupila siguió sus movimientos! Aparentemente no estaba muerto. Pero podría haber sido un reflejo.

Se obligó a continuar con el examen. A los lados de su cabeza, la criatura tenía dos conchas flexibles que parecían orejuelas. En el centro de cada una había un agujero tan ancho como su pulgar. Metió un dedo dentro de uno pero era más profundo que su dedo índice. ¿Acaso no era sorda la fauna de este mundo? ¿Sería este el órgano que la criatura usaba para aspirar aire? Se humedeció la palma de la mano con saliva y la sostuvo sobre el agujero en medio de las orejas. No había corriente de aire.

Mmm. Circunstancial, pero no concluyente, y no tenía tiempo de seguir investigando. Por ahora el animal no se movía. Eso era lo importante y tendría que aprovecharlo. Adán se dirigió al borde del nido. ¿Dónde estaba su ruta de escape? Se asomó. Debajo de él había unos 30 metros de espacio. Mierda.

Metió los pies entre unas ramas y se deslizó un poco más hasta que vio el tronco. ¡Había un girasol! En realidad había tres o cuatro de ellos. Todas las semillas debían haber caído cerca del tronco, y las plantas estaban apoyadas en el árbol como si buscaran ayuda. Tal vez necesitaban al árbol para estabilizarse. Los girasoles no solían crecer 30 metros, la distancia que había desde el suelo hasta la hoja superior.

Adán respiró hondo. Estaba a punto de culminar sus planes. Eso también era un éxito, aun sí no sobrevivía. Las hojas de los girasoles medían un metro o más de ancho y formaban un ángulo en el tallo. Si de alguna manera lograba saltar sobre la hoja superior, solo necesitaría deslizarse lentamente al interior hasta llegar al tallo. Desde allí podría llegar a la siguiente hoja. Había solo una diferencia de altura de tres a cuatro metros entre cada hoja. Esa era una caída bastante seria, existía la posibilidad de romperse una pierna o dos. No, no era posible, una fractura de pierna era más que probable. Apenas podría elovitar.

Pero al menos debería sobrevivir a ese descenso, mientras que allí arriba, en el nido, sus horas estaban contadas. O el monstruo regresaba y encontraba a su bebé cuco muerto, o el bebé seguía vivo, se despertaba de su inconsciencia y lo perseguía nuevamente. La muerte más rápida probablemente acontecería en el escenario del monstruo y el bebé muerto. Después de todo, no quedaría nadie a quien alimentar.

Ese era quizá el escenario más probable, porque parecía imposible llegar a la hoja superior del girasol. Desde el borde del nido hasta la primera hoja tendría que descender unos 30 metros. El tronco era inalcanzable desde aquí. Moriría. Lo mejor que podía hacer era saltar directamente hacia abajo. Al menos así no tendría que sufrir por mucho tiempo.

Eres tan fatalista, diría Eva si estuviera aquí. Esto no se acaba hasta que se acaba. Y él se burlaría de ella por usar uno de los dichos de su colección de viejos adagios.

Extrañaba a Eva...

¡Necesitaba una cuerda! Si de alguna manera pudiera sujetarla al borde del nido, tendría que tener unos 45 metros de longitud para poder cubrir la distancia hasta los balanceantes girasoles. ¡Casi 50 metros de cuerda! ¿Cómo la conseguiría aquí?

Palpó el nido. No podía usar las escuálidas ramas que componían la mayor parte para tejer una cuerda, ni tenía suficiente ropa para una

alternativa. Las hojas que servían de techo también eran demasiado delgadas. Cruzó el nido hasta que se encontró con el mini monstruo muerto. Su piel era correosa. Si la despegaba, el material podría servir como cuerda. Pero para unos 50 metros, necesitaría diez de estas criaturas, o una madre monstruo muerta. Si el ladrón de nidos volviera a aparecer, tal vez para revisar a su hijo cuco, y lograra vencerlo...

«Sueña, Adán». Necesitaba una solución realista. ¡Y rápido!

—¿Tienes alguna idea, amigo?

Ahora hablaba con los muertos. Afortunadamente, el bebé monstruo no respondió. Le acarició la cabeza y le hizo cosquillas en el cuello. De repente abrió la boca.

—Mierda, ¿qué carajo? —gritó, retrocediendo un metro de un solo salto.

El animal al que había finiquitado yacía inmóvil, como si nada hubiera sucedido. Solo sus fauces estaban abiertas de par en par. ¿Otro reflejo?

No, una respuesta. Se le ocurrió una idea. ¡El diente! Los había admirado antes. Adán se puso en cuclillas junto al hocico. No estaba exento de riesgos porque su nuevo plan comenzaba rompiendo algunos de los dientes de su víctima, sin duda una excelente prueba para ver si quedaba algo de vida en ella. ¡Pero era su única oportunidad! Asió la boca del monstruo a la mitad de la fila de dientes. La primera vez, resbaló y se cortó la mano. Parte de su sangre goteó en la boca de la cría. «Genial, ahora le daré apetito».

La segunda vez, usó una gruesa hoja para protegerse. Presionó con todas sus fuerzas hasta que escuchó un chasquido. ¡Ja! Abrió la hoja. Dentro había un triángulo blanco con un borde filoso. Para mayor seguridad, rompió tres dientes más. Tuvo que darse por vencido con el quinto porque se le resbalaba. La boca del monstruo estaba bastante húmeda. Tenía que ser saliva. Tal vez la gota de sangre le había abierto el apetito.

Cuatro bordes afilados deberían ser suficientes. Corrió hasta el centro del nido y removió las ramas superiores con las manos. Luego aparecieron las ramas más gruesas. Colocó uno de los dientes afilados y aserró. El filo se hundió en la madera como si esta fuera mantequilla. Estos no eran dientes, eran armas. Tuvo suerte de que su dueño no hubiera cerrado el hocico cuando tenía la mano dentro. ¡Y había temido las garras oponibles! La evolución tuvo que idear algo nuevo para un enemigo que podía exhalar fuego.

Adán estaba haciendo un buen progreso. Después de diez minutos ya podía ver claramente el hermoso verde de las hojas de girasol. Siguió aserrando. Los restos de las ramitas salían volando del agujero que había cavado. Era una pena que tuviera que darse tanta prisa.

Probablemente tenía aquí una muestra transversal perfecta de la vegetación de este planeta. Con solo mirar la variedad de formas de las ramas podía ver cuán diversa tenía que ser. Estaba seguro de que solo se habían encontrado con una fracción de las especies en su trayecto hacia aquí.

«¡Vamos! ¡Vamos!» Debía tener un aspecto terrible. Cuando se secó el sudor de la frente, tenía sangre en la mano. Algunas ramas tenían agujas o espinas que arañaban su piel. De vez en cuando se encontraba con ramitas que se enredaban alrededor de sus brazos. La primera vez se estremeció al sospechar que había una serpiente en el nido, pero era solo la enorme tensión interna de las ramitas. Probablemente pertenecían a varias plantas trepadoras. Al confeccionar el nido, su constructor parecía haberlas usado como pegamento porque conectaban ramas más grandes. Si una lograra envolverse alrededor de su brazo, tendría que cortarla con un diente.

Una vez más el nido se inclinó. Mierda. El material debajo de él no tenía más de cinco centímetros de espesor. Adán miró a su alrededor con cautela, pero ya estaba tan metido en el nido que no podía ver nada. Al menos estaba un poco camuflado. Probablemente el monstruo ya estaba posado en el borde pero por lo general no se quedaba allí. Seguramente querría entregar la presa a su descendencia.

Adán cortó más rápido. Demasiado rápido. Alcanzó el dedo medio de la mano izquierda. Mierda. El diente enganchó el hueso del dedo justo después del lecho ungueal y penetró profundamente en la articulación. Adán le dio un rápido tirón, pero la falange seguía unida. No iba a perderla. «Sigue adelante. Solo unas pocas ramas más, y luego...»

Los pasos se acercaban. Adán no podía oírlos, pero podía percibir el movimiento del nido. El monstruo se acercaba pero no tomaba la ruta directa. Ambos huevos estaban a medio camino del borde este hacia el centro. Ese era el destino del monstruo, al que debía haber llegado.

Se quedó quieto. Adán contuvo la respiración. En otro mundo, ahora escucharía el grito de dolor de la madre a la que le habían arrebatado dos hijos. El monstruo no podía saber lo que había sucedido. Debía haber encontrado al bebé monstruo inmóvil. Adán se preguntó si notaría que no se parecía a sí mismo.

¿Cuál podría ser la estrategia del cuco? El depredador del nido recién nacido parecía maduro. Quizás estas crías no solían esperar a que el dueño del nido regresara, sino que simplemente cavaban en el suelo con sus afilados dientes y bajaban por el tronco con sus garras oponibles, después de comerse a las crías del auténtico monstruo como desayuno.

El nido comenzó a moverse de nuevo, pero no era el temblor regular que tenía lugar cuando el monstruo caminaba por el nido. Adán sintió un balanceo rítmico, acompañado por el batir de las alas. Le hizo sentir un poco de náuseas. ¿Qué estaba pasando? Levantó la vista por un instante al escuchar un sonido espeluznante. En ese momento, un jirón de algo chorreante voló hasta el agujero donde se encontraba y se enganchó en una rama. Era un pedazo de piel. El fragmento oscilaba al compás de los movimientos del nido. La carne del bebé monstruo colgaba de él.

«¡El jefe debe haberte identificado, amigo!» Ahora estaba fuera de sí de rabia, desmenuzando con el pico a la cría del cuco. Probablemente creía que fue él quien mató a su descendencia. Adán se sintió culpable. Pero eso era una sandez. Si no hubiera sido secuestrado y traído aquí, el pequeño cuco probablemente habría cometido exactamente el acto por el que ahora estaba siendo castigado por el dueño del nido.

Adán continuó cortando. Casi había terminado. La ruta de escape estaba justo frente a él. De repente se detuvo. Los movimientos del pico habían cesado y el nido estaba quieto. Ya se había quedado inmóvil mientras él seguía cortando las ramas. Eso solo podía significar una cosa: el monstruo ahora sabía que alguien más estaba aquí. Le tomó unos segundos deducirlo pero ahora comenzó a moverse. ¡Esfuerzo final! Usó ambas manos para cortar las últimas ramas. El hueso del dedo medio recibió un tirón cuando se enganchó en una espina. «No importa». A Adán no le importó el dolor, simplemente liberó su mano. Escapar era su única oportunidad.

«¡Ahora! ¡Continúa! ¡Desciende!» Las últimas ramas se rompieron bajo el peso de su cuerpo. Adán cayó algunos metros. Levantó los brazos para protegerse la cabeza, se llevó las piernas al abdomen y se estrelló en la hoja superior del girasol, que se dobló hacia afuera bajo su peso. Adán trató de asirse, pero la hoja estaba demasiado resbaladiza. Si se doblaba demasiado, se precipitaría 30 metros hacia la muerte. La hoja desaceleró. Sus células se negaban a curvarse, tratando de enderezar la hoja hacia el sol, y llevando consigo a Adán.

La hoja se elevó de nuevo, y una vez más, resbalaba. Pero eso era bueno porque ahora se deslizaba en la dirección correcta. Su mirada se volvió hacia arriba. Allí. Un enorme pico asomó por el agujero que había dejado atrás. El monstruo había descubierto su lugar de escape. Intentó meter la cabeza, pero la abertura era demasiado pequeña. Picoteó una y otra vez para atrapar al fugitivo, pero la construcción del nido era demasiado fuerte para sus dientes.

Adán se aferró al tallo del girasol. Estaba densamente cubierto de vellos que casi parecía piel.

—¡Y bien, imbécil! —gritó—. ¡Te engañé!

Por supuesto, el monstruo no podía oírlo. Metió su pico dentro del agujero. Ahora Adán podía ver el ojo por encima de su pico, pero había otro metro o dos de distancia de seguridad. El agujero en el nido era demasiado estrecho por lo que el monstruo no podría seguirlo. Pero abrió el pico y Adán se dio cuenta de su error. Mierda, los dientes de este monstruo no eran tan afilados como los del bebé cuco, ¡pero la maldita cosa podía escupir fuego!

Miró hacia abajo. La siguiente hoja estaba a una distancia de salto. Tenía dos, tal vez tres metros, y la hoja era considerablemente más pequeña que aquella en la que ahora se encontraba. Tenía que concentrarse para caer cerca del tronco. Algo rugió detrás de él. Una ráfaga de fuego lo alcanzaría en cualquier momento.

Adán saltó. La parte posterior de su cabeza golpeó el borde de la hoja de la que había saltado, causando un dolor fugaz. En ese momento, llegó a la siguiente hoja. A pesar de que aterrizó con las rodillas dobladas, un dolorcillo en la pierna derecha le indico que seguramente se había desgarrado algunas fibras musculares. Rápidamente levantó la vista. ¿Hacia dónde apuntaba el monstruo? Olía a vegetación quemada y esperaba que el girasol retuviera demasiada humedad como para incendiarse.

El monstruo no se había rendido. Una vez más, su horrendo pico se abrió. Adán buscó la siguiente hoja, que estaba a su derecha. Las hojas parecían formar una escalera, su propia escalera de escape. «Gracias, Marchenko, por jugar a ser Dios». Pero era demasiado pronto para agradecer, comprendió Adán, cuando ardientes gotas cayeron sobre su hombro. ¿Qué era eso? Un torrente de líquido salpicó a su lado. Aterrizó en la hoja hacia la que se dirigía, casi al mismo tiempo que él. Ciertamente no era agua. Columnas de humo aparecieron donde cayó el fluido. ¡Ese maldito monstruo le estaba escupiendo ácido!

No, peor que eso. Era lo suficientemente inteligente como para no apuntarle a él. ¡Estaba apuntando a la hoja! Ya se estaba inclinando hacia afuera. Adán tenía que saltar sin poder apuntar con precisión. Simplemente saltó, hacia la derecha, como si otra hoja lo estuviera esperando. No tendría suerte si el girasol no hubiera formado sus hojas simétricamente. Por suerte, el verde vino a su encuentro. Adán se acurrucó instintivamente como un doble de cine para rodar hacia el tronco. Ni siquiera sabía que podía hacer eso.

Esta vez no volteó a ver qué estaba haciendo el monstruo. Apenas se detuvo para buscar la hoja más cercana y saltó. Se golpeó el brazo izquierdo –pobre cuerpo maltratado– pero no había tiempo para la autocompasión. Adán llegó al tronco, buscó su próximo objetivo y saltó de nuevo.

Uf. Ahora debía haber puesto 30 metros o más entre él y el monstruo. Ya no podía verlo. Una hoja en el estrato superior tenía un

gran agujero por el que goteaba una sustancia translúcida por lo que tendría que tener cuidado cuando llegara a ese lado. Adán se acercó al borde de la hoja y miró hacia abajo. El suelo estaba mucho más cerca. Al mirar entre dos hojas, vio la playa. Estaba negra, como en todas partes donde la había visto en este planeta, pero las olas rompían tranquilamente hacia la orilla, dándole una sensación momentánea de calma.

Aun así, era demasiado pronto para relajarse. Todo le dolía y lo único que tenía era lo que llevaba puesto. Al menos todavía tenía el arma... La buscó, ¡oh, mierda! El bolsillo de su pantalón estaba vacío. El Taser debía haberse caído durante uno de sus saltos o maniobras de aterrizaje rodante. Que maldito fastidio. Ya ni siquiera tenía el arma.

¡Ay! Dos de los dientes afilados estaban en el bolsillo. Era un milagro que no le hubieran "mordido" el muslo en el descenso. Si encontraba un palo resistente y se los adjuntaba, al menos podría usarlos para defenderse de adversarios más pequeños.

Una cosa a la vez. Tal vez el monstruo ya había sacado la cabeza del agujero y ahora se dirigía a matarlo. Debía ponerse en camino lo antes posible.

DIEZ MINUTOS DESPUÉS, se dejó caer. Por fin ponía un pie en el suelo suave y cálido. Lo besó y escupió la arena de sus labios. Estúpidas ideas románticas. Adán se tambaleó hacia el mar. Su piel estaba lacerada en muchos lugares. Tenía dolor en la cadera y probablemente un esguince en la muñeca izquierda. El antebrazo también podría estar fracturado viendo lo inflamado que estaba. Sintió que el pulso latía en él, pero extrañamente, sentía muy poco dolor.

Le ardía el hombro derecho. Se habían formado tres grandes ampollas donde el ácido había salpicado. Su dedo medio izquierdo estaba torcido, pero al menos el sangrado se había detenido. Afortunadamente. Su pobre cuerpo se estaba quedando sin líquido para sangrar, y como resultado estaba bastante débil.

Adán se arrodilló en la cálida arena y se inclinó para conseguir agua. Esperó la siguiente ola y bebió de ella. El agua sabía a ciénaga y lodo pero sació su sed.

Adán se tumbó de espaldas. El nido estaba muy por encima de él. No había ni rastro del monstruo. ¿Había renunciado a la persecución? No lo creía. Si alguien hubiera matado a sus dos hijos, perseguiría al asesino hasta los confines del universo.

Pero el monstruo tenía que ser diferente. No era un monstruo, por supuesto, sino simplemente un animal. Defendía su nido de los intrusos y cazaba para que él y sus hijos pudieran sobrevivir. Ir tras

algo que ya no representaba una amenaza no era eficiente y la evolución castigaba la falta de eficiencia con la extinción. Para el monstruo no era una cuestión personal.

Para Adán sí.

El horizonte en el este se pintaba de rojo cuando Eva se despertó. Las olas se habían reducido a su altura normal. Liberó sus brazos y piernas. Hacerlo dolía debido a las abrasiones, pero las enredaderas cedieron obedientemente. Las recogió todas y las puso de nuevo en su bolso. La mochila seguía en su sitio. Sacó la vela, levantó el mástil y volvió a colgarla.

Solo entonces se ocupó de sí misma. Examinó sus heridas. Sus ubicaciones en muñecas y tobillos recordaban a una víctima de crucifixión. Rio y se sobresaltó por su voz, que sonaba bastante ronca. La ubicación de sus heridas se debía a una coincidencia. No disponía de un cinturón de seguridad con el que anclarse a la balsa.

Era hora de desayunar pero primero tenía que inspeccionar su entorno. Recorrió el perímetro de la balsa. Primero caminó dos metros hacia el norte. Los árboles no parecían más cercanos, algo que esperaba. Luego, un metro y medio al este. Le dolía la cadera, pero se le pasaría. Dos metros al sur. Se sentía bien volver a moverse en una posición erguida. Se estiró, sacó el pecho y metió el trasero. Un metro y medio al oeste.

El mar estaba en calma. Iba a ser un día caluroso. Debía vestirse.

Para su sorpresa, la mochila era impermeable. Su ropa interior, pantalones y camiseta permanecían secos. Se puso la ropa. Mientras se acomodaba los pantalones, sintió el peso del arma en su bolsillo. ¿La necesitaría? Estuvo a punto de ponerla en la mochila pero cambió de opinión. Si tan solo hubiera reaccionado lo suficientemente rápido ante el secuestro de Adán... Tonterías, la criatura era enorme. Apenas iba a sentir molestias con un Taser. Probablemente se habría enfadado, y eso lo habría hecho aún más feroz. Pero era probable que hubiera otros peligros en este planeta.

Eva sacó un fragmento de un filete de dientes de carroña y se sentó en la balsa con las piernas cruzadas. Quería disfrutar de su desayuno. El día no prometía más variedad.

¿O sí?

Algo volvió a moverse en la estructura en la cima del árbol. La colosal bestia extendió sus alas pero esta vez no se elevó hacia el cielo. Volaba hacia el sur. Justo hacia ella.

«No te tomes tan en serio, Eva». Seguro que la balsa solo estaba en el camino de la bestia voladora. Pasaría sobre ella a gran altura para atacar a sus presas en algún lugar en tierra firme. Pero ¿no sería tonto desdeñar el bocado que ofrece la casualidad? Ella no era apetitosa, simplemente era conveniente. Si Eva fuera un pájaro primitivo en camino a su coto de caza habitual, investigaría una cáscara de nuez en

el mar.

Buscó a tientas el arma, que estaba tibia por el calor de su cuerpo. El dispositivo multifunción aún no tenía conexión con Marchenko. Simplemente estaba demasiado lejos, por debajo del horizonte. A menos que, por alguna casualidad, el transbordador pasara sobre su cabeza... Pero no había ningún transbordador a la vista, solo la bestia alada, manteniendo su curso inquebrantable.

DESAFORTUNADAMENTE, después de diez minutos no había cambiado mucho, excepto que solo había unos mil metros entre ella y el monstruo alado. Se acomodó la mochila. Si el gigantesco pájaro la alcanzaba con sus garras, al menos no la lastimaría en el proceso. Las garras no notarían la diferencia entre una persona y una mochila.

¿O debería arrojarse al mar? Eso solo sería posible sin la mochila. Recordó las garras apoderándose del pez. Eso había sucedido en aguas poco profundas, pero ¿cómo podía saber a qué profundidad podía sumergirse la bestia? Si no la atrapaba a ella, al menos atraparía la balsa. En el peor de los casos, estaría sola en el mar, sin balsa ni mochila y a demasiados kilómetros de la isla más cercana.

No, se quedaría en la balsa. Eva se arrodilló, inclinó la cabeza y arqueó la espalda para levantar la mochila y proteger su cuerpo. Un rugido vino de adelante. Miró los troncos de la balsa. Empezó a sudar ansiosa, y de repente estaba en el aire. La bestia no había hecho ningún sonido cuando apresó su mochila. Ella colgaba de las correas como un insecto que se retuerce, con la esperanza de que aguantaran. Alas coriáceas batían a su izquierda y derecha.

De repente, la bestia se elevó en espiral. ¿No se le podría haber ocurrido esta idea mucho antes? ¿O simplemente quería dejarla caer desde una gran altura? No, eso era una tontería. Estaba gastando energía tratando de transportarla, por lo que necesitaba comerla para generar nueva energía. Tal era la lógica de la naturaleza.

¿Cómo de alto la habría llevado el monstruo ahora? Posiblemente 1.500, 2.000 metros. Eva podía ver la costa del mar. De ahí era de donde había venido. En el campamento, Marchenko estaba esperando saber de ella. ¡Ja! Llevó la muñeca con el dispositivo multifunción frente a su boca y activó el enlace de radio.

—Marchenko, adelante.

—Eva, ¿eres tú? Estoy tan feliz...

—¡Espera! ¡Escucha! Probablemente me encontrarás en medio del océano, en el nido de una bestia voladora, en lo alto de un árbol enorme. Tienes que ir al norte. Es lo único que sé.

—¿Qué te pasa? Pareces confundida.

—Recuerda lo que dije. La conexión está a punto de interrumpirse.

No hubo respuesta. El monstruoso pájaro descendía abruptamente. El viento azotaba la cara de Eva. A una velocidad vertiginosa, se acercaban a la superficie. ¡Allí estaba la isla! La bestia debía querer llevarla a su nido. Ahora lo vio. ¡Estaba tan alto! Desde ahí, le sería imposible volver al suelo.

¿Qué era eso? Los gritos venían de abajo. Ninguna fauna de este planeta hacía tales sonidos.

¿Sería Adán?

La isla era condenadamente pequeña y parecía que no había manera de escapar de ella. Adán ya la había recorrido a fondo tres veces. Aunque siempre se mantuvo en las sombras para que el monstruo no lo viera, nunca le tomó más de 15 minutos recorrer el perímetro. Escudriñó el horizonte en todas direcciones. Nada. No iba a lanzarse a nadar por una corazonada.

Pero algo parecía estar sucediendo en el sur, descendiendo desde una gran altura. Solo podía ser el monstruo, dirigiéndose a su isla natal. Adán se escondió en los arbustos cerca de la orilla y observó. Pronto se dio cuenta de que el monstruo debía llevar una nueva presa, que se retorcía en sus garras. Adán contó cuatro patas. Las traseras eran un poco más largas que las delanteras. En su espalda, la presa portaba un grueso caparazón.

Mierda. El 'caparazón' era una mochila, ¡y la presa era su hermana!

¿El monstruo la llevaba a su nido para comérsela, o iba a jugar un poco con ella primero? Habían sido un par de días frustrantes y seguro necesitaba algo para desahogar su ira.

¡No con Eva! ¡No lo permitiría! Adán salió de entre los arbustos, se hizo lo más alto posible y agitó ambos brazos. ¡Funcionó! El monstruo cambió de rumbo: ya no se dirigía al nido sino a la orilla de la playa. Un segundo plato para el desayuno. ¿Cómo evitarlo? Buscó el arma. ¡Mierda, había desaparecido! Había montado los dos dientes en un garrote, pero resultaría inútil contra esta bestia. Aun así, lo agitó amenazadoramente.

El monstruo abrió su pico. Oh, oh. Debía haberlo reconocido. Ya no era comida, era un enemigo, y este animal combatía a sus enemigos con fuego y ácido. Adán saltó al arbusto más cercano pero no se detuvo allí, siguió abriéndose camino. No podía hacer nada contra las armas de este animal, pero hasta ahora no había ningún chorro de fuego. Batiendo sus alas violentamente, el monstruo planeaba en el aire, girando lentamente sobre su eje. Lo estaba buscando, presumiblemente por su olor. Adán observaba, recostado en la vegetación.

De repente, Eva se desprendió. Debió haberse liberado de las correas de la mochila. Sería una caída de unos 40 metros a la superficie del agua. El monstruo no notó nada al principio, porque todavía apretaba la mochila en sus garras.

Pero Eva logró girar en pleno vuelo. Adán la vio estirar el brazo derecho. ¿Qué era lo que tenía en su mano? ¿Su arma? El monstruo comenzó a agitarse. Se inclinó hacia un lado. Su ala derecha parecía no tener fuerzas. Eva debió haber tenido suerte al acertar los músculos

críticos con el Taser. El monstruo seguía vivo y consciente, pero le sería imposible luchar contra la gravedad con una sola ala. Cayó en una espiral irregular. Chapoteó y desapareció en el mar.

Adán corrió a la playa. Llegó justo cuando Eva emergía de las olas. Con la ropa empapada, corrió hacia él, blandiendo el arma por encima de su cabeza.

—Le di a la bestia —se regocijaba.

Luego cayeron en los brazos del otro.

—Vuelve a contarme cómo derribaste a la bestia —pidió Ragnor.

Adán sonrió. Al joven Grosnop le gustó más esa parte de la historia. Se sentó detrás de Ragnor en la tercera fila. El transbordador se dirigía al Majestic Draght.

—Esperé hasta que tuve la articulación del hombro de su ala derecha a la vista —dijo Eva—, y luego apreté el gatillo.

—¡Qué inteligente! El arma jamás paralizaría a la bestia si hubieras apuntado a su cuerpo —elogió Ragnor—. Pero de esta manera, afectaste el punto más vulnerable.

—Aunque eso no nos habría ayudado mucho si no hubierais venido en el transbordador —dijo Adán—. El monstruo ya había regresado a la playa y estaba a punto de comenzar a cazarnos nuevamente. Ese Taser solo le habría hecho cosquillas.

—Afortunadamente para ti, Eva tuvo la idea de contactar a Marchenko desde las alturas —dijo Ragnor.

Adán se rascó la barbilla. En esta historia, Eva parecía la heroína que lo decidió todo.

—¿Y qué hay de mi espectacular escape del nido? —preguntó—. ¿No quieres escuchar esa historia otra vez, Ragnor?

—Tengo una pregunta más —dijo Eva.

—¿Cómo logré saltar de hoja en hoja? Eso fue...

—No —interrumpió Eva—, Me pregunto por qué o cómo crecieron los girasoles.

—Solo tuve suerte. Debió haber tierra vegetal cerca del tronco.

—Sin embargo, Marchenko había modificado las semillas para que solo pudieran crecer en presencia de permanganato de potasio, para no poner en peligro la ecología del planeta —dijo Eva.

—Eso es cierto —confirmó Marchenko—. Me temo que cometí un error. La química planetaria todavía es tan joven que mis plantas probablemente pueden encontrar suficiente de lo que necesitan en cualquier lugar.

—¿Podría esto convertirse en un problema en el futuro? —preguntó Eva.

—Esperemos que no —dijo Marchenko.

—Transbordador a Draght. Adelante —dijo Marchenko.

—Draght al transbordador, por favor usad el puerto de

acoplamiento asignado —fue la respuesta en lenguaje humano con una voz que sonaba un tanto robótica.

Numbark y Murnaka no habían regresado a la superficie del planeta. Los Grosnops parecían haber perdido repentinamente todo interés en él.

—Y bien, ¿por qué estamos abortando la misión de manera tan abrupta? —preguntó Adán—. Comenzaba a amistarme con la naturaleza.

Se miró el dedo medio vendado. Su hombro quemado todavía le dolía y tampoco podía mover su muñeca a causa del esguince. No le disgustaba abandonar el planeta. Solo temía la idea de tener que volver a meterse en la cámara de hibernación.

—El planeta no tiene valor para los Grosnops porque no hay suficiente sal en sus mares —explicó Marchenko—. Eso es lo que tanto sus huevos como sus crías necesitan para madurar.

—Podrían salarlos —dijo Adán.

—Se habría necesitado grandes cantidades y habría desequilibrado la vida local. Este planeta solo necesita unos miles de millones de años más para que los océanos se vuelvan salados.

—¿Y tus experimentos? —preguntó Eva.

—Tuvieron éxito —explicó Marchenko—, excepto por ese pequeño error. Pero vosotros mismos visteis lo que pasó con los girasoles.

—Solo me pregunto cuál es tu punto —dijo Eva.

—He probado que la vida terrestre podría establecerse aquí. Es solo un ejemplo, por supuesto, pero respalda mi idea de que la vida puede extenderse a lo largo de varios años luz.

—Una prueba muy débil. La diseñaste genéticamente tú mismo. Eso no fue evolución.

—Sí, Eva. Es circunstancial, eso es todo. Tengo que... No importa. No será el último planeta que visitemos.

—Pero ¿qué quieres, Marchenko?

—Quería... Me resulta difícil de explicar. Creo que estoy buscando a mi creador.

—¿El hombre que nos envió en este viaje?

—No, Eva, hace mucho tiempo que murió. Estoy siguiendo el rastro de la vida. Luego veré adónde me lleva.

Esta tontería estaba poniendo nervioso a Adán. Esperaba no entrar nunca en uno de esos estados de ánimo.

—¿Así que la Tierra es nuestra próxima parada? —preguntó.

Adán tenía un poco de miedo. Solo había conocido a unas pocas personas en su vida, y se suponía que había miles de millones de ellas allí.

—No, Adán —respondió Marchenko—. Recibimos un mensaje que necesitamos atender.

—Ah, ¿otro Marchenko? —preguntó Adán.
—No, viene de un tipo llamado Olom.
—Nunca antes escuché ese nombre.
—Dice que es un hamano.
—¿Un humano?
—No, un hamano —corrigió Marchenko.
—¿En serio? Muy extraño —dijo Adán.
—Exacto. Es por eso que haremos otro pequeño desvío.

La Brahme extendió sus alas. Había captado el rastro oloroso de sus hijos desde lejos, por lo que se saltó el ritual del círculo. Un último y potente aleteo y sus garras se cerraron sobre el borde de su nido. El olor del hambre era fuerte. Tal vez era el clima. Dos alboradas con el viento en calma.

Algo andaba mal. Su aterrizaje habría sido percibido en todo el nido, pero no había señales de sus dos hijos. ¡Estaba tan orgullosa de ellos! Dos hijos de tres huevos, lo que le valió mucho reconocimiento por parte de los ancianos. Por lo general, una Brahme tenía que poner huevos durante diez veranos para conseguir un solo hijo entre ellos.

Por supuesto, la razón era evidente para ella: los hijos no eran productivos. Su única función en la vida era fecundar a las Brahmen. Si nacían demasiados hijos podría haber hambruna. Aun así, era un gran honor poder criar un hijo hasta la madurez.

¿Qué estaba pasando aquí? La Brahme pisoteó el nido para agitarlo. No hubo respuesta. ¿Se debería al ataque de un escalador? Se decía que la isla en la que vivían no tenía escaladores, pero a veces los especímenes solitarios llegaban a la playa nadando. Deseó haber hecho un vuelo de reconocimiento antes de ir a cazar.

La Brahme asintió con su pico. Al hacerlo, se derramó parte de la papilla de pescado que había preparado para sus hijos. Saltó desde el borde al nido y marchó hacia el centro. Era incómodo moverse en dos piernas. Se sentía como uno de los dioses bípedos que, según las leyendas de su pueblo, visitaron su mundo tiempo atrás. Ella no creía en los espíritus, pero ¿quién sabía cómo surgieron realmente esas leyendas?

De repente, algo cayó sobre su espalda. Sintió que un arma puntiaguda se clavaba en su piel coriácea. La Brahme despidió una bocanada de ira. Luego usó su ala derecha para deslizar al atacante al suelo del nido. Por supuesto, era su hijo, el mayor. No hacía nada más que travesuras. Ahora se tiró al suelo en un gesto de sumisión. Ella lo volteó con su pico y le hizo cosquillas en la barriga.

Un aroma de bienvenida anunció a su segundo hijo. Debió tomar parte en esta broma solo para impresionar a su hermano mayor. Él también se sometió. Pero el olor del hambre no parecía ser muy fuerte. La Brahme abrió el pico de su hijo menor y revisó qué había en su buche. Su hijo había vuelto a comer semillas. Los granos eran una pestilencia. Despiden un aroma nutritivo. Si los comías, te saciabas, pero la sensación no duraba. Se decía que los granos eran el alimento de los dioses y que los mortales que los robaran debían morir.

La Brahme usó su lengua para cavar en el buche de su hijo hasta

que lo vació. Luego regurgitó la mitad de la papilla de pescado de su propio buche y se la dio de comer a su hijo. Repitió el procedimiento con su hijo mayor, pero no sin soltar otra nube de olor a enfado. Si permitía que sus hijos comieran los granos, adelgazarían y morirían. No serían los primeros.

Regurgitó el último trozo de papilla de pescado. Luego saltó de regreso al borde del nido. Las plantas que producían los granos estaban por todas partes. Cuando ella salió del cascarón de su propio huevo, no había ni una sola de estas plantas en la isla, pero una sola semilla era suficiente para germinar otra nueva planta.

Debía hablar con los ancianos. Debían controlar esta plaga o los Brahmen se extinguirían.

Nota del autor

Queridos lectores,

Marchenko, Adán y Eva me distrajeron un poco. Soy bastante impotente cuando a mis protagonistas se les mete algo en la cabeza. Pero pensé que el desvío a Épsilon Eridani valía la pena, lo que aumentó mi conocimiento cuando estaba creando la historia, por lo que no es de extrañar que este volumen se haya convertido en el más largo de la serie. Siempre he querido describir un mundo tan joven y rico en vida exótica.

¿Quién dijo que la comunicación siempre tiene que ser mediante sonido? ¿Cómo sería la vida si todos tuviéramos que guiarnos por la nariz en lugar de los ojos? Probablemente mucho más delicioso. La industria de las fragancias sería más importante que la de la confección. Nos vestiríamos para no congelarnos y nos perfumaríamos como dictara la moda. Básicamente, fue una gran coincidencia que la evolución produjera la vida de la forma en que la experimentamos.

En el siguiente volumen de la serie, dejaremos el Majestic Draght y conoceremos a Olom. Vive en un planeta donde todo ser vivo tiene inteligencia. ¿Qué experimentarán allí Marchenko, Adán y Eva?

Podéis solicitar Archivos de Próxima 6 aquí:

hardsf.space/links/2901152

Aparte de eso, lo único que me queda es agradeceros por leer mis libros. Siempre espero vuestra reacción mientras escribo. Si os he hecho feliz, tal vez podríais publicar vuestros pensamientos en forma de una crítica positiva. Las calificaciones con estrellas son inmensamente importantes para que un libro encuentre a sus lectores.

Haced clic aquí:

hardsf.space/links/2569347

Por supuesto y como siempre, podéis solicitar una versión ilustrada de Una Visita guiada a Épsilon Eridani en hardsf.space/suscribir/. ¡Divertíos con ella!

Me despido por ahora, hasta el próximo libro.

Con aprecio sincero.

Brandon Q. Morris

ÉPSILON ERIDANI, o ε Eridani, es una estrella en la constelación de Eridanus del hemisferio sur. Durante algunos años, también llevó el nombre propio Ran. A una distancia de 10,5 años luz del sol, tiene una magnitud aparente de 3,73. Es la tercera estrella o sistema estelar más cercano visible a simple vista.

Eridanus es una de las 48 constelaciones de la astronomía antigua, ya descrita por Ptolomeo en el siglo II d.C. En la mitología griega, era un río que brotaba de las aguas de Acuario. Una leyenda lo asocia con Faetón, el hijo del dios solar, Helios. Un día, cuando Faetón se hizo cargo del carro celeste de su padre, se produjo un desastre. El carro que transportaba al sol tirado por corceles, se salió de control. Se acercó demasiado a la tierra, quemó el norte de África y oscureció la piel de las personas que vivían allí. El enfurecido Zeus mató a Faetón con un rayo. La constelación Eridanus inicialmente estaba destinada a representar el camino que tomaba el carro celestial durante este viaje. Más tarde fue visto como el río en el que cayó muerto Faetón.

Épsilon Eridani puede ser miembro de la 'Asociación estelar de la Osa Mayor', un grupo de estrellas que se trasladan juntas en el espacio a través de la Vía Láctea, lo que sugiere un origen común para estas estrellas en cúmulo abierto. Su vecino más cercano, el sistema estelar binario Luyten 726-8, se acercará bastante a Épsilon Eridani en unos 31.500 años. Para entonces solo estarán separados por 0,93 años luz.

Sus propiedades

A una distancia de 10,5 años luz, Épsilon Eridani es la decimotercera estrella conocida más cercana y la novena estrella individual más cercana al sol. Su proximidad la convierte en una de las estrellas mejor estudiadas de su tipo espectral. Con una declinación de menos 9,46°, Épsilon Eridani puede ser vista desde gran parte de la superficie terrestre en épocas adecuadas del año. Solo más allá de los 80° latitud norte se oculta permanentemente bajo el horizonte. La magnitud aparente de 3,73 dificulta su observación a simple vista desde una zona urbana.

La estrella es ligeramente más pequeña que nuestro sol. Tiene una masa estimada de 0,82 masas solares y un radio de 0,74 radios solares. Su luminosidad es de alrededor de un tercio de la del sol. Su temperatura efectiva estimada es de 5.084 K (a modo de comparación, la del sol es de 5.778 K). Con una clasificación estelar de K2 V, es la segunda estrella de secuencia principal de tipo K más cercana, después de Alfa Centauri B. Desde 1943, el espectro de Épsilon Eridani ha servido como uno de los puntos de anclaje estables por los que se clasifican otras estrellas. Su metalicidad, la fracción de elementos más pesados que el helio, es ligeramente inferior a la del sol.

La clase de luminosidad V (enana) se asigna a las estrellas que experimentan una fusión termonuclear de hidrógeno en sus núcleos. En una estrella de secuencia principal de tipo K, esta fusión está dominada por la reacción en cadena protón-protón, en la que una serie de reacciones combina efectivamente cuatro núcleos de hidrógeno en un núcleo de helio. La energía liberada por la fusión se transporta al exterior del núcleo por radiación, lo que da como resultado que no haya movimiento neto del plasma circundante. Fuera de esta región, en la zona de convección, la energía es transportada por convección de plasma a la fotosfera, donde luego se irradia al espacio.

A modo de comparación, el sol es una estrella G2, lo que significa que tiene una temperatura alta para una estrella G. La clasificación va de 0 a 9, siendo 9 la temperatura más baja de la clase. También hay clases de luminosidad, una escala de números romanos del I al V, que indican el tamaño y la luminosidad de la estrella: I es una supergigante, mientras que V es una estrella de secuencia principal. Trazar la luminosidad y la clase espectral en un diagrama de Hertzprung-Russell muestra que Épsilon Eridani aparece en la secuencia principal junto con la gran mayoría de las estrellas.

Pero pertenecer a la clase K de ninguna manera es una garantía

para ser una estrella pequeña y débil. Muchas estrellas gigantes como Aldebarán y Arturo pertenecen a esta clase. Arturo, por ejemplo, es una estrella K1.5 III con 25 veces el radio del sol y 115 veces su luminosidad.

Épsilon Eridani tiene una actividad magnética más alta que el sol y, por lo tanto, las partes exteriores de su atmósfera (la cromosfera y la corona) se comportan de forma más dinámica. La fuerza del campo magnético promedio de Épsilon Eridani en toda su superficie es más de 40 veces mayor que la del sol. Similar a nuestra estrella, la actividad se desarrolla en ciclos de 2,95 y 12,7 años.

El alto nivel de actividad cromosférica de Épsilon Eridani, su fuerte campo magnético y su velocidad de rotación relativamente rápida son características de una estrella joven. Se estima que Épsilon Eridani tiene entre 200 y 800 millones de años. Esto se contrapone con la baja abundancia de elementos pesados, lo que generalmente indica una estrella más antigua. Después de todo, el medio interestelar a partir del cual se forman las estrellas se enriquece constantemente con elementos más pesados producidos por generaciones de estrellas antiguas. La anomalía podría haber sido causada por un proceso de difusión que ha movido algunos de los elementos más pesados de la fotosfera a una región debajo de la zona de convección de Épsilon Eridani, donde ya no son visibles para nosotros.

En la región de rayos X, Épsilon Eridani es más brillante que el sol. La fuente de esta potente emisión de rayos X es la candente corona que es más grande y más caliente que la del sol.

Épsilon Eridani pierde 30 veces más masa que el sol a través de su viento solar. El viento solar producido por la estrella se propaga hasta que choca con el medio interestelar circundante de gas difuso y polvo, lo que da como resultado una burbuja de gas de hidrógeno calentado (una astrosfera, el equivalente de la heliosfera que rodea al sol). Esta esfera de influencia de la estrella abarca unas 8.000 unidades astronómicas (UA). Si pudiera verse desde la Tierra, sería más grande que la luna llena. Por otro lado, la heliosfera del sol tiene un radio de solo 120 UA.

Hemos descubierto que Épsilon Eridani es una pequeña estrella naranja de secuencia principal. Naranja indica una temperatura relativamente baja y, al igual que su pequeño tamaño, asegura que la estrella no consuma su hidrógeno tan rápido como, por ejemplo, la blanca-azul Sirio. Por ello, a diferencia de sus contrapartes, las gigantes rojo-naranja y las estrellas de secuencia principal más brillantes, Épsilon Eridani puede esperar una vida más larga que nuestro sol. Mientras que la esperanza de vida del sol es de unos 10.000 millones de años (de los cuales ya han pasado 4.500 millones), Épsilon Eridani no habrá consumido su combustible hasta dentro de

otros 23.200 millones de años. Si hubiera un planeta habitable allí, sería un buen segundo hogar para la humanidad y salvaría vidas en una época posterior, cuando nuestro sol se expanda hasta convertirse en una gigante roja.

El disco de polvo

Las observaciones con el telescopio James Clerk Maxwell a una longitud de onda de 850 μm (infrarrojo) muestran un flujo de radiación extendido hasta un radio angular de 35 segundos de arco alrededor de Épsilon Eridani. La emisión máxima se produce en un radio angular de 18 segundos de arco que corresponde a un radio de unas 60 UA. La emisión más alta ocurre en un radio de 35-75 UA alrededor de Épsilon Eridani y se reduce de manera importante dentro de las 30 UA. Esta emisión podría provenir de un equivalente del cinturón de Kuiper del sistema solar: una estructura de disco compacta y polvorienta que rodea a la estrella.

El polvo y posiblemente el hielo de agua de este cinturón se están moviendo lentamente hacia Épsilon Eridani. La escala de tiempo en la que debería haberse eliminado todo el polvo del disco es más corta que la edad estimada de Épsilon Eridani. Por lo tanto, el disco de polvo actual debe haberse formado por colisiones u otros efectos de cuerpos parentales más grandes, y el disco representa una etapa tardía en el proceso de formación de planetas. Se habrían requerido colisiones entre cuerpos con un total de 11 masas terrestres para mantener el disco en su estado actual más allá de su edad estimada.

El disco contiene una masa estimada de polvo equivalente a un sexto de la masa de la luna, con granos de polvo individuales de más de 3,5 μm de tamaño a una temperatura de aproximadamente 55 K. Este polvo fue producido por la colisión de cometas de entre 10 y 30 km de diámetro y una masa combinada de cinco a nueve masas terrestres. Esto equivale aproximadamente a las 10 masas terrestres estimadas en el cinturón de Kuiper primigenio.

La estructura grumosa del cinturón de polvo puede explicarse por la perturbación gravitacional de un planeta llamado Épsilon Eridani b (ver más abajo). Los grumos en el polvo se encuentran en órbitas que tienen una resonancia entera con la órbita del planeta sospechoso. Por ejemplo, la región del disco que completa dos órbitas por cada tres órbitas de un planeta está en una resonancia orbital 3:2. Alternativamente, la aglomeración podría haber sido causada por colisiones entre planetas menores llamados 'plutinos'.

El cinturón de asteroides

Las observaciones del telescopio espacial Spitzer de la NASA indican que Épsilon Eridani posee dos cinturones de asteroides y una nube de polvo exozodiacal. Esta última es el equivalente al polvo zodiacal, que se encuentra en el plano del sistema solar y es visible desde la Tierra como una luz zodiacal. Un cinturón está situado aproximadamente en la misma posición que el de nuestro sistema solar, orbita Épsilon Eridani a una distancia de 3,00 UA y consta de granos de silicato de 3 μm de diámetro con una masa total de aproximadamente 10^{18} kg. Si Épsilon Eridani b existe, es poco probable que este cinturón tenga una fuente fuera de la órbita del planeta, por lo que el polvo podría haberse formado por fragmentación y cráteres de cuerpos más grandes como asteroides.

El segundo cinturón, más denso, probablemente también poblado por asteroides, se encuentra entre el primer cinturón y el disco de polvo exterior. La estructura de los cinturones y el disco de polvo sugieren que se necesitan más de dos planetas en el sistema Épsilon Eridani para mantener esta configuración.

La región interior alrededor de Épsilon Eridani, desde un radio de 2,5 UA hacia adentro, parece estar libre de polvo hasta el límite de detección. Los granos de polvo de esta región son arrastrados por el viento estelar, mientras que la presencia de un sistema planetario ayuda a mantener esta región libre de escombros. Sin embargo, esto no descarta la posibilidad de un cinturón de asteroides interior con una masa total no mayor que la del cinturón de asteroides en el sistema solar.

Planeta Ægir

Este planeta, denominado Épsilon Eridani b, se anunció en el año 2000, pero el descubrimiento siguió siendo controvertido durante mucho tiempo. Un estudio completo realizado en 2008 calificó el descubrimiento de "preliminar" y describió el planeta propuesto como "sospechado durante mucho tiempo pero aún sin confirmar". Sin embargo, muchos astrónomos creen que la evidencia es lo suficientemente convincente como para considerar el descubrimiento confirmado. Como resultado, la Unión Astronómica Internacional le ha dado al planeta el nombre de Ægir.

Sin embargo, los parámetros básicos del planeta aún no están claros: los valores de su período orbital oscilan entre 6,85 y 7,20 años. El semieje mayor de su órbita elíptica podría oscilar entre 3,38 UA y 3,50 UA, y los valores aproximados de su excentricidad orbital oscilan entre 0,25 y 0,70. Estos son valores altos. Plutón, que sabemos es bastante excéntrico, posee una excentricidad de solo 0,24.

Si el planeta existe, su masa sigue siendo desconocida, pero se puede estimar un límite inferior a partir del desplazamiento orbital de Épsilon Eridani. Esto da alrededor de 1,2 a 1,5 masas de Júpiter para la masa del planeta. Es muy poco probable que la vida pueda desarrollarse en él, o incluso en cualquiera de sus posibles lunas. La temperatura varía demasiado debido a su órbita ovoide, y está demasiado lejos de Épsilon Eridani para ser lo suficientemente cálido como para sustentar la vida tal como la conocemos.

Otros planetas

Las simulaciones por ordenador del disco de polvo que orbita alrededor de Épsilon Eridani sugieren que su forma puede explicarse por la presencia de un segundo planeta. El postulado Épsilon Eridani c orbitaría a una distancia de 40 UA, con un período de 280 años. Sin embargo, los modelos actuales para la formación de planetas no pueden explicar muy bien cómo se pudo haber formado un planeta a esta distancia de Épsilon Eridani. El disco de polvo debería haberse disuelto mucho antes de que Épsilon Eridani c pudiera haberse formado. Es posible que naciera a una distancia de unas 10 UA y luego migrara hacia el exterior.

Un planeta habitable como el que visitó el Majestic Draght en esta novela tendría que estar mucho más cerca de la estrella. A una distancia de 0,61 UA, recibiría la misma cantidad de calor que la Tierra recibe del sol a 1 UA. La zona habitable de un presunto planeta similar a la Tierra que orbite alrededor de Épsilon Eridani actualmente se extiende desde alrededor de 0,5 a 1,0 UA. Sin embargo, a medida que la estrella envejece, su luminosidad aumentará, por lo que esta zona se expandirá lentamente desde aproximadamente 0,6 hasta 1,4 UA.

Sin embargo, un obstáculo es la radiación ultravioleta que puede producir una estrella joven como Épsilon Eridani. La evolución tiene suerte aquí porque Épsilon Eridani también es menos brillante que el sol. El radio orbital en el que el flujo ultravioleta corresponde al de la Tierra primitiva está justo por debajo de 0,5 UA, que ni siquiera se encuentra dentro de la zona habitable.

POR SUPUESTO Y COMO SIEMPRE, podéis solicitar una versión ilustrada de Una Visita guiada a Épsilon Eridani en hardsf.space/suscribir/.

¡Divertíos con ella!

Glosario de acrónimos

IA - Inteligencia Artificial
UA - Unidad Astronómica (la distancia de la Tierra al sol)
EVA – Actividad ExtraVehicular
NASA - Administración Nacional de la Aeronáutica y del Espacio
UV - Ultravioleta
μm – Micrómetro (una millonésima parte de un metro)

Las nubes de Venus

Donde la vida tal como la conocemos es imposible, comienza la verdadera aventura.

Venus es un planeta hostil para la vida, cubierto de innumerables volcanes activos. Aun así, la NASA inicia una expedición en busca de vida, pues en las espesas nubes de esta tórrida hermana de la Tierra podrían darse las condiciones necesarias para su existencia. Una nave aérea especialmente diseñada para ello sirve de plataforma de investigación para sus cuatro astronautas que, al poco de llegar, descubren actividades peligrosas en la candente superficie de Venus. No cabe más que una explicación: allí debe existir una forma de vida muy avanzada.

3.99 € – hardsf.space/links/1727403

La Misión Encélado (Luna Helada 1)

En el año 2031, un robot sonda detecta rastros de actividad biológica en Encélado, una de las lunas de Saturno. Este sensacional descubrimiento demuestra que, en realidad, hay pruebas de vida extraterrestre. Quince años más tarde, una nave espacial construida a toda prisa emprende el largo viaje hacia el planeta anillado y su luna.

La tripulación internacional no solo se enfrenta a unos difíciles veintisiete meses; si la nave espacial consigue llegar a Encélado sin incidentes, debe usar una nave tuneladora para penetrar en la capa de hielo de kilómetros de espesor que sepulta a la luna. Si existe vida en realidad en Encélado, solo podría estar en el fondo del salado océano cubierto de hielo que fue formado hace billones de años.

Sin embargo, poco después del despegue, el desastre golpea la misión y las oportunidades de que la tripulación llegue a Encélado, y mucho menos que vuelva a casa, no parecen muy optimistas.

2.99 € – hardsf.space/links/709463

The Hole – El Agujero

Un objeto misterioso amenaza con destruir nuestro sistema solar. La supervivencia de la humanidad está en peligro, pero nadie se toma en serio las advertencias de la joven astrofísica Maribel Pedreira. Al mismo tiempo, una tripulación exiliada de parias extraen minerales raros en un solitario asteroide.

Cuando otros científicos finalmente reconocen el alarmante descubrimiento de Pedreira, queda claro que estos marginados sociales son los únicos que podrían ser capaces de salvar nuestro mundo, sabiendo que *The Hole* va inexorable y a toda velocidad hacia el sol.

3.09 € – hardsf.space/links/1306601

Silent Sun

Cuando un astrónomo amateur descubre algo extraño en imágenes telescópicas solares, debe encontrarse una explicación ¿Es solamente un artefacto? ¿O ha encontrado algo totalmente inesperado?

Una tripulación internacional de expertos es formada apresuradamente, una nave espacial es reacondicionada rápidamente y el cuarteto es enviado al viaje de sus vidas ¿Qué desafíos enfrentarán en esta misión improvisada a nuestra estrella central?

3.09 € – hardsf.space/links/1725247

Desastre en Tritón

Nick Abrahams todavía ostenta el récord mundial oficial de lanzamientos espaciales, pero está aburrido de su trabajo como anfitrión de giras turísticas en órbita. Sin embargo, sólo cuando su esposa lo deja, intenta cambiar su vida.

Nick acepta una tentadora oferta de un multimillonario ruso. A cambio de hacer una simple reparación en la luna Tritón de Neptuno, regresará a la Tierra como multimillonario, lo que le permitirá alcanzar su "sueño imposible" de comprar su propio viñedo en California.

El hecho de que Nick deba viajar solo durante los cuatro años que dura el viaje de ida y vuelta no le molesta en absoluto, ya que de todas formas no le gusta especialmente la gente. Una vez en el camino, se entera de que su nuevo jefe ha omitido algunos detalles críticos en la descripción de su trabajo, detalles que podrían costarle la vida y la existencia de la humanidad …

3.99 € – hardsf.space/links/1449023

El ascenso de Próxima

A finales del siglo XXI, la Tierra recibe lo que parece ser una petición urgente de ayuda del planeta Próxima Centauri b en el sistema estelar más cercano al sol. Los astrofísicos sospechan que una enorme erupción solar está a punto de destruir esta civilización desconocida hasta ese momento. Los programas espaciales de la Tierra no están equipados para ayudar, pero un millonario ruso sin escrúpulos lanza una nave espacial secreta y altamente especializada hacia Próxima b, situada a más de cuatro años luz de distancia. La inusual tripulación se enfrenta a una tarea hercúlea… si es que sobreviven al viaje. Nadie sabe qué esperar de este planeta alienígena.

2.99 € – hardsf.space/links/1453754

Nación de Marte

La NASA finalmente lo hizo. El primer humano acaba de poner un pie en la superficie de nuestro planeta vecino. Este es el comienzo de una larga expedición de investigación que envió a cuatro científicos al espacio.

Pero los cuatro astronautas de la tripulación de la NASA no son los únicos con este destino. La iniciativa financiada privadamente “Marte para todos” también se ha dirigido al Planeta Rojo. Veinte hombres y mujeres han sido seleccionados para vivir allí y establecer el primer asentamiento extraterrestre.

Los desafíos surgen incluso antes de que lleguen a la órbita de Marte. La nave espacial Santa María de MPT se daña en el camino. Solo los cuatro astronautas de la NASA pueden intervenir e intentar salvar sus vidas.

Nadie se anticipa a la catástrofe inminente que amenaza su propia existencia, por no hablar de los obstáculos diarios que una estancia prolongada en un planeta alienígena les plantea. En Marte, comienza una lucha por los recursos limitados, la cooperación humana y la simple supervivencia.

3.99 € – hardsf.space/links/1316050

—COGE MI MANO —dijo Ragnor, extendiendo su mano táctil de siete dedos.

Adán la alcanzó, pero no tuvo fuerza suficiente para levantarse. Respiró hondo, se atragantó y tosió. ¡Mierda! Algo del desagradable líquido debía seguir en su boca. Pasado el impulso de toser, Adán escupió en la solución oscura frente a él. Ragnor volvió a acercarse pero Adán lo rechazó con un gesto.

—¿Te saco? —preguntó Ragnor.

—Ni hablar. Saldré del ataúd yo mismo o no saldré.

—¿Qué es un ataúd? —preguntó Ragnor.

El joven Grosnop ya dominaba extraordinariamente bien el lenguaje humano cuando abandonaron Épsilon Eridani. Sin embargo, de vez en cuando, necesitaba ayuda con alguna que otra palabra.

—Es un contenedor para los muertos —explicó Adán—. Los ponemos en él y los enterramos.

—Oh. ¿Queréis preservar sus cuerpos en caso de que sus almas regresen?

—No, todo lo contrario. Los ataúdes suelen estar hechos de madera y se pudren con su ocupante.

—Una tradición interesante —dijo Ragnor—. Sin embargo, no te pudrirías en el contenedor de hibernación. El líquido mantiene tu cuerpo fresco.

—Pero no indefinidamente, ¿verdad? Mira esta porquería.

Adán recordó las instalaciones de Próxima Centauri b, el planeta que los Grosnops llamaban Sol único. Allí, después de algunos cientos de años, un gran porcentaje de los contenedores de hibernación habían fallado. Pero seguramente Ragnor no sabía nada de eso. Nació después de que regresaran de Sol único, justo antes de que el Majestic Draght comenzara su larga travesía por el espacio.

—Esto pasó porque apagamos tu contenedor hace dos días estándar —explicó Ragnor.

—¿Y hasta ahora me sacáis? ¡Entonces he estado acostado en mis excrementos bastante tiempo! Normalmente, solo esperaríais unas pocas horas, ¿no?

Adán se incorporó para sentarse en el borde del contenedor. Los repugnantes contenidos le dieron la fuerza necesaria.

—Aparentemente, esta vez no sorteaste muy bien el largo sueño, por lo que el médico quiso concederte más tiempo para que despertaras.

—Muy amable, pero ahora tengo que salir de este fango. Pásame la

toalla, por favor.

Adán levantó su escuálido cuerpo para ponerse de pie. Sus músculos parecían haberse atrofiado. La cámara de criosueño debería haber disminuido su metabolismo lo suficiente como para evitar tales efectos, ¿no?

Ragnor le entregó la toalla. Adán la envolvió alrededor de su cuerpo desnudo. El ojo frontal del Grosnop estaba sobre él y se sentía muy vigilado. Pero pedirle a Ragnor que se diera la vuelta no serviría de nada: los Grosnop tienen cuatro ojos, uno en cada dirección cardinal. ¿Y dónde estaba Marchenko? Su padre solía despertarlo.

—¿Qué están haciendo los demás? —preguntó—. ¿Eva ya se ha levantado?

—Están en los cuarteles. Eva lleva despierta desde ayer.

—¿Pasó algo? —preguntó Adán.

—¿Porque me enviaron a mí? ¿El rango más bajo?

—No quise decirlo de esa manera. Normalmente, Marchenko nunca pierde la oportunidad de ser el primero en saludarme.

—Supongo que hay algunos problemas con nuestro nuevo objetivo. Eso es lo que discuten en el cuartel general.

—¿Qué clase de problemas?

—El mensaje del tal Olom. ¿Recuerdas?

—Sí. ¿Qué pasa con el mensaje?

—Fue enviado desde coordenadas galácticas específicas.

—Por supuesto. ¿Y qué?

—Casi hemos llegado, pero no hay nada allí.

—¿Perdona?

Adán salió del contenedor y se secó los pies. Todavía olía fuertemente al líquido de la cámara de hibernación, por lo que necesitaba una ducha urgente.

—Escuchaste bien. El mensaje hablaba de un planeta, pero allí no hay nada de eso.

—¿Estás diciendo, Ragnor, que volamos durante treinta años solo para no encontrar nada al final? ¿Qué alguien nos jodió? ¡En ese lapso pudimos haber llegado a nuestro sistema solar!

—Treinta y nueve años.

—¿Qué?

—Estuvimos viajando durante treinta y nueve años —corrigió Ragnor.

—Gracias por la aclaración. Necesito ir a los cuarteles.

—¿No tienes que vestirte? Creí que era parte de la tradición humana.

—Tienes toda la razón, Ragnor. Necesito mis cosas ¿Dónde están?

—Si quieres quebrantar tus tradiciones... Lo entiendo muy bien.

Ragnor solo estaba vivo porque la hermana de Adán, Eva,

quebrantó la tradición Grosnop de dejar que las crías recién nacidas se las arreglaran solas. Si ella no lo hubiera salvado, habría muerto. Como resultado, ser aceptado entre los de su propia especie fue un trabajo duro para él. Adán recordaba bien sus primeras aventuras.

—Es muy amable de tu parte, gracias —respondió Adán—, pero no es solo una tradición. La ropa también nos ayuda a regular el calor. En su lugar, nuestros primeros antepasados usaban gruesas pieles.

—Ah, ¿entonces el crecimiento en tu cabeza y alrededor de tus características sexuales primarias es una reliquia genética? Siempre temí que pudiera ser una enfermedad.

Adán se desternilló de risa.

—Me alegro de que lo hayamos aclarado. Pero ahora necesito mis cosas.

Se rascó la cabeza y se acarició la frente. El retroceso de su cabello era notable. En unos años probablemente habría conquistado la "enfermedad", al menos en su cabeza.

—Lo siento, Adán. Las puse en la cápsula de hibernación que está encima de la tuya.

Ragnor estiró los brazos táctiles, cogió un bulto de ropa de la cápsula superior y se lo entregó a Adán. Contenía ropa interior, calcetines, zapatos de tela y un traje azul de una pieza. Marchenko debió usar el larguísimo tiempo a solas para volver a coser. Pero la ropa era cómoda y le sentaba perfectamente. Supuso que la ropa vieja que había usado por última vez hace 39 años se había convertido en polvo hace mucho tiempo.

—Estoy listo —dijo Adán.

—Bien. ¿Puedes encontrar los cuarteles tú mismo? —preguntó Ragnor—. Tengo que conseguir algo del almacén para Eva.

—¿Mi hermana ya se levantó?

—Sí, desde ayer. Ya te lo dije. Supongo que aún no estás completamente despierto. Eva superó este largo sueño mejor que tú.

—Gracias. Entonces ¿soy el último?

—Sí, las otras cápsulas de hibernación ya están vacías.

EL CUARTEL GENERAL ESTABA TAN ABARROTADO COMO SIEMPRE. Aparentemente, esta vez el general y comandante Gronolf había sacado a toda la tripulación del sueño criogénico, lo cual era inusual. En las paredes del centro de control había pantallas gigantes que Adán no recordaba. Probablemente Marchenko las instaló cuando todos los demás dormían. Después de todo, no había tenido nada que hacer durante 39 años. No se sorprendería si, en un ataque de aburrimiento, su incansable padre incluso hubiera convertido el Majestic Draght de

un cubo a una esfera.

Sin embargo, las enormes pantallas estaban completamente negras. Se preguntó si Marchenko había sido incapaz de manipular el hardware. Presumiblemente, mostraban exactamente lo que Ragnor ya había dicho. Nada. Era increíble. Un trayecto tan largo para nada en absoluto. ¿Cómo pudo pasar?

—¡Ah, allí estás! —exclamó Eva, lanzando sus brazos alrededor de su cuello.

Se abrazaron, luego él la observó. Su hermana no parecía ni una hora mayor. El gélido sueño no parecía haberla afectado. Todo lo contrario, la piel de su rostro era tan rosada y tersa como la de un bebé.

—Sí, me tomó un poco más de tiempo esta vez —dijo.

—Estábamos empezando a preocuparnos, pero Gronolf nos ha tranquilizado. La tasa de fracaso es menor a uno por cada mil en cincuenta años estándar.

—Yo no lo llamaría tranquilizador —dijo Marchenko—. Pero escaneé tu contenedor, y estaba impecable. Solo tienes un poco de resaca.

Adán se dio la vuelta y también abrazó a su padre, sintió esa urgente necesidad. Nunca se había sentido tan sentimental nada más despertar. El cuerpo de Marchenko estaba tan duro como siempre, solo la piel era suave, pero así fue como lo conoció y lo amó. Hace muchos años, sus manos robóticas habían acariciado el yo más joven de Adán cuando no podía conciliar el sueño. Ahora le estrechaban los hombros, aunque con dedos que habían evolucionado.

—Estoy tan contento de teneros —dijo.

—Sí, tienes una resaca del criosueño —dijo Eva, riendo.

—Ah, la familia está completa de nuevo —dijo la profunda voz de un Grosnop detrás de ellos.

Adán se dio la vuelta. Esperaba ver a Gronolf, pero detrás de él estaba Murnaka, la esposa de Gronolf. Su voz era incluso más grave que la de su marido y hablaba mejor el lenguaje humano.

—Y bien, ¿Qué está pasando? ¿Por qué las pantallas están negras? —preguntó Adán.

Marchenko se encogió de hombros y Murnaka agitó sus manos táctiles a la defensiva.

—Seguimos buscando la fuente —dijo Marchenko.

—Pero el mensaje del tal Olom era real, ¿no? —preguntó Adán.

—Por supuesto. Para falsificar algo así, tendrías que hacer hasta lo imposible —dijo Marchenko—. La única que podría ser capaz es la Omnisciencia.

—Pero afirma que no tiene nada que ver con ese mensaje —explicó Murnaka.

—Le creo —dijo Marchenko—, pero Gronolf no está convencido. Así que me encargó investigar a la Omnisciencia con rigurosidad. Aparentemente, teme que pueda intentar atraernos a una trampa.

—¿No puede escucharnos? —preguntó Adán.

—No, el cuartel general está bien protegido —explicó Murnaka.

—La Omnisciencia nos llevó a Épsilon Eridani —agregó Adán—. Eso no fue una trampa.

—Aunque estaba de camino hacia acá. ¿Quizás Épsilon Eridani fuera solo una escala? Es idea de Gronolf, no mía —dijo Murnaka.

—¿Y si el mensaje fue enviado directamente desde una nave Messenger? Por supuesto, puede que ya haya volado un largo trecho y sea tan pequeña que no podamos detectarla a gran distancia.

—También lo hemos considerado —dijo Marchenko—. Sugiero que Eva te ponga al día mientras yo vuelvo a examinar a la Omnisciencia. ¿De acuerdo? Mientras tanto, Eva podría mostrarte mi pequeña sorpresa.

—¿Una sorpresa? —preguntó Adán.

Eva se llevó el dedo índice a los labios y tiró de él hacia la salida del centro de control.

CAMINARON POR LA NAVE DURANTE APROXIMADAMENTE MEDIA HORA. Sería útil algún tipo de sistema de transporte rápido para el cubo gigante, pero los Grosnops parecían no ver razón para implementarlo. El estómago de Adán gruñó. No había comido nada desde que despertó. Al principio no había tenido apetito, pero ahora le estaba entrando el hambre.

—No te preocupes, dentro de poco comerás algo —dijo Eva.

Debió oír el gruñido. ¡Ojalá no fuera comida Grosnop! «Lo siento, querido Gronolf, pero no puedo acostumbrarme a tu comida».

—Hemos llegado —dijo Eva—. Marchenko debió tardar bastante antes de encontrar una habitación tan grande justo tocando el casco exterior.

¿Una habitación grande? ¿El casco exterior? ¿Marchenko les habría construido sus propios alojamientos? Eva abrió una puerta doble. Las luces se encendieron cuando entraron en un cine.

—¿Un cine? —preguntó.

—Hay más.

Ella lo condujo por un tramo de escaleras. A la izquierda había cinco sillas en cada una de las seis filas, atornilladas al suelo. La pared frontal del cine era una pantalla. Al pie de las escaleras, la habitación se ensanchaba hacia la derecha. Había una alcoba que fue una vez tan ancha como el cine donde se había instalado una especie de cafetería.

Consistía en tres mesas redondas de metal, cada una con tres sillas de mimbre y un mostrador, detrás del cual había un robot.

Adán tardó un momento en reconocer a J, el primer cuerpo robótico de Marchenko, que los había acompañado durante su infancia.

—Asombroso —comentó Adán.

—Encantado de conocerte. Soy J —dijo el robot.

—Él aún no te conoce —le informó Eva—. ¿Por qué no te presentas?

—Soy Adán.

—Bien, Adán. Tengo un menú para ti. Pero puedes pedir cualquier otra cosa que te apetezca.

—¿Es una broma, Eva? —preguntó Adán.

El robot se percató de que no se dirigían a él y se retiró en silencio al mostrador.

—No, esto es real. Puedes comer y beber lo que quieras. Marchenko ha mejorado mucho el sintetizador de alimentos. El único inconveniente es que ya no es portátil.

—¿Y qué? Si obtengo todo lo que hay en este menú, pasaré el resto de mi vida aquí. ¿Viste todo eso? Ya no hibernaré. Voy a atiborrarme de comida hasta que me muera.

—Parece que tienes un plan.

—Sí, Eva, tengo plan.

Su estómago volvió a gruñir.

—¡Adelante! ¡Escoge algo!

•

ADÁN QUEDÓ SATISFECHO. Se le escapó un fuerte eructo.

—Lo siento, Eva.

—No hay problema —respondió ella.

—Ha sido magnífico.

—Entonces díselo a Marchenko y a J.

—J, ha estado genial.

—Gracias, Adán.

—¿Cuál es el nivel de inteligencia de J, Eva?

—Considéralo un control remoto de voz para el sintetizador.

—Ajá, ¿su dominio es solo la comida?

—Y las bebidas.

—Tráeme una cerveza de trigo, por favor y gracias, J.

—De nada, Adán. Pido cuatro minutos de paciencia.

—¿Por qué no echamos un vistazo a nuestros resultados? —sugirió Eva.

Adán se recostó en su silla de mimbre y sacó el estómago.

—Es un buen resultado, ¿no?

Eva lo acarició.

—Mmm. De cuatro meses, diría yo.

Adán se enderezó de nuevo.

—Hablando en serio. Veamos aquello que no está aquí.

Eva fue al mostrador y cogió una tableta del tamaño de un libro. La tocó y de repente, la pantalla del cine se iluminó.

—Nos sentaremos en la primera fila —dijo Adán.

Se acercaron a los asientos plegables y se sentaron uno al lado del otro.

—Por cierto, la pantalla se puede convertir en una ventana —dijo Eva—. Pero en este momento, no hay nada que ver.

—Entiendo.

En la pantalla apareció un sistema solar simple, compuesto por una estrella y un planeta.

—¿Qué estoy viendo? —preguntó Adán.

—Hay varios escenarios que calculamos a partir del mensaje que recibimos. Este sistema es uno de ellos.

—¿Qué te hace pensar eso?

—El mensaje se repitió varias veces. Hubo ligeros cambios en la intensidad y la frecuencia. Pueden explicarse por el hecho de que el remitente del mensaje estaba en un planeta que orbitaba una estrella. Esto hizo que se moviera rítmicamente alejándose y acercándose, de ahí las fluctuaciones de intensidad. Al mismo tiempo, se produjeron variaciones de frecuencia relativistas a medida que la fuente se acercaba y se alejaba del receptor.

—Corrimiento al rojo o al azul, respectivamente.

—Exacto.

—Entonces mi idea de que una nave Messenger en marcha se comunicó por radio es un disparate.

—Exacto, Adán. En ese caso los cambios observados no habrían ocurrido.

—¿Cuáles son los otros escenarios? —preguntó.

El sistema solar desapareció de la pantalla. En su lugar, apareció una araña.

—¿Una araña espacial?

—Este es el escenario donde la Omnisciencia trata de engañarnos —explicó Eva.

—De acuerdo. Sin embargo, no lo creo. No veo ninguna trampa.

—Pero tampoco se ve ningún sistema solar.

—Correcto.

—Es por eso que se nos ocurrió el siguiente escenario —agregó Eva.

Nuevamente apareció un sistema solar, pero esta vez estaba en la

esquina superior izquierda de la pantalla. El Majestic Draght apareció en la parte inferior derecha. En el centro, apareció un signo de interrogación, transformándose rítmicamente en una lente.

—No estoy seguro de entender esa representación —dijo Adán.

—¿Sabes qué es el efecto de lente gravitacional?

—La masa curva el espacio, desviando así la luz y formando una lente de aumento.

—Correcto, Adán. Eso podría haber sucedido aquí. Si es así, tendría que haber un cuerpo masivo aunque invisible entre nosotros y el objetivo. Habría actuado como una lente gravitacional, amplificando la señal del sistema en la parte superior izquierda. El efecto funciona no solo para la luz visible, sino también para cualquier radiación electromagnética.

—Una variación interesante. Pero entonces, ¿no fue una gran coincidencia que captáramos el mensaje? Seguramente nadie habría esperado la lente invisible.

—Fue una coincidencia increíble.

—De acuerdo. Entonces, ¿dónde está ubicado el objetivo?

—Es difícil de descifrar porque hay varias ubicaciones posibles, dependiendo de la geometría de todo el sistema, por lo que no lo sabemos.

—Supongo que eso significa que cancelaremos la búsqueda del remitente.

—Aún no. Podemos intentar averiguar algo sobre la geometría del sistema. Después de todo, lo que es invisible no tiene por qué permanecer así. La masa alienígena también tendría que desencadenar el efecto de lente gravitacional para otros objetos detrás de ella. Así que lo único que tenemos que hacer es observar pacientemente el cielo y esperar la próxima vez que notemos el efecto. A fin de cuentas, tenemos una dirección aproximada.

—Bueno, todos sabemos que esa es mi fortaleza personal: observar pacientemente el cielo.

Eva se rio y palmeó su rodilla.

—Supongo que tendrás que soportarlo —dijo.

—¿No hay un escenario que prometa un poco de acción? He estado acostado sin razón durante treinta y nueve años. Tengo que salir para romper la monotonía.

—¿Aunque tengas que separarte del nuevo sintetizador?

—De mala gana, pero sí, aún en ese caso.

—Bueno, hay otro escenario. Prácticamente nadie cree en ello, pero hay algunos soldados en el ejército de Gronolf que lo creen posible.

Un sistema solar apareció en la pantalla, encerrado por una gran esfera para que nada pudiera salir.

—Hmm —exclamó Adán—. ¿Alguien cree que eso es posible?

—Sería la construcción de una civilización tecnológicamente avanzada —dijo Eva.

—De la cual no hemos encontrado ningún rastro hasta ahora.

—Olvidas el Draght en sí mismo, es decir, su propulsor de materia oscura y la Omnisciencia.

—Bien. ¿Y esa civilización habría construido el Draght y luego se habría escondido en la esfera que fue invadida en algún momento por una nave espacial Messenger que ahora alguien nos ha informado que existe, probablemente muchos años después de que la Messenger aterrizara allí, algo que esta súper civilización no pudo prevenir?

—Suenas un poco escéptico, Adán.

—Y lo soy.

—Como dije, los Grosnops creen que este escenario es posible. Es decir, algunos de ellos.

—Están locos.

—Y después de todo, eres lo suficientemente influyente como para participar en una pequeña expedición para buscar la esfera.

—Ah, ahora entiendo. ¡Acción para mí! Por supuesto que me encantaría ser parte de eso para eliminar todas mis dudas.

—Puedes solicitárselo a Gronolf. Está al frente de la expedición.

—¿Así que él también es uno de los que cree en eso?

—Bueno, supongo que sería todo un logro encontrar a los Constructores, los seres que construyeron el Draght. Después de todo, tienen la reputación de haber asistido a los Grosnops en su desarrollo, casi como dioses. Y por supuesto, Gronolf no va a dejar pasar la oportunidad de encontrarlos.

—¡Vamos, Olom! —gritó Shira, quien lo llamaba con su tercera mano.

—Espera. ¡Mi estúpido Visor se ha vuelto a desajustar!

El mundo a su alrededor brillaba con colores gloriosos, pero ni siquiera podía distinguir a su novia Shira, quien iba unos pasos delante de él. Tal era el fulgor de la cúpula el día de hoy. Todo era culpa del estúpido Visor óptico que había tenido que usar desde que podía recordar porque las células sensoriales de sus ojos solo reaccionaban a la radiación electromagnética de onda corta.

Olom ajustó su unidad de visualización pero no hubo mejora. Ya se había acostumbrado al hecho de que las patillas de la unidad le caían pesadamente sobre las orejas. Pero últimamente, el efecto de distorsión se estaba produciendo cada vez con mayor frecuencia y el óptico no había podido encontrar ningún problema con el dispositivo. En vez de eso, culpaba a los genes de Olom: tenía que lidiar con varios trastornos genéticos, ¡pero ninguno de ellos cambió de la noche a la mañana como lo había hecho su visión!

—¡Ven! —exclamó Shira—. No hay ningún abismo frente a ti. Solo tienes que caminar en línea recta. Cogeré tu mano.

Le era fácil decirlo. Probablemente nunca se había caído, gracias a sus tres piernas, y carecía de las cicatrices en las rodillas que él tenía desde la infancia. Lo único que tenía que hacer era pisar accidentalmente el Seto Suave y tendría otra herida, sin mencionar la molestia de tener que disculparse con el Rizoma del Seto después. ¡Suave, y un huevo!

Se quitó el Visor, lo sacudió vigorosamente y se lo volvió a poner. ¡Ja! Funcionó. ¡La culpa era de una conexión suelta en el hardware, no de sus genes! Una vez más vio el mundo como lo veía Shira. El camino era frío, azul, el Seto Suave brillaba de color naranja y Shira irradiaba un rojo intenso, al igual que sus propias manos, que dobló y giró bajo las lentes del Visor.

Olom corrió unos pasos para alcanzar a Shira. Ella le sonrió cuando la alcanzó. Era la sonrisa de la que se había enamorado. Los ojos de Shira parecían enormes cuando sonreía, aún el tercero en el centro de su frente, por lo general mucho más pequeño que los otros dos. La ligera brisa vespertina jugueteaba con las largas cejas de Shira. Ella las había esponjado ligeramente para que absorbieran toda la luz y brillaran térmicamente. Este resplandor de cuerpo negro era lo más hermoso que su mundo tenía para ofrecer. La primera vez que vio a Shira resplandecer de negro mientras estaba completamente desnuda, Olom rompió en llanto.

Shira le apretó la mano y le acarició la cabeza con la tercera mano que brotaba de su cuello. Desafortunadamente, no pudo devolverle el tierno gesto porque su estructura genética carecía, entre otras cosas que incluían el tipo de visión de ella, de tercera mano. Sus tres padres siempre se habían esforzado por impedir que se sintiera mal por eso, pero en la escuela siempre fue el más rarito debido al Visor. Afortunadamente, a Shira no le importó su otredad. Incluso le parecía interesante.

Salieron cogidos de la mano; Olom daba grandes zancadas para que Shira no tuviera que esperarlo de nuevo. Su destino era la feria. Si no estaba equivocado, sus sonidos se podían escuchar a lo lejos.

—¡MIRA! —exclamó Shira.

Se apoyó en el puesto de una oveja roca. Olom se paró al lado de su novia. Parecía interesarse por una corona tejida. Tales coronas colgaban de las puertas de muchas viviendas. Esta brillaba desde el interior como nunca antes lo había visto.

—Nunca volverás a equivocarte de puerta —explicó la oveja mientras recogía la corona con su pezuña delantera y la giraba para que fuera aún más fácil ver la masa brillante en el interior.

—¿Cuánto cuesta? —preguntó Shira.

—¿Qué hay dentro? —preguntó Olom.

—Un tiempo y medio —le dijo la oveja a Shira.

Era una suma cuantiosa, el equivalente a 1500 milis. Mil milis, o una unidad de tiempo, era una décima parte de un día, así como un día era una décima parte de una semana, una semana la décima parte de un mes y un mes era una décima parte de un año. Para obtener la corona, el comprador debía trabajar una unidad y media para alguien que pudiera mostrar un crédito de tiempo de la misma cantidad.

—¿Qué te parece? —preguntó Shira, mirando a Olom con los tres ojos y su tercera mano peinando provocativamente sus largas cejas.

—No estoy seguro —contestó Olom—. ¿Qué hay ahí dentro, Hix...?

La oveja roca llevaba piedras brillantes en las orejas, por lo que debía pertenecer al tercer género y, por lo tanto, debía dirigirse a ella como "Hix".

—Olmutz —respondió la oveja roca.

—¿Olmutz? ¿Qué es eso?

—Mi nombre.

—Oh, lo siento. Me gustaría saber qué es lo que causa el brillo, Hix Olmutz.

—Ah, repítelo, Dox...

Temía eso. El vendedor lo había asignado al segundo sexo, pero él

pertenecía al primero. No era la primera vez que le pasaba. Por lo general, era mejor ignorarlo.

—Olom —dijo.

—Nux Olom —dijo Shira, corrigiendo a la oveja roca.

La frente de la oveja roca se tornó roja. Obviamente estaba avergonzada por la confusión.

—Perdona, Nux Olom. Bueno, contiene...

La oveja roca musitó una palabra ininteligible.

—¿Perdona? —preguntó Olom.

La oveja repitió la palabra pero volvió a murmurar.

—Creo que lo tengo —susurró Shira en su oído—. Son células de su estómago. Descomponen el metano y producen calor en el proceso.

—Ah, ya veo —exclamó Olom—. Hix Olmutz, ¿qué opinas si doy ochocientos milis? Creo que es un precio justo, ya que, después de todo, la iluminación fluctuará con el entorno.

—Mil trecientos —respondió el vendedor de inmediato.

—Sigue siendo bastante caro —dijo Shira.

—Es mi último precio. Necesito las unidades de tiempo. No puedo sacar la cosecha de cereales del campo yo solo. ¡También querréis comer pan de grano!

—Está bien, lo compraré —dijo Olom.

—¿Harías eso? Es muy dulce de tu parte —dijo Shira, devolviéndole la sonrisa de una manera que lo hizo derretirse.

—Con mucho gusto, mi amor —dijo él.

La tercera mano de Shira le acarició el cuello.

—Te lo envolveré —dijo la oveja roca.

Su rostro ahora era de color rosa brillante. Parecía muy satisfecha y se demoró mucho tiempo.

—Iré allí —dijo Shira.

Señaló un puesto al otro lado de la calle, donde se vendían enfripantallas. El brillo picaba sus ojos a través del Visor. Shira se dirigió allá a grandes saltos sobre sus tres piernas.

—Linda novia, Nux Olom —dijo Hix Olmutz—. Si se me permite decirlo como una oveja roca.

—Claro que puedes. Shira es lo mejor que me pudo haber pasado.

—Gracias al Fundador. Y a ella tampoco parece importarle.

¿Qué carajo? Olom se turbó. La oveja roca era insolente, un verdadero granjero Hix. ¡Olom sabía que no estaba a la altura del ideal de belleza! Deseó no haber comprado esa corona.

—Perdóname, Nux Olom —dijo el vendedor—. ¿Te he ofendido de nuevo? Soy tan torpe, es lo que siempre dicen mis compañeras. No pretendía ofender. Y mientras estamos solos, tengo algo que podría interesarte.

—¿Cómo sabes lo que me interesa?

—Simplemente lo sé.

La oveja se arrodilló sobre sus patas delanteras. Parecía estar buscando algo debajo de su puesto. Shira agitaba una enfripantalla. Se preguntó si ya la habría comprado.

—Aquí lo tengo —dijo Hix Olmutz.

Le entregó una hoja de papel del tamaño de su palma.

Olom le dio la vuelta. Estaba vacía por ambos lados.

—¿Tinta mágica o una broma? —preguntó.

—Algún tipo de tinta mágica —dijo el vendedor—. Solo la verás bajo una lámpara V.

La luz V tenía una longitud de onda más corta que la luz diurna ordinaria, pero no tan corta como la luz ultravioleta.

—Espera, tengo una lámpara V. Pero tienes que quitarte tu Visor.

Olom se quitó el Visor y el mundo entero se sumergió en la oscuridad. Había crecido con esta oscuridad, por lo que no lo asustaba. Pero eso lo inquietaba, por lo que prefirió aferrarse al puesto de la oveja roca. De repente la oscuridad se aclaró. Un rayo bien definido cayó sobre el papel. Las figuras se destacaban en colores como nunca antes había visto. Eran tonos que no se encontraban en este mundo. Vio a dos seres que parecían sufrir el mismo trastorno hereditario que él. Solo tenían dos brazos y dos piernas, y lo miraban, cada uno con un par de ojos oscuros.

—¿De dónde sacaste eso, camarada? —preguntó Olom.

Estaba tan emocionado que adoptó un término coloquial para dirigirse a él.

—¡Oye, oye, estúpido!

—Perdona, por favor, Hix Olmutz. Me gustaría saber dónde conseguiste esta hermosa pieza y cuánto se supone que cuesta.

—Lo siento, pero no puedo responder a tu primera pregunta. En cuanto al precio, diez unidades de tiempo serán suficientes.

¡Uf, 10.000 milis!

Olom volvió a ponerse el Visor y el mundo recuperó sus habituales tonos rojizos.

—¿Diez unidades de tiempo? No puedo permitírmelo —dijo—. Dos días laborables completos, ¿solo por una imagen hecha de tinta mágica?

—Tú mismo sabes que es más que una imagen. Además, nadie te está obligando a comprarla.

¡Vamos, tío! Si Shira descubriera que había gastado dos días hábiles en una foto como esa, que bien podría ser falsa, lo tildaría de loco. No estaba tan interesado en el dibujo, pero quería saber de dónde venía; podría haber más dibujos que pudieran revelarle su origen y por qué era como era.

Podía negociar las unidades de tiempo allí mismo con Hix Olmutz.

Así podría hablar con él más tiempo y tal vez tendría la oportunidad de averiguar más.

—Ocho unidades de tiempo —propuso—. Mi última oferta. Y trabajaré en la cosecha de granos.

La oveja roca lo miró con interés. Olom se enderezó y cuadró los hombros para parecer más fornido. Bueno, solo tenía dos brazos y dos piernas, lo que limitaba su utilidad. Pero a pesar de todo eso, era considerablemente más alto que la mayoría. Se preguntó si eso ayudaría con la cosecha de granos.

—Podrías llevar las gavillas al vehículo —dijo el vendedor—. Así ahorraría en la máquina que tendría que pedir prestada a la cooperativa, por al menos cinco unidades de tiempo. ¿La oferta es seria?

Parecía que su altura le estaba ayudando una vez más. Ya se había beneficiado de ello en la escuela.

—Por supuesto. Pero si ahorras cinco unidades gracias a mí, deberíamos bajar el precio a siete.

—Eres un buen negociador, Nux Olom. De acuerdo. Te necesitaré pasado mañana. Aquí está mi dirección. Tendrás alojamiento y comida, por supuesto. ¿Sabes cómo llegar a tu lugar de asignación?

Olom miró la nota que le dio la oveja roca. No conocía el lugar indicado, pero el distrito limitaba con la ciudad, por lo que no podía estar lejos.

—Sí, mi novia puede llevarme —dijo.

Se preguntó si Shira estaría dispuesta a hacerlo. Probablemente debería preguntarle.

—Si no, hay muchas líneas directas a mi pueblo. Tendrás que cambiar de línea dos veces, pero todas funcionan por debajo de su capacidad. Puedes llegar en doscientos milis. No transportarás nada.

—Gracias, Hix Olmutz. Siempre quise aprender cómo funciona la agricultura.

—No hemos tenido un novato en mucho tiempo. Mis compañeras estarán encantadas. Pero no llegues tarde.

—Solo quería una despedida rápida...

Adán vaciló. Esperaba encontrar a Eva en pijama a esta hora tan temprana, pero ella estaba de pie, frente a él, con todo el equipo, e incluso tenía una mochila puesta. Sus propias hebillas se reflejaron en el acuario vacío al pie de la cama. Una vez, Eva había escondido allí al joven Ragnor. Más tarde se deshizo de él, solo para celebrar su sorpresivo regreso como pecera.

—Iré contigo, por supuesto. ¡Alguien tiene que cuidar de ti! —dijo Eva entre risas.

—¡Qué hermoso! —contestó Adán.

Tenía muchas ganas de pasar tiempo con su hermana. Al menos tendría a alguien con quien conversar. Ragnor, que también los acompañaba, era amable, sincero y curioso, pero de alguna manera carecía del mismo tipo de vínculo con el Grosnop.

—Honestamente, no creo que encontremos nada —dijo Eva—. Pero quedarme aquí y observar desde el Draght... ¿Puede haber algo más aburrido?

—Bien dicho. Me imagino que en algún lugar delante de nosotros, un viejo Messenger vuela solitario por el espacio.

—¿Y en él nos espera Olom?

—Quizás

—¿Pero no te parece un nombre extraño? Todas las tripulaciones de Messenger hasta ahora se han llamado Adán y Eva.

—Tal vez el Marchenko de esa nave tuvo un problema técnico —sugirió Adán.

—Entonces tal vez el nombre de la hermana de Olom sea Isa.

—O Uma.

—Olom y Uma, ¡eso suena bien! Pero vamos, el transbordador no va a esperarnos.

Eva ajustó las correas de su mochila, apagó la luz de su habitación, siguió a Adán al pasillo y cerró la puerta detrás de ella.

MARCHENKO ESTABA SENTADO EN EL JARDÍN DE UNA CASA DE MADERA BAJO UN MANZANO EN FLOR. La casa era de su abuelo —todavía lo recordaba— igual que recordaba cuando reflexionaba sobre los cálidos rayos del sol sobre su piel y el zumbido de las ocupadas abejas.

No recordaba conscientemente los detalles que la escena tenía para

ofrecer: la manta de ganchillo sobre la pequeña mesa de hierro, por ejemplo. ¿Lo había extraído la Omnisciencia de un recuerdo concreto? ¿O simplemente había mezclado imágenes para aumentar el realismo? Su otra abuela había tejido a ganchillo este tipo de mantas. Marchenko también podía recordar eso.

Tal vez debería dejar de darle acceso a la Omnisciencia a su memoria. De ahora en adelante, la manta sobre la mesa le recordaría el manzano y la primavera. Con sus manipulaciones, la Omnisciencia estaba alterando su memoria y con ello el pasado que, al fin y al cabo, supuestamente era inalterable. Por otro lado, ¿debería eso molestarlo? La manta de ganchillo encajaba a la perfección.

—¿Por qué no debería modificar la imagen del pasado para ti, entonces? —preguntó la Omnisciencia, quien salió con un plato lleno de tarta.

—Se supone que no debes espiar mis pensamientos —dijo Marchenko—. Acabo de poner las fotos a tu disposición.

—Lo lamento. Cuando trabajas con ellas, el procesamiento se lleva a cabo muy cerca. Trataré de protegerme de tus pensamientos.

La Omnisciencia parecía tener unos 50 años y lucía un bigote y una barba blanquecinos. Volvía a vestir el uniforme militar ruso con el que había estado obsesionada durante un tiempo. Marchenko no conocía a nadie que se viera así, lo cual era bueno. Durante un tiempo, la Omnisciencia se había presentado en sus reuniones virtuales bajo la apariencia algún viejo conocido, o incluso de un amigo. Al menos desde el incidente de la IA Francesca, a Marchenko eso no le había gustado nada. Quería recordar a las personas de su pasado como realmente eran. Por eso, había delegado desde entonces sus personalidades a un área de memoria en la que las operaciones de escritura estaban prohibidas.

—Gracias. ¿Cómo te encuentras hoy? —preguntó Marchenko, ahuyentando una abeja que se había posado en su brazo.

—Mucho mejor. Me agrada tener algo que hacer.

La Omnisciencia había estado pasando por una crisis tras otra durante los últimos 39 años, ya que percibía cada vez menos significado en su existencia. Marchenko había estado a punto de darle una presencia física como la suya pero no quería llegar tan lejos sin el permiso de Gronolf. La Omnisciencia se había identificado con la nave durante siglos, pero parecía no poder hacerlo ya.

—¿Encontraste algo, entonces? —preguntó.

—Noté un detalle sobre la transmisión al que nadie había prestado atención.

—¿Ah sí?

Marchenko se enderezó. ¿Había analizado el mensaje del tal Olom una y otra vez durante años, pero de alguna manera la Omnisciencia

descubrió algo nuevo en él?

—El mensaje nos llegó en una frecuencia mucho más baja —explicó la Omnisciencia—. La frecuencia de transmisión estándar de Messenger es...

—Lo sé —dijo Marchenko—. Pero ¿qué te hace pensar que eso significa algo? Nadie está obligando al remitente a usar la frecuencia estándar. Tal vez ni siquiera estaba a bordo de una nave Messenger.

—Eso es cierto, pero sigue siendo sorprendente. He revisado todos los archivos, desde que estuviste en Sol único hasta ahora. Toda la comunicación tuvo lugar en la misma frecuencia. Al menos deberíamos reflexionar por qué es diferente en este caso.

—¿Tienes alguna teoría? —preguntó Marchenko.

La Omnisciencia dejó el plato con la tarta de cuajada, adornada con cerezas agrias de color rojo brillante. Por supuesto, en la época de la floración de los manzanos, no había cerezas maduras en casa de sus abuelos. De repente se sentó en una silla a su lado y le puso la mano en el hombro.

—Una frecuencia más baja corresponde a una longitud de onda más larga.

—No tienes que explicarme eso —replicó Marchenko.

—Solo estoy pensando en voz alta. Así que podrías interpretarlo como un corrimiento hacia el rojo.

—Sin embargo, sería una cantidad bastante grande.

—Sí, la nave que emitió ese mensaje debería alejarse de nosotros a gran velocidad.

—¿Ochenta por ciento de la velocidad de la luz?

—Algo así —dijo la Omnisciencia.

Quitó la mano de su hombro y giró en círculos varias veces.

—La rotación está descartada —dijo Marchenko—. Si es lo que estás tratando de decir con tu gesto.

—Correcto. También estaba pensando en un desplazamiento hacia el rojo cosmológico, pero eso es igualmente absurdo.

—Por supuesto. Pero a una nave Messenger le habría llevado miles de millones de años alcanzar el espacio requerido.

—Así es, Marchenko. Desconozco la respuesta. Ven, disfrutemos de la tarta. Aún está tibia.

La Omnisciencia chasqueó los dedos y apareció una cafetera.

—¿Qué hay del estudio telescópico? —preguntó Marchenko.

—Debería estar terminado por la mañana.

—¿Por qué tarda tanto?

—No olvides que tenemos que capturar un panorama de trescientos sesenta grados y tenemos que hacerlo varias veces. La verdad es que bastante rápido.

—Tienes razón, Omnisciencia. Pido disculpas por mi impaciencia.

Es el deseo de saber en qué se están metiendo mis hijos.

—¿Se supone que este es nuestro mismo y buen viejo transbordador?

Adán examinó la pared de la esclusa de aire. Estaba cubierta con un grueso acolchado adherido. Si la nave frenara o acelerara repentinamente, uno estaría protegido de magulladuras. El interior también olía bastante diferente de lo que recordaba. El típico aroma agrio había desaparecido, reemplazado por un ligero aroma a menta.

Ragnor, que entró después de Adán, inhaló aire en los pliegues de su estómago.

—¿Qué es ese olor desagradable? —preguntó—. ¿Alguien derramó agua de junco salada?

«Un choque cultural», pensó Adán. Marchenko parecía haber estado un poco ocupado.

Ragnor estrelló sus brazos de carga contra la pared.

—Esto es completamente inútil —señaló—. ¿Cómo se supone que voy a practicar mi puño?

Adán miró a Eva, quien le devolvió la sonrisa. De repente, un olor agrio impregnó la esclusa de aire. Numbark entró, con el pliegue de su estómago abierto.

—Gracias —dijo Ragnor—. Es mejor ahora. Debí haberlo pensado yo mismo.

La puerta interior se abrió y Marchenko les dio la bienvenida. Adán se había estado preguntando por qué su padre ni siquiera se había despedido de ellos. Marchenko retrocedió un paso y pasaron junto a él.

El transbordador era apenas reconocible por dentro. El techo, las paredes y el suelo estaban acolchados como el interior de la esclusa de aire. Los asientos estaban colocados a una mayor altura en relación con los ojos de buey. Como resultado, no se podía ver tan bien el exterior.

Marchenko señaló un panel rectangular en el suelo. Cuando se elevó, reveló una escalera a un nivel inferior. ¡Así que por eso los asientos estaban a una mayor altura! Marchenko había colocado salas de higiene en el espacio del subsuelo ahora mucho más amplio. Las habitaciones estaban separadas por delgadas paredes. Una de ellas estaba claramente diseñada para adaptarse a las dimensiones humanas, por lo que incluso tendrían algo de privacidad.

Curiosamente, los cabezales de ducha estaban en las paredes de proa y popa, no en el techo.

—¿Por qué las duchas están al costado? —preguntó Adán.

—Eso es obvio —dijo Eva—. Así podremos usarlas cuando

frenemos y cuando aceleremos el transbordador. La pared se convierte en el techo y el agua se mueve en la dirección de la aceleración.

—Entiendo. ¿Y si el transbordador vuela de manera uniforme?

—No había suficiente espacio para duchas de microgravedad —dijo Marchenko—. Pero hay un contenedor para bañarse.

Señaló un recipiente de vidrio al final de la zona del baño al que se podía entrar desde un lado.

—Solo tienes que drenar el agua antes de salir —dijo Marchenko —. Aquí a la izquierda está la entrada para humanos. A la derecha hay una más grande para Grosnops.

—Entonces puedo bañarme con Ragnor —dijo Adán.

—Será mejor que tengas cuidado. Ragnor puede respirar bajo el agua.

—Estaba bromeando. De todos modos, no cabemos los dos al mismo tiempo.

Detrás de ellos, dos Grosnops bajaban las escaleras. Estaban hablando en voz alta en su idioma y parecían estar de buen humor.

—Casi lo olvido —dijo Marchenko, alcanzando un costado de su cuerpo.

Sacó un objeto que parecía una especie de huevo con un asa.

—Un traductor, en caso de que tengáis que tratar con Grosnops que no hablen nuestro idioma —explicó.

—Esta vez has pensado en todo —dijo Eva.

—No tenía nada mejor que hacer la mayor parte del tiempo.

—Gracias —dijo Adán.

—En cuanto a la comida, me temo que tendréis que ceñiros a las especialidades Grosnop. Pero es solo por unos días.

—Ya extraño el sintetizador —gimoteó Adán.

Los dos Grosnops se abrieron paso entre ellos y desaparecieron. Luego todos se abrazaron.

—Nos vemos pronto —dijo Marchenko y salió del transbordador.

PUEDES SOLICITAR ARCHIVOS DE PRÓXIMA 6 AQUÍ:
hardsf.space/links/2901152

“Evolución”
Escrito por Brandon Q. Morris
Copyright © 2022 Brandon Q. Morris, hardsf.space
Todos los derechos reservados
Correo electrónico: brandon@hardsf.space
Facebook: www.facebook.com/BrandonQMorris/
Traducido por Tomas Ibarra Cervantes
Edición: Miguel Núñez (dospalabras.es)
Diseño de portada: Jelena Gajic

Brandon Q. Morris y el logotipo asociado son marcas del autor.